Salvación

RAQUEL GIL ESPEJO



Club de Caballeros 5

Selecta

Salvación

SERIE
Club de caballeros 5

Raquel Gil Espejo

Selecta

Escribo para ti

La miró y su mundo, tan roto, comenzó a armarse.
Lo miró y comprendió que su vida ya no tendría sentido sin ella.

Prólogo

Londres, agosto de 1865

Cameron dejó reposar la cabeza sobre el respaldo de la silla y respiró profundo. Venía de pasar su tercera noche consecutiva fuera de la mansión y se notaba cansado. A veces pensaba que debía echar el freno con el sexo. Después recordaba sus veintisiete años o la libertad que le brindaba el simple hecho de estar lejos de Aberdeen y se prometía no renunciar jamás al placer de la carne.

Cerró los ojos y se fue sumiendo en un duermevela que no tardaría en verse interrumpido. Unos aldabonazos contra la puerta del despacho lo arrancaron del mundo de los sueños: unos ojos azules, claros, rasgados, unos labios carnosos, un cabello tan negro como el azabache... habían vuelto a cobrar forma en su mente. Esa visión llevaba semanas agitándolo. Sacudió la cabeza y se irguió.

—Adelante —resopló.

—Le traigo su café, señor.

—Siempre tan atenta, Lydia.

El ama de llaves se encargaba personalmente de llevarle el desayuno cada mañana. Aquella mujer, de mediana edad y expresivos ojos miel, lo trataba como a un niño consentido, y a él le

agradaba.

—Debe reponer fuerzas. —Se sonrieron con complicidad.

—Qué sería de mí sin ti. —Tomó un sorbo—. Delicioso.

—Sin mí, señor... —esperó a que la mirara—, estaría perdido.

—Lo admito. Y lo asumo.

—Si me disculpan...

—Buenos días, Alfred —saludó al mayordomo.

—Buenos días, señor. Excuse mis modales. He venido a anunciarle que tiene visita.

—¿Visita?, ¿tan temprano? ¿Se puede saber quién...?

—¡Hermano!

—¿Kelvin?, ¿qué haces aquí? —Lo observaba con desconcierto.

A Lydia no dejaba de sorprenderle el enorme parecido físico de los dos jóvenes: tan altos, de cabello pelirrojo y acaracolado —Cameron acostumbraba a llevarlo recogido en una coleta— y ojos dorados. El recién llegado tenía una pequeña cicatriz en una ceja y era unos centímetros más bajo. En cuanto a sus facciones, casi como dos gotas de agua.

—Los dejamos a solas —les anunció el ama de llaves, quien abandonó el despacho en compañía de Alfred.

El marqués de Huntly recibió el afectuoso abrazo de su hermano pequeño.

—Ya, ¿no? —Intentaba quitárselo de encima.

—Te echaba de menos.

—No ha pasado tanto tiempo, Kelvin.

—Algo más de un año. —Lo sostuvo por ambos hombros y lo miró directo a los ojos.

—No seas melodramático. —Se apartó y apuró la taza de café.

—Seguro que a tus conquistas no las tratas con tanta indiferencia.

Kelvin se acercó al ventanal y su mirada se desvió hacia las dos

doncellas que tendían ropa en uno de los patios traseros.

—No te trato así, no exageres; y, ahora, dime qué te trae por Londres.

—Ya te lo he dicho, te extrañaba.

—Vamos, hermano, suéltalo ya.

—Aaaaaaargh... Odio que me conozcas tan bien a pesar de tu ausencia. —Volvió a centrar toda su atención en Cameron, quien había recibido esas palabras como un reproche, pero había optado por dejarlo pasar—. No sé si te va a gustar.

—Sabes muy bien que no va a ser de mi agrado.

—¿Ya lo sabes? ¿Acaso... me has leído la mente?

—Aún no tengo ese poder —resopló—. ¿Qué sucede?

—Padre te quiere de vuelta en Escocia.

—Iré a visitaros a finales de año, como siempre.

—No se trata de eso, Cameron.

—¿Entonces? —Sabía que la respuesta no le iba a gustar, pero tenía que escucharla.

—Te pide, o más bien te exige, que dejes Londres y fijes tu residencia en Aberdeen.

—Eso no entra en mis planes o, al menos, no en los más inmediatos.

—Ya... Hay algo más.

—Soy todo oídos. —Volvió a apoyar la cabeza sobre el respaldo de la silla.

—¿Recuerdas a lady Agnes Fletcher?

—Vagamente.

—Te tienes que desposar con ella.

—Eso no va a suceder.

—Padre...

—Me importa una mierda lo que diga o lo que quiera padre,

Kelvin. No soy una marioneta.

—Pero eres su heredero y eso te exige ciertas responsabilidades.

—Su primogénita es Christel.

—Y te recuerdo que es mujer.

—¿No te parece que se debería romper con esas normas tan encorsetas e injustas para el sexo femenino?

—Lo creo, pero es algo que ni tú ni yo podemos cambiar. A efectos prácticos, tú eres su sucesor y debes comportarte como tal, hermano.

—No voy a ceder.

—No puedo regresar sin ti.

—¿Es una orden?

—Sí.

—Vaya... —Se mantuvo pensativo unos instantes—. A ver si acierto, te ha amenazado con desheredarte. —Kelvin asintió—. No voy a volver.

—Pareces muy seguro.

—Lo estoy.

—En ese caso, yo tampoco podré hacerlo.

—Vuelves a instalarte en el drama. —Cameron torció una sonrisa.

—Sabes que...

—Sé que jamás te haría algo así, por mucho que pueda llegar a despotricar o a maldecir. Además, madre siempre abogaría por su pequeño.

—No me llames así, te recuerdo que ya tengo dieciocho años; y, bueno, tal vez tengas razón.

—La tengo y, dicho esto, ya puedes volver a casa.

—Acabo de llegar. —Lo reprobó con la mirada.

—Está bien. Hoy puedes descansar, pero mañana regresas a Aberdeen.

—No, Cameron. Quiero quedarme una temporada contigo.

—¿Por qué?

—Ya te lo he dicho: te echo de menos.

—Prefiero que te...

—Por favoooooor.

—Le pediré a una de las doncellas que prepare tu recámara. —Se incorporó.

—¿Significa que me puedo quedar?

—Es posible que me arrepienta de esto, pero... sí. Esta también es tu casa.

—Gracias, gracias —repitió en un susurro.

—No hagas que me arrepienta. —Le revolvió el cabello.

—Nooooo, no... Necesito descansar, pero en la tarde me gustaría visitar a Robert.

—Puedes hacer lo que quieras, Kelvin.

—¿Todo lo que quiera?

—Bueno, casi todo —rectificó.

El menor de los Gordon volvió a rodearlo con sus brazos y, en esa ocasión, Cameron sí se dejó querer y le mostró su afecto.

Sentía que no había ejercido como hermano mayor. Si lo conocía tan bien, y podía llegar incluso a descifrarlo, era porque en Kelvin se veía a sí mismo con nueve años menos. Se había trasladado muy joven a Londres para continuar con sus estudios en Eton, y las visitas a Aberdeen habían sido cada vez más escasas. Tal vez era el momento de intentar crear ese vínculo que sí tenían las mellizas Candford o él mismo con Elijah, Thaddeus, Hugh y Andrew. Las circunstancias, las decisiones o la propia vida y sus vicisitudes los habían mantenido alejados. Quizás esa visita, aunque inesperada, tuviera más sentido del que ambos pudieran llegar a imaginar en ese momento.

Capítulo 1

Era la primera noche de Kelvin en Londres y Cameron había optado por quedarse en la mansión. Tras la cena se habían trasladado a la sala contigua, donde ambos degustaban un delicioso whisky escocés procedente de una de las destilerías del marqués.

—Envidio a Robert.

—¿Por qué motivo?

—Por el amor que siente hacia Kate. Lleva más de un año esperando por ella y parece dispuesto a seguir haciéndolo el tiempo que sea necesario.

—He de admitir que el pequeño de los Archer me tiene muy sorprendido. Pensábamos que sería un calavera, como Hugh o cualquiera de nosotros, pero no.

—¿Sabes? Me gustaría enamorarme de ese modo tan... ¿incondicional? No sé qué palabra emplear para definirlo.

—Supongo que «incondicional» es la más adecuada.

—¿Qué hay de ti, hermano?

—Bueno, digamos que no he experimentado esa clase de sentimientos. —Le daba vueltas a su copa.

—¿Te gustaría?

—Uffffff... A veces, pienso que sí; otras, me niego en rotundo.

—¿Prefieres seguir de cama en cama?

—De momento, está bien, me vale.

—Ya... Tienes que desposarte con lady Agnes...

—Eso no va a suceder —lo interrumpió—, así que quítatelo de la cabeza.

—Es muy bonita.

—No lo pongo en duda, Kelvin; pero no la amo, ni ella a mí.

—Eso último no puedes asegurarlo.

—Tampoco es que importe demasiado. —Torció una sonrisa.

—Antes me has dicho que a veces sí te gustaría enamorarte, pero que otras, en cambio, te niegas... ¿Lo compartes conmigo?

—¿Desde cuándo eres un cotilla?

—No pretendo inmiscuirme en tus asuntos. Yo... solo pretendía conocerte mejor.

—Solo bromeaba... ¿Otra copa?

—Sí.

La rellenó e hizo lo propio con la suya. Los hermanos Gordon ocupaban sendos sillones, próximos, y se observaban con cariño, en calma. Ambos sabían que en ese momento el uno era la persona más importante para el otro. Kelvin siempre lo había admirado. Cuando su padre le encomendó la misión de convencerlo para regresar a Aberdeen, sabía que sería una empresa imposible. Simplemente, fue la excusa perfecta para reencontrarse con él y, en cierto modo, también para escapar del control de Walter Gordon. Lo único que le dolía era dejar atrás a Eudora, su madre, quien siempre lo había cobijado con su amor.

—A ver cómo te lo explico...

—Solo tienes que ser sincero y decirme lo que sientes —trató de echarle una mano.

—Ya, no te creas que es tan fácil —sonrió.

—¿El marqués de Huntly no desea quedar en evidencia delante de su hermano menor? —bromeó.

—Algo así. —Se acomodó—. Como sabes, Elijah, Thaddeus, Hugh y Andrew han ido contrayendo matrimonio...

—Estamos al tanto de todo, incluso del enlace de Andrew con Caroline Candford.

—¿Quién os ha informado?

—¿Olvidas que padre parece tener ojos en todas partes? Es posible que nos esté viendo en este momento —añadió, para divertimento de Cameron.

—Muy sagaz. —Se mantuvo pensativo unos instantes—. ¿Es posible que conozca todos mis pasos?

—No te quepa la menor duda, hermano. A Walter Gordon no se le escapa nada que tenga que ver con sus hijos. Por cierto, Christel va a ser madre de nuevo.

—Le escribiré para darle la enhorabuena.

—¿Volvemos a ti? —Lo miró directo a los ojos.

Kelvin no quería que la conversación se desviara. Parecía que su hermano se iba a abrir a él y era una gran oportunidad para estrechar vínculos. No se podía permitir desaprovecharla.

—Oh, sí... Como te decía, ellos han hallado ese amor que cura e incluso redime. Cupido los ha atrapado y son felices junto a cuatro mujeres extraordinarias. Abbi perdonó las artimañas del duque, Ebba logró hacer a un lado un pasado difícil, Christine se lo jugó todo por Hugh y Caroline superó sus miedos...

—¿Qué me quieres decir con esto?

—No sé, supongo que los envidio en ese aspecto. Sus corazones eligieron y fueron elegidos.

—¿Tienes miedo al rechazo?

—Es posible... Nunca me he enamorado, ya te lo he dicho; pero es justo decir que a veces lo he soñado.

—¿Eres un romántico, Cameron?

—Quizás —sonrió—. Supongo que no ha aparecido la mujer que mueva todos mis cimientos, tú ya me entiendes.

—Te entiendo... Esa es la parte del *sí.* ¿Qué hay en el lado del *no*?

—El libre albedrío, el *carpe diem*... Me gusta sentirme libre.

—¿Para ir de cama en cama?

—Por ejemplo.

—¿No te cansas de estar con unas mujeres y con otras solo por sexo?

—Tal vez... —suspiró—. ¿Me hallo ante otro Robert?

—Sinceramente, me gusta más la idea de enamorarme de un modo absoluto, como le ha ocurrido a él, a enredarme en sábanas ajenas cada noche.

—Ay, hermano, tengo que admitir que eres más maduro que yo a tu edad..., y eso que he visto cómo miras a algunas de mis doncellas —añadió.

—Mientras el amor llama a mi puerta, puedo tomarme alguna que otra pequeña licencia, ¿no? Además, mirar no cuesta nada —sonrió.

—Tienes toda la razón... Mañana voy a ir al club con los demás, ¿te apetece acompañarnos?

—Me encantaría.

—Bien... Ahora, a la cama.

—¿No es temprano aún?

—A la cama —repitió.

—Está bieeeeen. Buenas noches, Cameron.

—Buenas noches, Kelvin.

***

El marqués se dejó caer sobre la cama. Llevaba todo el día dándole vueltas a las palabras de su hermano, al motivo que lo había hecho desplazarse hasta Londres. Su padre tenía la mala costumbre de ordenar. Nunca sugería. Con Cameron siempre había acabado cediendo. Hacía años que le había pedido fijar su residencia en Aberdeen. Era cierto, a lady Agnes Flercher la recordaba vagamente, aunque Walter había sacado a relucir su nombre en cada ocasión en que los había visitado. Su respuesta siempre había sido la misma: «No estoy interesado, padre». Y la reacción de su progenitor, montar en cólera. Solo Eudora lograba aplacarlo. Y, sí, ella abogaba por Kelvin; pero también por él.

Era su primera noche en la mansión en días y no podía evitar sentirse un extraño en su propia alcoba. La lujuria se había convertido en su compañera de viaje desde que pudiera recordar. Cuando veía a sus hermanos ingleses tan enamorados de sus esposas, se preguntaba si el amor acabaría llamando a su puerta. Como le dijera a su hermano, le agradaba y le generaba rechazo a partes iguales.

—¿Vendrás a mí esta noche? —se preguntó.

Desde que la visión de aquella desconocida, fruto de su imaginación, decidiera abordarlo, estaba inquieto. Se había estado cuestionando si todo ese ímpetu sexual no obedecía sino a la atracción que esa mujer ejercía sobre él. No tardaba en rechazar lo que él mismo consideraba una locura. No podía amar algo que no existía. Si lo hablaba con los demás lo tildarían de loco y, a su juicio, no sin razón.

Dilató cuanto pudo el momento de dejarse vencer por el sueño, pero terminó por sobrevenirle.

Pasadas unas horas, poco antes de que despuntaran las primeras luces del alba, comenzó a revolverse entre las sábanas. Allí estaban

de nuevo: esos ojos azules y rasgados, los labios carnosos, aquella larga melena negra... Había tristeza en su mirada, ¿o era dolor? Cameron trataba de despertar, en vano. Elevó una mano en un intento desesperado por tocarla, por saber si era real o no. Intentaba hablar, pero sus labios parecían sellados.

—Sálvame —le pidió una voz dulce y angustiada—. ¡Sálvame!

El marqués se incorporó. Su pecho bombeaba muy deprisa. Llevó una mano hacia él en un intento por calmarlo. Estaba empapado en sudor y algunos mechones de su cabello pelirrojo se pegaban en su cara. Los retiró y apoyó los pies en el suelo.

—¿Se puede saber qué demonios te ocurre?

Se puso de pie y se sirvió un vaso de agua. Caminó hacia uno de los ventanales y oteó el horizonte. Amanecía... y su interior estaba revuelto.

—¿Quién eres?, ¿por qué me vienes a visitar?, ¿qué quieres de mí? ¡Por el amor de Dios, Cameron, deja de ser ridículo! Pareces un demente —se recriminó.

Sintiendo la necesidad de respirar un poco de aire, se vistió y salió de la mansión. Sus pasos lo llevaron a atravesar los jardines y alcanzar las caballerizas.

Su *clydesdale*, un purasangre escocés, no tardó en buscar su mano. Cameron lo acarició.

—Byron... Oh, buen chico. —Se dejó querer—. Tú y yo nos vamos a ir a dar un paseo, ¿te parece?

Tomó el relincho del equino como una respuesta afirmativa.

—Si una desconocida me pide auxilio en sueños, ¿por qué no voy a entender a mi caballo? —se dijo y no pudo evitar sonreír ante semejante desatino.

En el instante en que su bota encontró el estribo y su cuerpo se elevó con fluidez sobre la montura, una sensación de ligereza

comenzó a recorrerle el pecho, como si dejara atrás, por un momento, el peso invisible de todo lo que le esperaba más allá del corralón. Esa mañana no cabalgaría fuera de la propiedad. Kelvin estaba en casa y no deseaba descuidarlo.

El cuero de la silla crujió levemente bajo su peso, el calor del lomo del caballo le llegó a través de la ropa de montar y un aliento cálido ascendió desde el cuello de Byron —en honor al poeta inglés— impregnado de ese olor terroso y vital que tanto le agradaba.

Se acomodó y tomó las riendas con naturalidad mientras una oleada de serenidad le invadía. Dejó su mente en blanco. No quería pensar en negocios, ni en compromisos, ni en las cartas sin responder que aguardaban sobre el escritorio de su despacho.

Al emprender la marcha, ese mundo exterior se disolvió. Eran Byron, él y una indescriptible sensación de libertad. Su cabello se mecía al viento. Su pecho había recuperado la calma. No había pensamientos ni visiones perturbadoras o decisiones por tomar.

***

—¿Lleva mucho tiempo aquí?

Kelvin se había apostado sobre las vallas de madera del corralón. Lydia lo acompañaba.

—Más de una hora... Hay algo que le preocupa —musitó el ama de llaves.

—Mi padre quiere que vuelva a casa.

—¿Desea que deje Londres? —Lo miró con sorpresa y temor.

—Sí, ha dispuesto que contraiga matrimonio con lady Agnes Fletcher; pero él se niega... No sé, creo que hay algo más.

—A decir verdad, lleva unas semanas taciturno, pese a...

—¿Pasar las noches fuera? Conmigo puedes expresarte con total

libertad, Lydia.

—Gracias, señor.

—¿Señor?, ¿en serio? Yo no soy señor de nada ni de nadie... Kelvin, solo Kelvin, por favor. —Volvió a centrar toda la atención en Cameron—. ¿Qué le puede estar pasando?

—Lo desconozco, Kelvin. —Le arrancó una sonrisa—. Los negocios le van bien, cuenta con el apoyo incondicional del duque de Warrington y los demás; le agrada que esté en casa, aunque quizás no lo exteriorice... ¿Se tratará de una mujer?

—¿De una sola? —bromeó.

—¿Habláis de mí?

El joven Gordon y el ama de llaves elevaron la mirada y se toparon con el morro de Byron.

—¿Nos ha hablado el caballo, Lydia?

—No sabría decirle.

—Muy graciosos. —Torció una sonrisa.

Cameron descabalgó, acarició a su *clydesdale* y le pidió al mozo de cuadras que lo llevara de vuelta a las caballerizas.

—El desayuno está listo, señor.

—Gracias, Lydia.

—¿Estás bien, hermano?

—¿Por qué no iba a estarlo?

Los hermanos Gordon caminaban hacia la mansión en compañía del ama de llaves.

—No me había hablado de lady Agnes Fletcher y del deseo de su padre de...

—Más bien es una orden —la corrigió Kelvin.

—Que no pienso acatar —dijo con seguridad.

—¿Y qué te tiene tan... taciturno? —Tomó prestada la palabra que había utilizado Lydia minutos antes.

—Sandeces, estoy como siempre. Me apetecía cabalgar, eso es todo... Tú primero.

—Pero...

—Las damas primero —insistió.

—Mi hermano es todo un caballero.

—Siempre lo ha sido, jovencito; espero que usted también lo sea.

—Lo soy. Díselo, Cameron... ¡Vamos, díselo!

—Kelvin Gordon es el mayor de los caballeros, ¿contento?

—Si no hubieses empleado ese tono...

Mientras se acomodaban en sus respectivas sillas, el uno frente al otro, Lydia los observaba divertida. Estaba segura de que la visita de su hermano le procuraría bienestar a un marqués que, en el último mes, por momentos, parecía completamente ausente.

Capítulo 2

Kelvin se vanagloriaba por haber vencido a su hermano en una partida de ajedrez.

—No te emociones tanto, te he dejado ganar.

—¡Ja! No es verdad. —Trató de descifrarlo con la mirada.

—¿Se puede saber qué haces?

—«Taciturno», sí, esa es la palabra... ¿Qué te pasa?

—Nada.

—¿Mal de amores?

—No seas ridículo. Puedo tener a la mujer que me plazca en el momento que desee... ¡Joder! Ha sonado demasiado petulante, lo reconozco.

—Mal de amores —afirmó.

—¿Ese es tu diagnóstico, doctor de tres al cuarto? —Arqueó una ceja.

—A ver..., analicemos la situación: los negocios te van muy bien; te acuestas con quien te da la gana; te importan una mierda las órdenes de padre; vives tu vida como quieres, sin tener que dar explicaciones; me tienes aquí —sonrió—. Digamos que la única teoría plausible es esa.

—¿Nos vamos al club?

Cameron apartó el tablero y se puso de pie.

—¿Te incomoda el tema? Eso significa que te he descubierto.

—Anda, cierra la boca, no hagas que me arrepienta de haber permitido que te quedes.

—Me dijiste que esta también es mi casa y te recuerdo que un escocés jamás falta a su palabra.

—Me agotas, Kelvin.

—Porque digo la verdad.

—No, no estoy enamorado —suspiró—. No descanso bien, eso es todo.

—Porque una mujer te roba el sueño.

—¡Joder! Eres imposible.

Kelvin no iba desencaminado. Era cierto. Una joven, o la visión de esta, había alterado sus noches y parte de sus días.

—Señor... —el mayordomo irrumpió en el salón—, acaba de llegar una misiva. La ha traído uno de los lacayos del duque de Warrington.

—Qué extraño... Hemos quedado en el club. Esto... Gracias, Alfred.

—¿Qué dice?

—Si esperas a que la abra... —El marqués rompió el sello lacrado y la leyó.

—¿Y...?

—No seas impaciente. —Lo miró—. Cambio de planes. No iré al club, sino a la mansión Cromwell.

—Voy contigo.

—No creo que debas.

—Me prometiste que pasaría la tarde con vosotros.

—No lo he olvidado, Kelvin, pero Elijah quiere que nos reunamos

en su casa.

—¿Por qué motivo?

—No lo menciona.

—Qué misterioso... Te acompaño.

—Te he dicho que...

—Por favooooooor.

—Está bien, pero te voy a pedir, o a exigir, que dejes de chantajearme y de ponerme ojos suplicantes, y hasta morritos... ¡Aaaaaargh! —Sacudió la cabeza.

—Trato hecho —sonrió.

***

Abbi estaba emocionada. Apenas había parado en todo el día. También había estado inquieta en la noche, tanto que Elijah la había apretado fuerte entre sus brazos para que pudiera conciliar el sueño y, de paso, lo dejara dormir a él.

—¿Vendrán todos?

—No te quepa la menor duda —le respondió el duque.

***

Marguerite, al tanto de la motivación que los había llevado a convocar esa reunión, había optado por mantenerse al margen. La intención era muy loable, pero no sabía hasta qué punto podía resultar satisfactoria o llegar a rozar la ilegalidad. Paseaba por los jardines junto a Amélie y a su nieta, a quien portaba en brazos.

—La noto preocupada, señora.

—Abbi y mi hijo se traen algo entre manos y... tengo mis reservas.

—Desconozco el asunto, pero permítame decirle que si Abbi se empeña en algo no cesa hasta lograrlo.

—Me temo que en esta ocasión su empresa es harto complicada.

—¿Se trata de Violet?

—¿Cómo lo has sabido?

—Es una espina que tiene clavada desde hace años, también Caroline. Las he visto sufrir por su prima.

—¿Tú también piensas que Harold Candford la tiene secuestrada?

—Me inclino a creer que sí, señora; Violet jamás se habría apartado de ellas.

—Pareces muy segura.

—Lo estoy.

***

—Oh, estás preciosa.

Hugh y Christine fueron los primeros en llegar. La melliza abrazó a la vizcondesa con vigor.

—Gracias —sonrió—. Tú también estás muy bonita, como siempre.

—Tú, duque, en cambio, estás arrebatador.

—Mira que eres idiota, Hugh. —Estrechó su mano.

—¿Me vas a contar qué te ha llevado a suspender nuestra salida y convocarnos aquí?

—No hasta que estemos todos.

—Así sea, duquesa. —Le hizo una reverencia antes de besar a Abbi en la mejilla.

Elijah y Christine sonrieron.

Thaddeus y Ebba atravesaron la puerta de aquel salón pasados unos minutos. No iban solos.

—Lo siento, pero les prometí pasar mi tarde libre con ellas —se

excusó la enfermera.

—No te preocupes, estas jovencitas siempre son bienvenidas a casa, ¿verdad, cariño?

—Así es. —Les sonrió.

Kate, Amy y Ellen lo miraron embobadas.

—Es tan guapo —susurró la más pequeña.

—Sí que lo es.

—¿Me has escuchado, Abbi? —Se ruborizó.

—Sí, y déjame decirte que no tiene nada de malo. ¿Para qué están los ojos? ¡Para mirar!

—Ejem, ejem... ¿Nos contáis por qué estamos aquí y no en el club?

—No hasta que estemos todos, Thaddeus... Es lo que me han dicho a mí.

Desde que su vida se unió a la de Christine y las rencillas entre los Archer y los Cook se habían mitigado —la relación de Ernest y Rowland era una montaña rusa—, Hugh había vuelto a ser el mismo de siempre.

En cuanto a Thaddeus, él continuaba viviendo en una nube. Ebba era todo cuanto un día se atrevió a soñar. A su lado, no había dudas ni altibajos. Considerarse menos que los demás era cosa del pasado. Ella lo hacía más grande.

—Disculpad el retraso, yo... ¡Kate!

Robert caminó hacia la joven Campbell y la besó en la mejilla.

—No sabía que vendrías —sonrió.

—Yo tampoco —señaló Hugh—. ¿Se puede saber qué...?

—Curiosidad, hermano... Bueno, en realidad, me he cruzado con el carruaje de Thaddeus, me ha parecido ver a una bella dama y...

—Ya hemos escuchado suficiente —lo interrumpió—. Le podéis pedir que se marche.

—No, claro que no... Robert también es bienvenido a esta casa, ¿verdad? —Abbi miró a su esposo, pero sus ojos acabaron posados en Kate.

—Puedes quedarte —le dijo el duque.

Thaddeus y Hugh se observaron y se guardaron las reticencias para sí mismos.

—Además, nos puede ser de utilidad.

—¿De utilidad... para qué?

El joven Archer escudriñó a Abbi.

—Lo sabrás al mismo tiempo que todos... ¡Hermanita!

La duquesa de Warrington fue al encuentro de Caroline. Las mellizas se fundieron en un afectuoso abrazo.

—Llegáis tarde, ¿demasiado... sexo?

—Abbi, modérate.

—No seas mojigata... Andrew, ¿me respondes tú?

—Nunca es demasiado, cuñada.

Caroline le propinó un codazo en las costillas.

—¡Ay! —Le dedicó una arrebatadora sonrisa.

Aquella pareja de recién casados estaba inmersa en una luna de miel que los mantenía pendiendo del mismísimo cielo. El reciente fallecimiento de Elinor los había llevado a permanecer en Londres. No necesitaban recorrer Europa o viajar a América. Tenerse el uno al otro, haberse reencontrado, era su mayor triunfo. La menor de las mellizas Candford había cruzado la puerta lateral que unía las dos mansiones cada día, había pasado largas horas en el invernadero en compañía de su madre, de Reginald o de ambos y, a la hora de la cena, Andrew se les había unido. Geraldine era la viva imagen de la felicidad. Cuando los miraba y veía el brillo en sus ojos sentía que la vida había sido justa con ellos, pese a la pérdida del vizconde, quien se había convertido en un hijo para ella. Al igual que le sucediera a

Marguerite, la condesa también había declinado tomar parte en lo que consideraba un dislate. Quería a Violet, sufría por su ausencia, pero no deseaba enfrentarse a Harold.

—¿Cómo estás?

—Con Caroline todo es mágico —le respondió al duque.

—Se te ve mucho mejor talante, hermano... ¿Recuperando el tiempo perdido? —Hugh le dio unas palmadas en la espalda.

—Por desgracia, no se puede recuperar; pero sí estamos haciendo que nuestro día a día sea memorable.

—Bribón... —El vizconde de Drake los hizo sonreír.

—No quiero ser un aguafiestas, pero... ¿has sabido algo de tu padre?

—No. —Miró a Thaddeus—. Sé que está en Essex y poco más.

—¿Crees que reclamará la mansión?

—Si te digo la verdad, lo veo capaz de todo. —Se detuvo un instante—. No me preocupa. No le tengo miedo.

—Mi suegra estaría encantada de acogerte en su casa.

—Lo sé, aunque espero no tener que llegar a ese extremo —suspiró—. Teniéndola a ella no necesito nada más.

Sus ojos turquesa se posaron sobre Caroline, quien conversaba animadamente con Abbi, Ebba y Christine.

—¿Y nosotros, qué?

—Salvo a vosotros, Hugh.

—Eso está mejor... ¿Se puede saber dónde está Cameron?

—El marqués y... ¿su hermano?, su hermano —afirmó Thaddeus— acaban de llegar.

Robert no tardó en acercase a Kelvin y estrechar su mano.

—Te lo robo.

—Será todo tuyo cuando se lo presente a la señora de esta casa. Acompáñame —le pidió—. Abbi, este es Kelvin Gordon, mi hermano.

Sé que no ha sido invitado, pero le prometí pasar la tarde con nosotros en el club. Además, haciendo chantaje es el mejor.

—Córtate, hermano —musitó—. Señoras, es un placer conocerlas.

—Como ha dicho Cameron, me llamo Abbi y eres bienvenido a esta casa.

—Caroline —se presentó.

—Ebba.

—Y Christine.

—Es todo un honor para mí hallarme ante las esposas de Elijah, Andrew, Thaddeus y Hugh... Pero ¿dónde está la de Cameron? —Las hizo sonreír.

—Serás idiota —masculló entre dientes—. Robert, ¡todo tuyo!

—Vamos, ven conmigo, te voy a presentar a *mi* Kate.

Mientras se alejaban, el duque se acercó y le ofreció una copa de whisky.

—Gracias, hermano.

Todas las miradas se desviaron hacia el grupo de los *jovenzuelos*, como los llamaba Abbi, quien acostumbraba a olvidar que Robert tenía su misma edad.

Kelvin besó las manos de Kate, Amy y Ellen, a quien miró a los ojos con tanta intensidad que logró turbarla.

—Encantado de conocerlas, señoritas... Creo que me quedaré una larga temporada en Londres —le dijo a Robert.

—¿Ellen? —susurró en su oído.

—Ellen Parsons.

Al joven Archer le sorprendió que conociera su apellido. Lo que no sabía era que el pequeño de los Gordon siempre había admirado, e incluso le había generado cierta envidia, la relación de Cameron con *los cuatro de Londres*, como se refería a ellos, con desdén, en ocasiones. Siempre se había valido de las investigaciones de su

padre para estar al tanto de todo cuanto sucedía en torno a Andrew y aquellos que lo rodeaban. La llegada de Ellen a Londres no había sido una excepción.

Abbi hizo chocar una cuchara contra su copa de vino y todas las miradas recalaron en ella.

—Me emociona veros aquí y comprobar que habéis respondido gratamente a nuestra llamada...

—¿Nos habéis hecho venir para anunciarnos que estás encinta de nuevo?

—Claro que no, Hugh... O, al menos, no que yo sepa —añadió Elijah.

—No, querido, no estoy embarazada. O, al menos, no que yo sepa. —Los hizo sonreír la duquesa—. El motivo que os ha traído hasta aquí es bien distinto, es...

Caroline apretó fuerte su mano.

—Estoy contigo —musitó.

Abbi volvió a sentirse segura.

—Hay alguien que nos necesita.

—¿Quién?

—Alguien con nombre propio, Cameron: Violet Candford.

Capítulo 3

El marqués de Huntly repitió ese nombre en su mente. Sin previo aviso, causándole la misma zozobra que en sueños, la imagen de aquella mujer cobró forma. Su pecho comenzó a bombear muy deprisa. Su pulso se aceleró. Volvió a verse sacudido por una sensación de angustia incontrolable.

—¿Qué te ocurre?

—Yo... Esto... Nada, Elijah, todo en orden. —Trató de recomponerse.

Apretó los ojos en un intento por ahuyentar unos pensamientos que se habían propuesto atormentarlo. Kelvin lo observaba en la distancia. Sabía que algo no marchaba del todo bien. Seguía responsabilizando al amor del estado tan misterioso en que se encontraba. Guardó sus teorías para sí mismo. Jamás expondría a su hermano.

—¿Vuestra prima?

—Sí, Ebba —le respondió Abbi—. Violet era como una hermana para Caroline y para mí... Lo es.

Elijah tomó su otra mano. Sabía que era un momento importante y delicado para ella. También para su cuñada.

Andrew miró a su esposa y entendió que su lugar estaba a su lado.

—¿Estás bien?

—Lo estoy.

—¿Quieres que...?

—No, quédate. —Entrelazaron sus dedos.

El vizconde, al igual que le sucediera al duque, sabía que las mellizas Candford se enfrentaban a su desafío más notable. Contaban con su incondicionalidad, pero iban a necesitar el apoyo del resto.

—Para quienes no hayáis oído hablar de Violet, debéis saber que sus padres fallecieron en la explosión de la fábrica de pólvora de Myfair que sucedió hace...

—Siete años —la ayudó Caroline.

—Gracias, hermanita... Por ese entonces, nuestro padre pasaba más tiempo fuera de la ciudad que en casa, y Violet quedó bajo la tutela del tío Harold. Le pedimos que la trajera a vivir con nosotros, se lo imploramos, pero no cedió. Al parecer, existe un documento oficial que lo nombra a él como su tutor legal.

—Pensamos que no es verdad. Es más, estamos convencidas de que, si de verdad existe, son los nombres de nuestros padres los que figuran en él. La tía Agatha nunca habría dejado a su hija con ese hombre. Es...

—Un miserable —continuó Abbi—. Es imposible que lo nombraran su valedor. Era un mal hombre sin oficio ni beneficio. Vivía de la generosidad de sus hermanos, y de sus rentas, por supuesto. Con la muerte de los padres de Violet se le presentaba la gran oportunidad de su vida: manejar todo su patrimonio. No la desaprovechó el muy...

—Tranquila, mi amor.

—Es un canalla... El año pasado traté de verla; Elijah me acompañaba y... me echó de muy malas maneras. Ni siquiera me dejó poner un pie en la casa. —Necesitó hacer una pausa—. Nos lo hemos encontrado en algún baile, le hemos preguntado y siempre nos ha respondido con evasivas.

—O, directamente, nos ha evitado —señaló Caroline—. Lo único que nos ha dicho es que está delicada de salud y que no puede recibir visitas.

—¿Lleva siete años enferma? ¡Ja! No hay quien se lo crea. Ese hombre nos ha robado a nuestra prima y la mantiene prisionera.

—¿Estás segura, Abbi? Se trataría de un delito muy grave —añadió Thaddeus.

—Estamos segurísimas —incluyó a Caroline—. No solo lo acusamos de secuestro, sino de falsificar documentación, de ser un usurpador, además de un ladrón y de... Sabe Dios qué le estará haciendo a Violet —se le quebró la voz.

—Tenemos que liberarla, por eso estáis aquí —dijo la menor de las mellizas.

—¿Cómo lo haremos? Se trata de una propiedad privada.

—Lo sabemos, Hugh —respondió el duque—. No lo tendremos nada fácil, por eso os hemos hecho venir. Andrew y yo le hemos prometido a nuestras esposas que las ayudaremos en esta complicada empresa y es lo que pretendemos hacer; y, bueno, entiendo que no queráis veros comprometidos.

—¿Estás de broma? Yo me apunto —señaló el vizconde de Drake.

—Cuenta conmigo, hermano —se le unió Thaddeus.

—Yo... *Uno para todos y todos para uno* —declaró Cameron.

El marqués aún permanecía contrariado. No entendía por qué esa imagen había tomado forma a plena luz del día y rodeado de tantas personas. Era un tormento y comenzaba a estar cansado.

—Siempre estaré de vuestro lado —les hizo saber Ebba.

—Si alguien sabe de misiones imposibles esa soy yo. Me uno —manifestó Christine.

—Yo también me apunto —elevó la voz Robert.

—Yo... ¿puedo? —vaciló Kelvin.

—Mientras más, mejor —contestó Abbi—. ¿Verdad, esposo?

—Supongo que sí, pero no podemos olvidar que es un asunto muy delicado y que los riesgos serán altos. No nos estará permitido dar un solo paso en falso. Ese tipo es déspota y ha de tenerlo todo muy bien atado, o eso debe pensar. No me gusta Harold Candford.

—¡Qué desgracia que tenga que llevar nuestro apellido! —se lamentó Abbi—. Lo desenmascararemos ante todo Londres.

—¿No apuntas demasiado alto?

—En el momento que la rueda comience a girar no la detendremos, Thaddeus. Por eso es muy importante que estéis seguros de querer hacerlo. Mi madre y mi suegra se han negado a participar en lo que consideran una locura, y las respetamos.

—¿Puedo ayudar?

—Oh, Amy, me emociona tu predisposición —le dijo Caroline.

—También es mi deseo —anunció Kate.

—Y el mío. —Ellen no se iba a quedar atrás.

—Sois encantadoras. —La menor de las mellizas Candford la miró con cariño—. No os expondremos, jamás podríamos hacer algo así, pero, una vez que Violet esté fuera de esa casa, podréis acompañarla y ser un sostén para ella.

—¿De verdad lo crees? —le preguntó la más jovencita de las Campbell.

—Con certeza.

Abbi los observaba emocionada. Habían reaccionado de manera positiva a su petición pese a lo controvertido del caso.

—Estoy muy orgullosa de todos vosotros. Cuando Violet sepa cuántas personas han luchado por ella será feliz, a pesar de... —No pudo continuar.

—Desconocemos por completo el estado en que se encuentra nuestra prima. Como os hemos dicho, hace siete años que no tenemos contacto con ella. De niñas, siempre estábamos juntas. Era nuestra hermanita, aunque solo es un año más pequeña que nosotras. La queremos y tenemos que luchar por ella. Ya no podemos seguir mirando hacia otro lado, no podemos ignorar que el peor de los hombres la mantiene prisionera. Ha llegado el momento de salvarla.

Esa última palabra, salida de los labios de Caroline, impactó contra Cameron. El marqués sintió una punzada en el vientre. Era justo lo que aquella mujer le había pedido. ¿Se estaba volviendo loco? Sacudió la cabeza y respiró profundo. No quería que nadie notara su malestar. Su mirada se cruzó con la de Kelvin y se vio obligado a sonreírle.

—¿Y... cuál es el plan? —se atrevió a preguntar.

—Aún no lo tenemos definido del todo, pero... ¡Jaaaaack! —gritó Abbi.

—¿Tu chico para todo también está metido en el ajo?

—No podía ser de otro modo, Hugh —le respondió el duque.

El joven accedió al salón. En sus manos portaba unos papeles que depositó y desplegó sobre la mesa.

—¿Se acercan?

—Allá vamos —le sonrió la duquesa.

—¿Podemos?

—Por supuesto, Ellen —le respondió Caroline—. Estamos juntos en esto, todos.

Kelvin aprovechó para situarse a su lado. Como era de esperar,

Robert no se separó de Kate.

—Estos son los planos de la casa de New Bond Street. Es de Violet, aunque, como ya sabéis, el tío Harold se ha apropiado de toda su herencia —recordó Abbi.

—¿Queréis que nos colemos en ella?

—Muy agudo, Thaddeus —le dijo Elijah—. Esa es la idea.

—Existe la inviolabilidad del hogar, un delito grave penado con multas, encarcelamiento o trabajo forzado si no hay violencia —les hizo saber el ayudante de banquero.

—¿Y si la hay? —preguntó Amy.

—Nos pueden enviar a las colonias, aunque esto empieza a abolirse, condenar a cadena perpetua o... a pena de muerte.

—No las asustes —le pidió Ebba.

—Me remito a enumerar los castigos que recoge la ley, mi amor. Es mejor que todos sepamos a qué nos arriesgamos, aunque vosotras tres no participaréis de esto.

Su mirada se desvió hacia sus hermanas y su cuñada.

—Pero...

—Vuestro papel será el de darle apoyo emocional a Violet una vez que esté fuera de esa casa, Kate. ¿Acaso no habéis escuchado a Caroline?

—Está bien... Supongo que será importante.

—Será crucial —dijo la duquesa—. Lleva siete años sin poner un pie en la calle, y no sabemos las heridas morales que pueda tener. Quizás ha pensado que la hemos abandonado, pero...

—De ser así, le demostraremos que no es cierto. Abbi, no olvides que nuestra prima nos conoce.

—O nos conocía.

—De cualquier modo, pronto sabrá que seguimos siendo las mismas de siempre, que la queremos y que haríamos todo por ella.

—Por eso estamos aquí, ¿no? —intervino Andrew—. Todo va a salir bien.

—¿Lo prometes?

—Lo prometo. —La besó en la frente.

Se arremolinaron en torno a aquella mesa y a un Jack que no podía evitar sentirse fuera de lugar a pesar de la confianza que los duques de Warrignton habían depositado en él. Elijah se situó a su derecha; Abbi, a su izquierda.

—Como os ha dicho mi esposa, tenemos los planos de la casa —comenzó a explicarles el duque—. En la planta baja se sitúan el *hall*, el salón principal, el comedor, un pequeño baño para las visitas y la biblioteca...

—El padre de Violet la utilizaba como despacho. Imagino que el tío Harold habrá hecho lo mismo —señaló Abbi.

—Es de esperar... ¿Continúo? —Su esposa asintió y él tomó un segundo plano—. En la primera planta, se encuentra el dormitorio principal, que debe ocupar Harold; y, en esta ala, creemos que sigue durmiendo Violet.

—Era su cuarto de niña... Imaginamos que no le ha permitido pasar al que un día fuera de su madre por estar pegado al suyo.

—Se me ha pasado por alto un detalle crucial. —Volvió a coger el primer plano—. Las escaleras que dan a esta planta están ubicadas junto a la biblioteca, al final de este pasillo.

—A ver si se centra, duque —bromeó Hugh.

Agradecieron que el vizconde de Drake pusiera una nota de humor entre tanta tensión.

—Ha sido un pequeño... desliz —continuó con la chanza—. Aquí hay unos cuantos dormitorios más, que deben estar vacíos, y una sala de estar.

—En una tercera planta —cogió el testigo Abbi—, se hallan las

habitaciones de los niños y de la institutriz, lógicamente desocupadas... Y...

—El ático. —El duque les mostró un cuarto plano—. Es importante porque es donde debe pernoctar la doncella. —Miró a Jack.

—Así es —confirmó el joven.

—Ahora vamos al... sótano. —Expuso otro mapa—. Los cuartos del personal masculino están justo aquí, y cabe reseñar que existe un acceso a la zona desde el exterior. Puede ser una buena opción, pero de eso hablaremos más adelante... La cocina, lavandería, despensa o las oficinas del servicio, que también se disponen en esta área, la convierten en el lugar más concurrido.

—Lo cual significa que no es tan buena opción —manifestó Cameron.

—Tal vez... Ya solo nos falta la zona trasera de la vivienda, donde se dispone un jardín.

—Es posible que Violet pase largas horas en él.

—En el supuesto de que le permita salir de su recámara, Caroline.

—¿Lo crees tan perverso? —La miró con estupor.

—Podemos esperar cualquier cosa de ese... malnacido, ya lo sabes.

—Tu hermana tiene razón, lo ha demostrado... Además del jardín, cuenta con una cochera y con una entrada para el servicio. ¿Te parece un mejor acceso, Cameron?

—Tengo mis dudas.

—Ya veo... Para eso estamos aquí, para trazar el mejor plan posible.

—Resulta evidente que nueve personas no nos podemos colar en esa casa —declaró Thaddeus.

—Once, contándonos a Kelvin y a mí.

—Tú no te vas a colar en ningún sitio, Robert, ¿me has oído? —le

dijo Hugh.

—Lamentablemente.

—Yo...

—Olvídalo. —Cameron fulminó a su hermano con la mirada antes de añadir—: Tengo una pregunta.

—Adelante.

—¿Sabemos con qué personal de servicio cuenta Harold?

—Jack, es tu momento —le sonrió el duque.

Capítulo 4

El joven rebuscó hasta dar con el papel que necesitaba y lo colocó sobre los planos. Saberse el centro de todas las atenciones hizo que se le formara un nudo en la garganta. Pensó en Lily y en lo bien que le habría venido tenerla a su lado. Nadie sabía templar sus nervios, no como ella.

—He estado indagando y...

—A ver, que yo me entere: cochero, mozo, testigo en una boda y, ante la policía, amenazó con arrojarnos al Támesis... ¿Y ahora también investigador privado? —se preguntó Hugh.

—Ya os he dicho que es mi chico para todo. —Le revolvió el cabello—. Jack se ha pasado el último mes haciendo pesquisas, ha pasado horas vigilando esa casa, controlando quién sale y quién entra, a qué hora... Y este es el resultado. Somos todo oídos.

—Lo primero que tienen que saber es quiénes acompañan a Harold Candford y a la señorita Violet; aunque he de decir que a ella no la he llegado a ver, ni siquiera asomada a la ventana de su recámara.

—¿Eso es... malo? —preguntó Abbi.

Solo Elijah conocía toda la información que Jack había recabado.

—Tal vez sí esté indispuesta.

—¿Siete años, Caroline?

—En los últimos, quizás... No olvides que le pedimos a padre que nos llevara a verla, pero no nos hizo el menor caso. Después murió, y la poca relación que teníamos con el tío Harold pasó a ser inexistente.

—Debimos luchar por ella en aquel momento.

—Solo erais dos crías, Abbi —le recordó Ebba.

—Aun así...

—Tranquila, mi amor. —El duque la atrajo hacia él y la besó a la altura de la sien. —Continúa, por favor.

El mozo volvió a posar su mirada sobre aquel croquis que había elaborado junto al duque, quien había transcrito toda la información que Jack había reunido.

—Empezaré por Horace, el mayordomo. Lo controla todo. Se encarga de abrir. Lo sé porque le he estado dando un cuarto de penique a un muchacho a cambio de que llamara a la puerta. Al parecer, no ha formado una familia y... no parece agradable.

—No, no lo es... Me trató con desdén el día que me presenté allí —recordó Abbi.

—A juzgar por lo que he visto, no me extraña, señora.

—¿Señora? ¡Por el amor de Dios, Jack!

—No me lo tenga en cuenta. —Se hizo acompañar de una media sonrisa—. Rufus es el cochero. Su apariencia y sus modales son algo toscos, y puede llegar a intimidar. Me ha dado la sensación de que eso es precisamente lo que pretende Harold... Como dato de interés, han de saber que su tío se ausenta de la casa los martes, jueves y algunos sábados, al anochecer. Permanece fuera alrededor de dos horas, algo más en fin de semana.

—¿Sabes adónde va? —preguntó Thaddeus.

—A una casa particular.

—¿Tiene una amante?

—Es lo que sospecho —respondió a Hugh.

—¿Quién es? —interpeló Caroline.

Tanto a ella como a Abbi se le revolvían las entrañas al pensar que una mujer pudiera estar interesada en alguien tan detestable y falto de humanidad.

—La Viuda Darlington.

—¿Helena? —El joven asintió—. Solía venir a casa cuando éramos pequeñas, era amiga de nuestra madre.

—La recuerdo... —musitó la menor de las mellizas—. ¿Cómo ha podido caer tan bajo?

—Tampoco me lo explico. —Sacudió la cabeza—. ¿Quién más vive con ellos, Jack?

—Lo extraño es que algo así se le haya pasado a mi madre —declaró Hugh.

—He pensado lo mismo —señaló Robert.

El joven Archer había tomado la mano de Kate con disimulo, o eso creía. Tanto su hermano como Thaddeus lo habían visto, se habían mirado y habían optado por dejarlo estar.

—Discúlpanos, Jack, prosigue.

—Gracias, vizconde... Tenemos a Ralph, quien podría decirse que es su hombre para todo —empleó las palabras de Elijah—. Tiene pinta de matón y no me da buena espina. Lo he seguido en varias ocasiones y se reúne con gente muy poco recomendable, en el extrarradio de Myfair.

—Qué curioso... —musitó la duquesa.

—Ha llegado a mis oídos que trabajaba en la fábrica de pólvora donde fallecieron los padres de Violet y que fue la primera persona del servicio en llegar a la casa de New Bond Street.

—Es muy sospechoso —dijo Thaddeus.

—Pensé lo mismo —manifestó el duque.

—¿Mera casualidad?

—No lo sabemos, Hugh.

—Pero lo descubriremos —sonó muy seguro Andrew.

—¿Puedo?

—Claro, Jack, no queremos que te deshagas de nosotros. —Se le adelantó el vizconde de Drake a Elijah y logró arrancar un buen puñado de sonrisas, incluida la de Christine, que lo miró con amor.

—Bernice completa el crucigrama. Es una mujer de mediana edad y quien está en contacto directo con Violet. Se encarga de la cocina, de hacer la limpieza y de atender a la joven.

—¿Qué más sabes de ella? —le preguntó Caroline.

—De vez en cuando sale a hacer compras y se deja ver por Covent Garden o Smithfield Market, aunque es usual que le lleven los encargos a la casa. Como pueden ver, es todo muy hermético.

—Sin duda... —El duque frunció el ceño—. ¿Qué sensaciones te da esa mujer? Por lo que has observado, ¿crees que podría colaborar?

—No estoy muy seguro, señor. Se muestra distante y... temerosa, sí, esa es la palabra más adecuada. No sé si es así o si su comportamiento lo provoca la influencia de Harold.

—Es posible que le tenga miedo, ¿de qué otro modo iba una mujer a permitir lo que se está haciendo con Violet? —cuestionó Abbi.

—También hay mujeres que actúan con maldad, mi amor...

—Ya...

—En una ocasión ayudó a una cría que estaba siendo molestada por un grupo de niños mayores —señaló Jack.

—Quizás trate bien a nuestra prima y esté en desacuerdo con el tío Harold, pero... ¿por qué lo permite?

—Caroline, cariño, esa mujer dispone de un techo donde vivir y un salario. Es muy posible que no tenga más alternativa que seguir las órdenes de tu tío.

—¿Por muy inhumanas que sean?

—No todo el mundo es tan indulgente como tú. —Andrew se hizo acompañar de una sonrisa.

—El vecino..., digo, mi cuñado dice la verdad, hermanita: tú eres un ángel, no hay nadie igual a ti. —Los hizo sonreír—. ¿Y... qué has podido averiguar sobre el tío Harold?

—Aparte de su más que probable aventura amorosa, se pasa los días en la casa. Esta temporada no ha asistido a un solo baile, pero eso ya lo deben saber... —Se detuvo un instante—. Hay algo más, en la última semana un hombre con pinta de abogado lo ha estado visitando.

—¿Un abogado? —Abbi miró a Elijah con preocupación.

—Es la sensación que me ha dado, pero aún no sé quién es.

—Lo averiguaremos —afirmó el duque.

—Violet cumple dieciocho años dentro de cinco meses, pero él debe tener la tutela hasta los veintiuno, como dictamina la ley... ¿Qué puede estar tramando?

—Sea lo que sea, lo descubriremos, hermana.

—¿De verdad lo haremos, mi otra mitad?

—Sí, ten fe. Ya no nos vamos a detener, nadie nos vas a parar, Abbi. Ha llegado el momento. Vamos a salvar a *nuestra* Violet.

—Lo vamos a hacer, sí, sí, ¡claro que sí!... ¿Me das un abrazo?

—Eso ni se pregunta.

Abbi y Caroline, con lágrimas en los ojos, se demostraron, una vez más, todo el amor que se profesaban. El resto las observaban emocionados.

—Ejem, ejem... No quiero ser impertinente ni parecer insensible,

pero... ¿cuál es el plan?

—Buena pregunta, Cameron.

El duque no parecía tener una respuesta.

***

Geraldine se había propuesto hacer un retrato de Reginald. Su esposo, paciente, posaba para ella, florete en mano, sentado en uno de los bancos de los jardines.

—¿Te falta mucho?

—¿Quieres dejar de quejarte?

—Estoy cansado y aburrido.

—Pareces un crío.

—¿Me estás torturando por algo que he hecho mal?

—Claro que no.

—Quería ir con ellos y participar en su conspiración, pero me he quedado en casa contigo, porque...

—Es un despropósito, querido. ¿Enfrentarse a Harold? Mis hijas se han vuelto locas.

—¿No lo han estado siempre? —bromeó.

—Tienes razón —sonrió antes de adquirir un semblante más adusto—. Ese hombre es peligroso.

—¿Tanto como para tenerle miedo?

—No es miedo, o sí... No lo sé; pero no me gustaría tenerlo como enemigo.

—Veamos qué ocurre y, sobre todo, confiemos en ellos.

—Confiemos... —susurró Geraldine—. ¡Endereza la espalda!

—Voooooooy.

***

Marguerite apenas se había concentrado. Sus pensamientos estaban al otro lado de los jardines. Solo los arrumacos a Jane lograban hacerlos a un lado. En aquel salón se estaba urdiendo una trama que podía poner en riesgo a su hijo, a su nuera y a tantas personas por las que sentía verdadero afecto. No deseaba que el apellido Cromwell se viera involucrado en un escándalo, pero sabía que no los podría persuadir. Si Abbi era tozuda, su vástago no lo era menos. Emitió un suspiro profundo que no pasó desapercibido para Amélie.

—Veo que su preocupación no ha decrecido un ápice, señora.

—Me resulta imposible... Me pregunto a qué conclusión habrán llegado, de haberlo hecho ya... Tardan demasiado.

—Ya sabe que no es un asunto sencillo.

—Lo cual me inquieta aún más.

—La entiendo, pero trate de estar tranquila, pronto podrá preguntárselo a los duques.

—No sé si quiero hacerlo, Amélie.

—Creo que a veces es mejor vivir en la ignorancia, peeeero...

—Sabes tan bien como yo que no me resistiré, ¿verdad?

—Es lo que me temo, señora. —Ambas sonrieron.

***

Abbi miró a Caroline. Las mellizas le habían dado miles de vueltas al asunto, también Elijah y Andrew, sin llegar a un punto de encuentro, a urdir un plan que no resultase demasiado descabellado.

—¿Alguna sugerencia? —preguntó la joven duquesa haciéndose acompañar de una radiante sonrisa.

Capítulo 5

No era una sonrisa que denotara seguridad, sino todo lo contrario. Había dudas, temor e incluso malestar por pedir su colaboración en un asunto tan personal y tan anómalo; pero entendía que solos no lo iban a logar. El tío Harold las conocía y, por ende, a sus esposos. Todo Londres se había hecho eco de sus matrimonios. Su única opción eran ellos. Jack ya había hecho su parte. El mozo había cumplido con creces, aunque su papel en toda esa urdimbre aún no había terminado. Era el momento de pasar a la acción. Ya habían demostrado su lealtad, restaba trazar un plan sólido, sin fisuras.

—Hay que sacar a Violet de esa casa —dijo Caroline.

—Lo haremos —sonó muy seguro Elijah.

—El gran interrogante es... ¿cómo? —cuestionó Hugh.

—¿Alguna sugerencia? —interpeló Andrew.

—Está claro que vosotros cuatro no os podéis dejar ver por esa casa —manifestó Thaddeus—. A sus sobrinas y sus esposos..., a juzgar por lo que hemos ido sabiendo de ese hombre, os debe tener bien controlados.

—Tienes toda la razón. —La expresión de Abbi se tornó sombría.

—¿Puedo?

—No tienes que pedir permiso para hablar, Jack.

—Gracias, señor. —Desde que llegara a la mansión Cromwell, el duque lo había tratado con afecto. Siempre se había sentido en deuda con él, de ahí que se estuviera tomando esa empresa como propia—. Hay algo que no les he dicho aún.

—¿Es... importante?

—Nos puede dar algo de ventaja, Abbi.

—Habla, pues —se mostró impaciente.

—Horace, el mayordomo, se ausentará unos días.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo escuché hablar con Rufus.

—¿Has entrado a la casa?

—No, Caroline... Estaban en la calle, junto a la entrada lateral del servicio.

—Bien hecho. —Elijah le mostró el orgullo que sentía—. ¿Sabes adónde viaja y cuándo?

—A Lacock. Al parecer, la salud de una de sus hermanas se ha resentido y ha decidido visitarla. En principio, estará una semana, pero todo dependerá de cómo se encuentre.

—¿Y se marcha...? —preguntó Christine.

—Dentro de dos días.

—¿Contratará a otro mayordomo?

—Con lo hermético que es, y teniendo en cuenta que nada escapa a su control, no lo creo. Sería demasiado arriesgado.

—Porque tiene algo que esconder; de otro modo, su comportamiento sería como el del resto —declaró Abbi.

—Vamos a recapitular —dijo el duque—. Harold abandona la casa tres días a la semana: martes, jueves y sábado. Está fuera, como mínimo, dos horas, y Rufus, el cochero, también. El mayordomo se ausentará alrededor de siete días, que pueden ser más o menos; y

viaja este jueves por la mañana. En la casa solo estarán Violet, Bernice y...

—Ralph —le recordó Jack.

—Exacto... Este último me da muy mala espina.

—A ti y a todos, Elijah —manifestó Hugh.

—Ya...

—A veces, aprovecha la ausencia de Harold para salir.

—Eso significa que hay momentos en los que en la casa solo se encuentran Violet y Bernice.

—Sí, Abbi.

—Por el amor de Dios, Jack, ¿por qué no lo has dicho antes?

—Estaba esperando la ocasión —se excusó.

—¿No lo veis? Tenemos una oportunidad, o dos, incluso tres... ¡Oh, Caroline! —Tomó su mano.

—¿Estamos cerca, hermana?

—Lo estamos... Iré yo.

—No.

—¿Pero...?

—No puedes ir, tampoco Caroline o...

—¿Acaso no has escuchado? Estarán solas.

—De ser así, ¿por cuánto tiempo?

—No...

—Exacto, no lo sabemos, mi amor... Aunque solo estén ellas dos, debemos actuar con cabeza, tenerlo todo bien pensado y no creer que entraremos a esa casa y sacaremos a Violet en un suspiro.

—Pero ese es el plan.

—Ese es el objetivo final, pero no sabemos en qué estado está, si querrá o no venir, si la criada se pondrá de nuestra parte o si dará la voz de alarma... Desconocemos por completo lo que ocurre en esa casa, Abbi. Trabajamos con conjeturas, eso es todo.

—Caroline y yo sabemos muy bien lo que sucede: la mantiene prisionera... Andrew, tú la conociste de niña, la viste con nosotras; háblales de la relación que teníamos.

—Eran como trillizas, siempre juntas... Las recuerdo correteando por los jardines, también por los nuestros. Eran como tres hadas, tan risueñas, tan felices... —Apretó una sonrisa—. No, Violet jamás se habría alejado de ellas por voluntad propia, estoy completamente seguro. Tenemos que sacarla de ahí como sea.

—Jack ha dicho que Bernice ayudó a una niña que estaba siendo molestada y... he pensado que quizás también se apiade de una mujer encinta —les dijo Christine.

—No sé en qué estás pensando, pero no. —Hugh la miró con desaprobación.

—Piénsalo, cariño, es una de nuestras mejores bazas.

—He dicho que no.

—No me vas a prohibir que ayude a mis amigas.

—Te lo agradecemos mucho, Christine, pero...

—Caroline, Abbi, queréis salvar a Violet, ¿verdad? —Las mellizas asintieron—. Llamaré a esa puerta, le diré que no me encuentro bien, le pediré un poco de agua y estaré dentro. No voy a correr riesgo alguno, os lo prometo. —Le dedicó una mirada cargada de amor y de súplica a su esposo.

—Mi amor, eres... Iré contigo.

—Iré yo.

Toda la atención se centró en el marqués de Huntly, pero era su hermano quien estaba más sorprendido e intrigado.

—¿Tú, por qué?

—Soy escocés, no estoy casado, me importa una mierda lo que la sociedad londinense pueda pensar de mí... No tengo demasiado que perder en caso de que las cosas se tuerzan.

—Tienes una familia que te adora —intervino Kelvin.

—Ya..., por eso padre me exige que regrese a Aberdeen y me despose con Agnes Flercher.

—¿Qué? No nos lo has contado.

—Es muy reciente, Hugh... Además, es la primera vez que nos vemos desde que mi hermano me trajo tan grata noticia.

—¿Y... vas a aceptar?

—Claro que no, Thaddeus. Nadie me da órdenes.

—Pareces tenerlo muy claro.

—Tanto como que llevabas toda una vida suspirando por Caroline —sonrió.

—Celebro tu firmeza, hermano —le dijo Elijah.

—Gracias, hermano... ¿Y bien?, ¿trazamos un plan?

—Empiezo a emocionarme —suspiró Abbi.

—Y yo... ¿Estamos más cerca?

—Lo estamos, Caroline, lo estamos... ¿Este jueves?

—Por favoooooor —dijo la menor de las mellizas—. Ya hemos perdido demasiado tiempo.

—El jueves —confirmó Andrew—. ¿Sabemos alrededor de qué hora suele salir Harold?

—Entre las nueve y las nueve y media, aprovechando que la ciudad duerme —les hizo saber Jack.

—¿Y Ralph? —preguntó Elijah.

—En cuanto el carruaje echa a andar, sale por la puerta del servicio.

—Eso quiere decir que lo veremos marcharse —apuntó Cameron.

—Afirmativo, marqués.

—Llámame por mi nombre, Jack. Esta experiencia nos va a unir mucho.

Kelvin advirtió en él un halo de luz que no había observado desde

que llegara a Londres.

—Ya lo creo, Cameron.

—Yo entro en escena en primer lugar —declaró Christine—. Llamaré al timbre y lograré que esa mujer me deje pasar.

—Una vez que lo hagas, debes asegurarte de que no cierre la puerta. Entonces, entraré y me dirigiré a la recámara de Violet.

—¿No se asustará al ver a un completo desconocido?

—Es lo más probable, Abbi, pero me presentaré y le diré que voy de vuestra parte... Christine, tú tendrás que entretener a la criada el mayor tiempo posible.

—Lo haré.

—¿Querrá marcharse contigo?

—No lo sé, Abbi. Desconocemos cómo se encuentra. Jack nos ha dicho que no la ha visto, lo que indica que debe estar postrada en una cama.

—¿Muy enferma?

—Esperemos que no, mi amor —le dijo Elijah—. Pero, en caso de estarlo, Ebba le prestará los mejores cuidados.

—No lo dudéis un solo segundo —declaró la enfermera.

—Jamás podríamos hacerlo. —Caroline la miró con cariño—. De no ser posible sacarla de ahí...

—No pienses en lo peor.

—Es una opción, Abbi... Por mucho que nos duela también hemos de contemplarla.

—Tienes razón, hermanita.

—¿Es posible que puedas entregarle una carta?

—¡Qué gran idea!

—Entiendo vuestra impaciencia, pero... ¿no sería demasiado arriesgado? —trató de poner algo de cordura el duque—. ¿Y si la intercepta vuestro tío o alguno de sus sirvientes?

—Tal vez no sea la mejor idea —musitó Caroline.

—No estés triste, mi dulce demonio. —Andrew los hizo sonreír—. Estamos más cerca que nunca.

—Sí —balbuceó—. Lo vamos a lograr.

—No te quepa la menor duda, cuñada... Y, ahora, después de tanto estrés, ¿nos relajamos un poco y nos tomamos un whisky bien cargado? De paso, nos explicas bien quién es esa tal Agnes Fletcher.

—¿Un oporto para nosotras?

—¡Un oporto!

—Amy, tú tomarás limonada —le dijo Ebba.

—Odio ser pequeña.

—Mi niña, no tengas ninguna prisa por crecer. Además, el vino tampoco está tan bueno.

—Entonces, ¿por qué lo tomas? —Logró arrancar la sonrisa de todas, incluida la de su cuñada.

—Por falta de personalidad —bromeó.

***

Cameron dejó descansar la espalda sobre el respaldo de la silla. Por momentos, se había sentido tenso en la mansión Cromwell. De vuelta en casa, se refugió en el despacho. Kelvin se había quedado con Robert. El cochero del vizconde de Drake lo acercaría.

A todos les sorprendió que fuera el primero en marcharse. Acostumbraba a no tener horarios, no cuando se reunían los cinco.

Pensó en Violet, en la suerte que esa joven podría estar corriendo. Se le pasó por la cabeza preguntar cómo eran sus rasgos físicos. Se sintió ridículo. En unos días se colaría en una casona para salvar a una completa desconocida, mientras que otra lo atormentaba en sueños y a plena luz del día, como le sucedió en la reunión.

Hablar de Agnes Fletcher y de los planes que tenía su padre para él le había causado cierto malestar pese a que su posición estaba clara: no se tenía por romántico, pero no se casaría por imperativo de nadie, por más que pudiera tratarse de un duque al que le debía su título y su estatus.

Cerró los ojos y trató de dejar la mente en blanco. En dos días allanaría una propiedad privada y en lugar de causarle inquietud le provocaba excitación.

***

—¡Sálvame!

—¿Quién eres? ¿Por qué vienes a mí? ¿Qué quieres?

Cameron, empapado en sudor, se retorcía en aquella silla de madera labrada.

—Hermano, despierta... ¡Despierta! —lo sacudía Kelvin.

El joven Gordon llevaba largos minutos sentado frente a él, observándolo.

—No, no te vayas... ¿Quién eres? ¿Qué...?

El marqués sintió un impacto sobre la mejilla y volvió en sí.

—¿Estás bien?

—¿Me has golpeado? —Se llevó la mano al rostro.

—No sabía cómo despertarte... ¿Con quién estabas soñando?

—Con nadie.

—Vamos, Cameron, a mí no me engañas. Llegué hace un rato, te he visto y te he escuchado. ¿Quién viene a ti?

—No digas sandeces, Kelvin.

—¿Son esos sueños los que no te permiten descansar? Me preocupas.

—Me dice mi hermano pequeño.

—¿Acaso no puedo hacerlo? No importa los años que nos llevemos o lo alejados que podamos estar, para mí siempre vas a ser...

—No te pongas dramático —lo interrumpió.

—No me lo vas a contar, ¿verdad?

—No.

—Está bien, hermano. Márchate a la cama. Buenas noches.

—Buenas noches, Kelvin.

Cameron no quería ser tosco o grosero con él. Agradecía su preocupación, pero no podía decirle que sus desvelos y su agitación se debían a algo inexistente.

—Ya ha escuchado a su hermano, váyase a dormir.

—Me marchaba ya... Y no escuche detrás de las puertas, Lydia.

—Estaba abierta y... solo pasaba por aquí.

—Ya... Descansa.

—Y usted.

El marqués caminó por el pasillo. Estuvo tentado de detenerse en la recámara de Kelvin, pero no lo hizo. Alcanzó la suya, se desvistió, deshizo la coleta y se dejó caer sobre la cama.

—Dame una tregua, la necesito.

Capítulo 6

Dos días más tarde

No hubo tregua para él. Aquella aparición tan real y descarnada se había propuesto robarle el descanso. A Cameron le había costado dormir, incluso concentrarse en el papeleo o estar centrado en sus encuentros con el resto de los caballeros y sus esposas para perfilar los detalles. Se estuvieron convenciendo unos a otros de no dejar nada al azar, cuando, en realidad, sabían que nada dependía de ellos mismos.

—¿Inquieto?

El marqués retiró la vista de los documentos y centró su atención en Kelvin.

—No sé si es la palabra más acertada... Quizás expectante.

—No me gusta que seas tú.

—No eres mi madre —sonrió.

—¿Aunque lo parezca? —Le devolvió el gesto.

—Aun así... Siento que he de hacerlo.

—¿Por qué?

—No lo sé... Algo en mi interior me dice que tengo que ser yo.

—¿Conoces a Violet?

—Noooo... Cuando llegué a Londres ya estaba con Harold Candford y...

—¿Por qué te arriesgas, entonces?

—Ya te lo he dicho, Kelvin: siento que he de hacerlo.

—¿Por Elijah y Andrew?

—Tal vez o... por mí mismo.

—No tienes que demostrarle nada a nadie, Cameron, todos saben de tu valía.

—Pequeño adulador...

—Hablo en serio. —Se detuvo un instante—. ¿Y si las cosas no van como se espera? ¿Y si solo son conjeturas erradas? ¿Y si Violet es feliz en esa casa? ¿Y si todo sale mal y acabas entre rejas o... algo mucho peor?

—Son demasiados interrogantes, ¿no crees?

—Los necesarios, hermano... Estoy preocupado por ti.

—Lo sé —suspiró—. Confiemos en la Providencia.

—Deja que vaya en tu lugar.

—¿Te has vuelto loco? Esto no te atañe, Kelvin.

—¿Y a ti sí?

—Son mis... hermanos ingleses. Te guste más o menos, no me voy a echar atrás.

—¿Por honor?

—Porque es lo que quiero, y no voy a seguir hablando de esto.

—Entendido... Te estaré esperando en la mansión Cromwell con el resto. Ojalá todo salga bien.

—Confío en que así sea... ¿Te apetece que practiquemos esgrima?

—¿Para liberar tensiones?

—Algo así... Aún quedan unas horas y...

—Seré un digno adversario.

—No lo dudo.

Cameron agradecía las palabras y la preocupación de su hermano, pero era una decisión más que tomada. Quizá no la había meditado lo suficiente o no había tenido en cuenta los pros y los contras. Sintió que debía ser él, era todo.

***

—¿Estáis seguras de lo que vais a hacer?

Geraldine sufría desde el instante en que tuvo conocimiento de su plan. Conocía a sus hijas. Sabía que no las convencería de lo contrario.

—Sí, madre. Ha llegado el momento —le respondió Caroline con tranquilidad.

—¿Acaso no sois conscientes del riesgo que corréis?

—Va a salir bien.

—No lo sabes.

—Se trata de Violet, madre.

—Y del indeseable de Harold... Ese hombre es capaz de todo.

—No le tenemos miedo. Por cierto, madre, ¿sabía que se ve con Helena Brown?

—Yo... lo... desconocía —acertó a decir. —¿Helena Brown, en serio?

—Sí.

—¿En qué estará pensado esa mujer? —Sacudió la cabeza.

—Madre, voy a decirle a Andrew que nos debemos marchar ya. Deséenos suerte.

—Ay, Caroline... Suerte, hija. —La abrazó—. Rezaré porque todo vaya bien.

***

—Hijo mío, temo por Cameron y Christine.

Marguerite había llamado a la puerta de su despacho y había optado por permanecer de pie. Desde el ventanal, observaba a Abbi y a su nieta.

—No te preocupes, madre, no les sucederá nada.

—Lo desconoces.

—Confío en que nos sonría la fortuna.

—No me tranquiliza.

Elijah se incorporó y se reunió con ella.

—Esa mujer, a la que amo con locura, lleva siete años sufriendo la pérdida de su prima. Siento que me necesita y que, de algún modo, se lo debo.

—¿Por tu engaño y chantaje?

—Suena horrible, pero... sí, madre. No hay nada que no hiciera por ella.

—¿Incluso poner en riesgo a uno de tus hermanos y a la esposa de otro de ellos?

—No seas tan dura, madre —suspiró—. Ellos se han ofrecido y... ¿crees que no me atormenta todo esto?

—No deseo hacerte sentir mal, cariño... Entiéndeme.

Marguerite posó la cabeza sobre su hombro y él la rodeó por la cintura.

—Tenemos al mejor abogado de toda Inglaterra. Si algo se tuerce, él lo solucionará.

—No me consuela, hijo.

***

Los nervios aumentaban a medida que el salón principal se iba llenando. Abbi y Caroline se habían fundido en un sentido abrazo. El momento con que llevaban tanto tiempo soñando estaba muy cerca y no sabían qué esperar.

Violet no podía ir a la mansión Candford, sería demasiado previsible y arriesgado. Por ello, la opción más razonable o segura era el hogar de los duques de Warrington, donde habían dispuesto una recámara para ella con vistas a los jardines.

—Todo listo, señor —les hizo saber Jack.

—¿Estáis preparados?

—Sí. —Cameron sonó muy seguro.

—Estoy lista —respondió Christine.

—Mi amor, déjame ir con vosotros, por favor.

—Sabes que no puedes venir. Tenerte tan cerca sería una distracción y una inquietud para mí. —Lo besó en los labios—. Interpretaré el mejor papel de mi vida. ¿Confías en mí?

—Con fe ciega —le dijo Hugh.

—Pues tómate un whisky bien cargado, o dos, y espera mi regreso. —Lo hizo sonreír.

—Hermano... —Kelvin lo estrechó—. No tardes demasiado.

—Esteré de vuelta antes de que te des cuenta de mi partida.

—Me temo que...

—Sin dramas, Kelvin.

—Aaaaargh... Odio cuando me dices eso —se lamentó.

Esa despedida, a los pies de la escalinata exterior, estaba cargada de sentimientos enfrentados. Había miedo y también esperanza; determinación y angustia; agradecimiento y sentimiento de culpa.

Abbi y Caroline vieron el carruaje alejarse. Estaban abrazadas y tenían lágrimas en los ojos.

—¿La envolveremos hoy entre nuestros brazos?

—Quiero creer que sí —respondió la menor de las mellizas.

***

El carruaje se detuvo al inicio de New Bond Street. En el trayecto, Cameron y Christine habían hablado del tiempo: el anochecer había teñido el cielo de un gris amenazante. También de lo rápido que crecía Jane y de lo pronto que llegaría el nacimiento del bebé de los vizcondes de Drake. Necesitaban estar relajados. Ya le habían dado miles de vueltas a un plan que dependía, en buena medida, de factores externos.

Esperaron a que Harold, en compañía de Rufus, abandonaran la casa. Fiel a sus costumbres, fue al encuentro de Helena. Raph tampoco los defraudó. Tan pronto como su señor se alejó de la vivienda, salió por la puerta del servicio. En el interior, tan solo estaban Violet y Bernice. Era el momento.

—No me moveré de aquí —les dijo Jack.

—Más te vale, muchacho... ¿Lista?

—Lista... ¿Y tú?

—Deseando entrar en acción.

—Pues... allá vamos.

El joven mozo los vio alejarse. Tenía un nudo en el estómago. Ese plan, en gran medida, era suyo —estaba basado en sus indagaciones — y, por consiguiente, también lo era su éxito o su fracaso.

Christine se detuvo frente a la puerta principal con determinación. Cameron permanecería oculto, de momento.

La vizcondesa de Drake llevaba un vestido suelto y oscuro, cuidadosamente elegido para acentuar la curva de su vientre, donde apoyó una de sus manos con suavidad. Con la otra tocó al timbre. No hubo respuesta. Insistió. Llamó de nuevo obteniendo el mismo

resultado. Se obligó a mantener la calma y continuó pulsando aquel llamador hasta que la puerta se entreabrió con un crujido. Al otro lado apareció Bernice. Llevaba el cabello recogido en un moño bajo y la observaba con recelo.

—¿Quién es usted? —preguntó con voz áspera.

Christine frunció ligeramente el ceño y llevó la otra mano a su vientre.

—Disculpe, señora... No pretendo molestarla. Me he empezado a encontrar muy mal. Vivo a tres calles, pero no creo que llegue... —Hizo una pausa—. ¿Podría sentarme un momento? Solo será unos minutos. Siento... punzadas... —Se retorció.

La doncella la observó con desconfianza. Miró hacia la calle, vacía, y luego a la mujer que tenía frente a ella. El instinto de humanidad, a pesar de las órdenes claras de Harold, la hizo ceder. Abrió la puerta.

—Puede pasar, pero solo un momento. Siéntese... en el vestíbulo.

—Es muy amable.

Christine hizo un gesto de agradecimiento inclinando ligeramente la cabeza. Mientras daba un par de pasos, sus ojos, sin levantar la mirada, buscaron la figura de Cameron, quien aprovechó que la puerta había quedado entreabierta para deslizarse al interior con agilidad, sin hacer el menor ruido. El olor a cera, madera antigua y humedad lo envolvió al instante. Se pegó a la pared del recibidor mientras escuchaba las voces en la sala contigua.

—¿Le traigo un vaso de agua? —preguntó Bernice.

—¿Tendría algo de menta o jengibre? Me lo han recomendado para las náuseas.

—Veré qué encuentro en la cocina. No se mueva de aquí —le advirtió y sus pasos se alejaron por el pasillo.

Cameron aprovechó para subir las escaleras. El pasillo de la planta

alta se abría en varias direcciones, pero él sabía el lugar exacto al que debía dirigirse: la última recámara al fondo del ala este. Se movió rápido, controlando la respiración. Al llegar a la puerta indicada, la abrió con lentitud.

La habitación estaba en penumbra. Una única lámpara de aceite titilaba sobre una mesita y el aire olía a lavanda. Se fue acercando a la cama con sigilo hasta detenerse de súbito. Sus ojos apenas daban crédito a lo que veían y la cadencia de su pecho enloqueció. Ante sí tenía un rostro familiar que no tardó en reconocer como el de la mujer que se había adueñado de sus sueños y que había alterado su descanso. No era posible. No podía ser. ¿Cómo la había visto antes de conocerla? ¿Por qué Violet? ¿Por qué a él?

La joven Candford yacía en una cama alta, cubierta con colchas de encaje. Su tez lucía blanquecina y demacrada. Parecía dormir profundamente, pero había algo extraño en su respiración: lenta, profunda, demasiado regular.

—Violet... —susurró Cameron acercándose aún más—. ¿Violet?

Ella no se movió. La tocó suavemente en el brazo. Su piel estaba tibia, pero no respondió.

—Maldición —murmuró—. ¿Qué te está haciendo ese miserable?

En ese momento, le llegó el eco de una voz masculina. Procedía de la planta baja.

—¡Bernice! ¿Dónde demonios está? —gritó Ralph.

El lacayo de Harold había regresado antes de lo previsto.

Cameron se tensó. Christine también se giró y miró hacia el pasillo. Se puso de pie. Sabía que debía salir de allí cuanto antes. Caminaba hacia la salida cuando fue interceptada por la criada, quien portaba una taza.

—Gracias, señora. No será necesaria. Yo... me siento un poco mejor. Ya puedo volver a casa —dijo haciéndose acompañar por una

sonrisa forzada.

Bernice, algo confusa, se limitó a asentir y a verla abandonar la casa.

Mientras tanto, Cameron acarició el rostro de Violet. Continuaba impactado.

—Te prometo que volveré.

Con pesar, sintiendo la necesidad de llevarla con él, se vio obligado a dejarla atrás. Salió de la alcoba y bajó las escaleras que llevaban a la planta baja. Escuchó voces procedentes de un salón.

—Ha vuelto muy pronto, Ralph... No lo esperaba hasta dentro de una o dos horas —escuchó decir a Bernice.

—Me ha llegado el rumor de que había merodeadores cerca de la casa. ¿Ha visto algo extraño?

—No, nada.

—¿Y esa infusión?

—La he preparado para mí... Me da la sensación de que estoy algo destemplada.

Cameron logró alcanzar el pasillo del servicio. Abrió una puerta que chirrió al ceder y descendió las escaleras estrechas que llevaban al sótano. No se detuvo hasta dar con la salida, que encontró con cerrojo.

—Vamos..., vamos... —susurró tratando de girarlo sin hacer ruido.

Le costó más de lo que pensaba. El metal estaba oxidado y la cerradura se resistía. Escuchó pasos por la planta baja y contuvo el aliento.

Al tercer intento, el pestillo cedió y Cameron empujó la puerta. Estaba fuera. Lo había logrado. Sin embargo, su rostro era la viva imagen de la amargura.

Capítulo 7

—Oh, Dios mío, menos mal que has llegado.

Christine esperaba dentro del carruaje. En cuanto Cameron se sentó frente a ella, Jack espoleó a los caballos.

—Ese tipo no tenía que aparecer. —Apretó los puños.

—No —se lamentó—. ¿La has podido ver?

—Sí.

—¿Y...?

—¿Te importa si te lo digo al mismo tiempo que a los demás?

El marqués desvió la mirada hacia el ventanuco.

—Claro. —Entendió que no debía insistir.

No llevaban a Violet con ellos, pero no los habían descubierto. En ese momento, era su única y agridulce victoria.

***

Abbi no había parado un solo instante. Caminaba de un lado a otro del salón. Caroline movía las piernas compulsivamente. El resto, aunque con los nervios a flor de piel, no eran tan expresivos.

—Por mucho que te muevas no van a llegar antes, mi amor.

—Estoy a punto de empezar a morderme las uñas.

—¿Y estropear estas manos tan bonitas? —Las sostuvo.

—Yo... estoy muy preocupada. —Lo miró a los ojos.

—Todos lo estamos, Abbi.

—Lo sé, pero...

—Se trata de Violet, ya..., pero también de Cameron, Christine y Jack.

—¿Hemos hecho bien en involucrarlos?

—Me lo sigo preguntando... —Se detuvo un instante—. Esperemos su pronto regreso.

—¿Vendrá con ellos?

—Nada me gustaría más. —La rodeó con sus brazos.

El vizconde de Berkeley se sentó al lado de su esposa y posó sus manos sobre sus rodillas.

—Vas a acabar perforando el suelo.

—¿Tú crees? —Lo miró con un desconcierto que le resultó encantador.

—Sí. —Le dedicó su mejor sonrisa y a ella no le quedó más opción que hacer lo propio. Le nacía tratándose de él.

—Tengo un mal presentimiento.

—Shhhhh... No pienses en nada. —Besó su frente—. Y confiemos en que todo salga bien.

—¿Y... una vez que la tengamos con nosotros?

—Nos tocará seguir luchando, ya lo sabes.

Caroline apoyó la cabeza sobre su hombro y él la rodeó. Ambos sabían que la llegada de Violet a la mansión Cromwell solo sería el principio.

***

Kelvin no se despegaba del ventanal. A medida que los minutos se iban sucediendo, su inquietud aumentaba. Mientras Ellen, Kate y Amy los acompañaban estuvo más distraído. Aquellas tres jovencitas, a petición de Ebba, se habían trasladado al salón contiguo. Robert también se había marchado con ellas. Debían evitar que Violet se sobresaltara al ver tantos rostros desconocidos. No sabían en qué estado se hallaba. Todo era una incógnita respecto a ella.

En cuanto al joven Gordon, se negó a marcharse de allí. Era su hermano quien se estaba jugando el tipo y no estaba dispuesto a que nadie le dijera dónde debía esperar o cómo comportarse. Alejado del resto, sin pronunciar palabra alguna, se limitaba a observar y a esperar con el corazón encogido.

—¡El carruaje se acerca!, ¡ya llegan! —gritó.

—Dios mío, Dios mío, Dios mío... ¿Qué hacemos?, ¿la recibimos fuera?, ¿la esperamos aquí?

—No podemos asustarla, mi amor —le dijo Elijah.

—Iremos solo... Caroline y yo... Hermanita, ya están aquí... ¿Vamos?

Abbi le ofreció una mano, que ella tomó.

Andrew y el duque se miraron. Sus rostros expresaban preocupación y cautela.

—Será mejor que vayáis con ellas —le dijo Thaddeus.

—Tienes razón.

Elijah fue el primero en echar a andar. El vizconde no tardaría en alcanzarlo.

Las mellizas Candford, sostenida la una por la otra, aguardaban a los pies de la escalinata. Pronto, sus esposos estuvieron justo detrás, a tan solo unos pasos. Entendían que debían darles algo de espacio. Llevaban demasiado tiempo esperando ese instante y querían que

tan solo les perteneciera a ellas.

Cuando el carruaje se detuvo, sus respiraciones se atropellaron. Se dedicaron una aterrada y esperanzadora mirada antes de volver a centrar toda su atención en aquel coche de caballos. Respiraron muy profundo y apretaron aún más fuerte sus manos.

Jack fue el primero en apearse. En cuanto vio su cara, el duque supo que las cosas no habían salido como esperaban. Andrew tampoco tardó en advertirlo. No así sus esposas, cuya atención estaba centrada en la portezuela de aquel vehículo.

Christine bajó y se hizo a un lado. Pasados unos segundos, descendió Cameron. Ninguno de los dos se atrevió a mirarlas a los ojos.

—¿Y...? ¿Ella no...? —A Abbi le temblaba la mandíbula.

—No, no lo hemos logrado —respondió el marqués.

La mayor de las mellizas cayó de rodillas al suelo y rompió a llorar. Caroline se agachó a su lado, la rodeó con sus brazos y dejó salir todo su dolor.

—No, Andrew, debemos dejarlas —le dijo Elijah envuelto en pesar —. Vamos adentro.

Cameron, Christine y Jack los siguieron.

***

Kelvin abordó a su hermano en mitad del pasillo y se abrazó a él. En lugar de apartarlo, Cameron lo apretó fuerte. Solo el marqués sabía la batalla interna que venía librando desde que vio a Violet, y sentir el calor de unos brazos conocidos, en cierta medida, lo reconfortó.

—Ya no tienes por qué preocuparte... de momento.

—¿Cómo que de momento? —Se apartó y lo miró directo a los ojos.

—Todo está bien. —Se obligó a sonreírle.

—¿Qué has querido decir antes?

—Entremos, Kelvin, los demás esperan.

Cameron lo rebasó y a él no le quedó más remedio que seguirlo.

Hugh envolvía a Christine. Ella, en silencio, se limitaba a dejarse querer.

—No voy a permitir que hagas algo así nunca más, ¿me has oído?

—Sí —susurró.

—Yo... no lo he pasado peor en toda mi vida.

—¿Ni siquiera cuando citamos a nuestras familias en el lago?

—Aquello me divirtió. En cambio, esto ha sido una auténtica pesadilla... Nunca más, ¿me has oído?

—Nunca más. —Lo besó en la comisura de los labios.

Cameron se sirvió una copa de whisky y ocupó el mismo lugar en que lo estuvo esperando Kelvin.

—Supongo que debemos esperar a que Abbi y Caroline nos acompañen —dijo con la mirada perdida en el horizonte.

Nadie respondió. Todos dieron por buenas sus palabras.

***

Las mellizas continuaban abrazadas y sus ojos seguían vertiendo lágrimas. Por sus cabezas no se pasó la posibilidad de que Violet no bajara de ese carruaje. La veían a su lado, podían sentirla, pero no estaba. Un abismo con escaleras al infierno parecía abrirse ante ellas. Sus corazones se habían resquebrajado una vez más. Lo habían visto tan cerca que costaba aceptar la derrota.

—¿Por qué no ha venido? —sollozaba Abbi.

—No lo sé.

—¿Se habrá negado?

—Nooooo, ¡no! —Sacudió la cabeza—. Su lugar está con nosotras.

—Pero no la tenemos, Caroline.

—Hoy no... Tal vez sí mañana o... —se le entrecortó la voz.

—Quiero verla.

—Y yo, Abbi... De ser necesario, nos plantaremos ante el tío Harold y se lo exigiremos.

—Nos despreciará, como siempre.

—No me importa. —La miró a los ojos—. Cameron y Christine, también Jack, han hecho un gran esfuerzo. Creo que debemos escucharlos.

—No sé si tengo fuerzas.

—Las sacaremos de donde sea. Yo estaré a tu lado.

—¿Siempre?

—Siempre.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo.

Caroline se incorporó y le tendió su mano. Abbi la aceptó y le hizo un gesto de asentimiento con la cabeza.

Antes de subir las escaleras, se secaron las lágrimas y, frente a la puerta de aquel salón, entrelazaron sus dedos y los apretaron fuerte.

—¿Sigues queriendo tener alas?

—Sí.

—¿Me llevarías contigo?

—Siempre, mi alma gemela, mi otra mitad. —La besó en la mejilla.

Todas las miradas se detuvieron en ellas. Robert, Kate, Ellen y Amy habían vuelto a reunirse con los demás. Al igual que el resto, desconocían lo que había sucedido en la casona de New Bond Street. Lo único cierto era que Violet no estaba.

—Cameron, Christine..., ¿nos podéis contar lo que ha sucedido? —les preguntó Abbi.

—Empiezo yo, si no os importa —le dijo Christine—. Todo sucedió tal y como lo esperábamos. Harold y el cochero se ausentaron, y Ralph no tardó en salir por la puerta del servicio. Entonces, nos dirigimos a la casa y Cameron se escondió. Yo... llamé al timbre varias veces hasta que Bernice abrió. He de reconocer que no me costó demasiado convencerla para que me dejara pasar...

—¿Y tú? —Caroline miró al marqués.

—También he entrado... Christine hizo su parte de manera magistral. Entretuvo a la doncella mientras yo llegaba hasta la recámara que me indicasteis.

—¿Has visto a Violet?

—Sí, Abbi.

—Oh, Dios mío, ¿lo has escuchado?

—Sí —contestó Caroline en un susurro.

—¿Cómo se encuentra? ¿Has hablado con ella? ¿Sabe que estabas ahí en nuestro nombre? ¿Por qué no ha venido con vosotros? —A Abbi se le atropellaban las preguntas.

—Violet... —Cameron carraspeó— estaba adormecida. Su respiración era lenta. Ella no... no ha abierto los ojos ni ha articulado palabra. Su tez estaba demasiado pálida y... me vino un olor dulzón, casi floral, semejante al láudano.

—¿Eso quiere decir que estaba sedada?

—Es posible, Abbi... No lo sé con certeza.

—Maldita sea, Cameron, ¿por qué no la has sacado de ahí?

—Ralph llegó antes de lo esperado —le dijo Christine— y lo echó todo por tierra. Hemos estado a nada de ser descubiertos.

—Tenemos pruebas más que suficientes para poner una denuncia y exigir que la saquen inmediatamente de ahí.

—No, mi amor, no tenemos nada —declaró Elijah—. No podemos acusar a tu tío sobre la base de una conjetura.

—Es una realidad. La vida de Violet corre peligro. Caroline y yo llevamos advirtiéndolo años.

—Andrew...

—Él tiene razón. Ahora tenemos que usar la cabeza más que nunca. No podemos actuar de manera precipitada.

—¿Y colarse en esa casa no lo ha sido? La está envenenando.

—La sacaremos de ahí el sábado. —Cameron logró sorprenderlos.

—¿Qué estás pensando, hermano?

—Le he prometido que volvería a por ella, y no pienso faltar a mi palabra. —Apretó los puños.

—Pareces afectado.

—Lo estoy, Abbi —suspiró—. Pensemos un buen plan, uno que no falle. Os prometo que el sábado os traeré a Violet.

—¿Cueste lo que cueste?

—Al precio que sea.

—Hermano...

—Ahora no, Kelvin. Mi decisión es inamovible.

Capítulo 8

Siete años atrás

Violet esperaba la llegada de sus padres. Le habían prometido llevarla a ver a sus primas, mientras que Abbi y Caroline le habían asegurado que se dejarían ver por la mansión de los Montgomery. Elinor iba a prepararles sus deliciosos pastelitos de manzana. Se le hacía la boca agua solo con pensarlo. Sentada en uno de los sillones del salón principal —tenía prohibido salir al jardín trasero para no mancharse el vestido—, su paciencia comenzaba a dar signos de debilidad.

—No desespere, señorita, deben estar al llegar —le dijo Lilith, su institutriz.

—Tardan demasiado.

—Los negocios son así.

—Eso dice padre —suspiró—. Lo que no entiendo es por qué lo ha tenido que acompañar madre.

—Si le soy sincera, también me ha resultado extraño.

—Yo... tengo un nudo aquí. —Se llevó la mano al pecho.

—Shhhhh... Intente estar tranquila, señorita, no tardaremos en verlos rebasar esa puerta.

Las horas se fueron sucediendo y el matrimonio Candford no regresaba. El personal de servicio estaba tenso. Creía haber visto lágrimas en los ojos del ama de llaves. Lilith observaba a Violet con una mezcla de preocupación y de lamento que era incapaz de enmascarar.

El sol acababa de ponerse cuando la puerta principal se abrió. Violet, movida por un impulso y con la necesidad de dejar salir la tensión que había ido acumulando, echó a correr.

—Madre, padre...

La pequeña se detuvo en mitad del pasillo y miró al frente.

—Hola, Violet.

—Hola, tío Harold. —Lo miró con desconfianza.

—¿Dónde están mis padres?

—Acompáñame al salón, querida.

—No, dígame dónde están mis padres.

—¿Es una orden? —Se hizo acompañar por un gesto de desdén.

—Esta es mi casa, así que... sí, es una orden —quiso mostrar una seguridad que no existía.

—Mocosa insolente...

Harold la sujetó por un brazo y la arrastró al interior de aquella sala.

—Suélteme.

—Señor, por favor, solo es una niña... Le va a hacer daño.

—¿Tú eres...?

—Lilith, señor.

—Lilith, métase en sus asuntos y salga inmediatamente de aquí. ¡Ah! Está despedida, todos los están.

—Pero...

—He dicho... ¡fuera! —gritó.

Violet estaba envuelta en llanto. Harold la observó con hastío y la

arrojó contra el suelo.

—Lléveme con mis padres, se lo suplico —gimoteaba.

—Me temo que eso no es posible.

—¿Por qué?

—A ver cómo lo expreso para que me entiendas a la primera: tus padres han muerto —le dijo sin un ápice de misericordia.

—No es verdad.

—Están muertos.

—¡Miente!

Harold se acercó a ella y la abofeteó.

—No es que me importe, pero permíteme un consejo: cuanto antes lo aceptes, mejor para ti.

—Vete de mi casa.

—¿Tu casa? No me hagas reír... ¡Ralph!

Un hombre desaliñado y con apariencia tosca se mostró ante ellos.

—¿Señor?

—Enciérrala en su recámara.

—¿Encerrarme? ¡No!, ¿por qué? —Lo miró con miedo y súplica.

—Ya me has oído —azuzó al recién llegado.

—No me toque.

Violet se fijó en sus manos: estaban cubiertas de un polvo negro que le recordó al hollín de las chimeneas.

—Te dije que te lavaras.

—No me ha dado tiempo.

—Ya... ¡Sácala de aquí! ¡Ya!

—Nooooo... —Violet comenzó a patalear.

—Estate quieta.

Sin miramientos, Ralph la sujetó del cabello y tiró de ella. Harold, impasible ante el sufrimiento de su sobrina, se sirvió una copa de whisky.

Violet sería arrastrada escaleras arriba, por angostos pasillos, y empujada al interior de su alcoba. Dolorida, llena de moretones, se dejó caer sobre la cama y se hizo un ovillo. A veces, no sabía si estaba viva o muerta, si aún respiraba o si su corazón había dejado de latir.

Con la noción del tiempo completamente perdida, pasó días golpeando aquella puerta, suplicando que la dejaran salir de ahí, pidiendo con desgarro ver a sus padres.

Entornó la mirada al escuchar un sutil chirrido. Estaba sentada en el suelo y su espalda descansaba sobre la pared. Harold tomó una silla y la ocupó.

—Te ves... horrible —se burló de ella—. ¿Acaso no te dan de comer?

—Bien sabe que no —le dijo sin atreverse a mirarlo—. ¿Dónde están mis padres?

—Muertos, ya te lo he dicho.

—No le creo.

—Léelo tú misma. —Le arrojó el periódico.

Violet lo cogió y vio la portada. El día anterior se había celebrado un funeral en memoria de Anthony y Agatha Candford, dos de las personas fallecidas en la explosión de una fábrica de pólvora de Myfair.

—No es verdad.

—Por más que lo niegues, no van a volver a la vida. Se han ido... Dios los tenga en su gloria. —Se persignó.

—¿Los ha matado usted?

—No digas barbaridades, niña.

—Lléveme con mis primas.

—¿Con esa dos... desvergonzadas? No, claro que no.

Violet se puso de pie y se dio cuenta de que le dolía todo el

cuerpo. Caminó como pudo y logró llegar hasta la puerta. La abrió y se dispuso a salir. En ese momento, Harold la sujetó por un brazo, la zarandeó y volvió a arrojarla contra el suelo.

—Tú no vas a ninguna parte, mocosa... Ahora, yo soy tu tutor legal.

—No es verdad... Mis padres jamás me habrían dejado a su amparo.

—Te equivocas, tengo un poder firmado por ellos que así lo atestigua —sonrió ufano—. Todo lo que era de tu padre ha pasado a ser mío.

—Es mío.

—A efectos prácticos viene a ser lo mismo. Tú me perteneces ahora y...

—Yo no le pertenezco a nadie. —Lo observó con horror.

—Todo lo que un día les perteneció a ellos será mío, tan solo debo tener paciencia y esperar a que...

—¿También se va a deshacer de mí?

—No he matado a tus padres y... tampoco me voy a ensuciar las manos contigo. Sola, desnutrida, encerrada entre estas paredes... no creo que sobrevivas demasiado.

—¿Ese es el destino que me espera?, ¿aguardar la muerte?

—Quizás me apiade de ti, o... tal vez no. No volverás a salir de aquí, Violet. Permanecerás bajo llave el tiempo que estime oportuno y...

—Mis primas vendrán a por mí.

—¿De verdad crees que le importas a alguien?

—Ellas me quieren, vendrán a por mí —repitió.

Para Violet era una certeza.

—No las verás nunca más.

—Es un...

—Cuidado con lo que dices, niña. No me obligues a golpearte... —Harold le dio la espalda—. Si fuera tú, pediría con todas mis fuerzas morir... Creo que yo mismo me quitaría la vida.

Aquella jovencita no tuvo fuerzas para decir nada más. Entendió que nada estaba en sus manos. Dependía de un hombre falto de corazón.

«Mueren sus padres y la pobre niñita huérfana se suicida». Esa sería la salida más beneficiosa para él, pero no estaba dispuesta a darle ese gusto. Rezaría para ver a Abbi y a Caroline atravesar esa puerta y llevarla con ellas. No, el tío Harold no tenía razón. Sus primas la querían. No había dudas. Nadie le haría pensar lo contrario.

***

Años más tarde

Como cada mañana, Bernice le subió el desayuno. En cuanto tomara la leche, la asearía y la ayudaría a incorporarse.

—¿Qué libro quiere que le traiga hoy?

—*Persuasión*, de Jane Austen.

—¿No lo ha leído decenas de veces?

—Llevo tantos años aquí encerrada que no me queda otra opción que repetirlas, pero... esta novela me gusta mucho porque tiene un final feliz. Bernice... —Le imploró con la mirada.

—No puedo hacerlo, ni siquiera tengo permitido hablar con usted temas como este.

—Por favor, vaya a ver a mis primas, dígales lo que está pasando o diríjase a la comisaría —le pidió por enésima vez.

—Sería una mujer muerta, señorita, lo sabe tan bien como yo.

—Lo siento, Bernice. Yo... lo siento. —Rompió a llorar.

La doncella la cobijó entre sus brazos. Frente a Harold fingía indiferencia, pero se le partía el alma al verla tan desdichada y vulnerable.

La salud de Violet se había ido deteriorando con el paso del tiempo. Recluida entre cuatro paredes, sin poder poner un pie en los jardines que tanto mimó junto a su madre, apenas se sentía capaz de caminar. Su debilidad no solo aquejaba a su cuerpo sino también a su mente y a su corazón. No había dejado de rezar, pero nadie había escuchado sus súplicas. El rostro de esa mujer era el único que contemplara desde que su tío la condenó al ostracismo.

***

En los seis últimos meses

Violet ya no conversaba con Bernice, tampoco leía o soñaba con ver a sus primas. La oscuridad se había arrojado sin piedad sobre ella. Se había negado a comer después de que la sopa desprendiera un olor inusual, pero la criada tenía órdenes de alimentarla.

—¿Me quiere matar?

—No diga eso, señorita.

—Es la verdad, Bernice... ¿Me está envenenando en su nombre?

—Shhhhh... No, no, no... No digas eso. Yo no...

—Haría cualquier cosa que él te pida, me lo dijo.

—Aun así... Tiene que comer.

—No.

—Si no lo hace...

—Hola, Violet.

—Cuánto tiempo, tío. —Lo miró con odio.

—Te ves... ¿moribunda? Sí, esa es la palabra que mejor te define.

—Señor, tenga...

—Bernice, átela de pies y manos.

—Señor, eso que me pide es...

—¡Es una orden! —alzó la voz.

La criada hizo girones con una sábana y obedeció. Violet ni siquiera pudo oponer resistencia.

—Ahora, dele la sopa.

—Coma, señorita.

La mano temblorosa de Bernice se fue acercando a su boca.

—No. —Giró el rostro.

—Se hará daño. —Insistió una vez más.

De nuevo, rodeó la cabeza, esquivándola. Violet gimió y se retorció. Sabía que, si ese líquido acababa dentro de ella, su final estaría cerca.

—Será inútil... —maldijo Harold—. Sujétele la boca.

Bernice la miró con pavor. Había lágrimas en sus ojos, pero, como siempre, acató los dictámenes de ese hombre por muy deleznables que fueran.

Violet forcejeó cuando le sujetó la mandíbula, pero no gritó. Tampoco hubo llanto. Se sabía a merced de un asesino. Los dedos de la criada buscaron la comisura de sus labios y apretó.

—Perdóneme, niña —susurró.

La sopa tocó su lengua. Ella se sacudió, intentó escupir, sin lograrlo. Harold ya tenía lista la siguiente cucharada.

—Así —dijo Harold—. Así está mucho mejor.

Desde ese día en adelante, Bernice se encargaría de administrarle una ración diaria de sopa, nada más.

***

Violet se había aferrado al mundo de los sueños. El de los vivos, que

se sentía abandonar poco a poco, ya no era lugar para ella. En ese otro plano no había dolor, ni odios, ni abandonos; tan solo amor, dulzura y bondad.

Al principio eran fragmentos sin sentido: un campo abierto, el murmullo del viento, el lago Serpentine, la sensación de estar lejos, libre... Una noche, se acercó a ella la sombra de un joven. Más tarde, le llegó el brillo de un cabello pelirrojo recogido en una coleta. Y, entonces, vio unos ojos intensos y dorados.

Comenzó a llamarlo entre susurros, desesperada, desde la penumbra de su prisión.

—Sálvame —decía, una y otra vez, como si al repetirlo lo hiciera más real.

En sus sueños, él la miraba. No hablaba, pero su silencio era promesa. A pesar de desconocer su nombre, lo sentía más cerca que a nadie.

Y entonces, por primera vez, en una de esas noches que solo les pertenecían a ellos, en las que una esperanza que creía pasto de la maldad y el sinsentido volvía a brotar en su pecho, él le habló.

—Te prometo que volveré.

Capítulo 9

Covent Garden hervía de vida en la mañana del sábado. Los gritos de los vendedores competían con el traqueteo de los carros sobre el empedrado húmedo. El olor a flores recién cortadas, a pescado, pan o carbón formaba una amalgama casi irrespirable.

Bernice sujetaba la cesta con ambas manos mientras seleccionaba zanahorias en uno de los puestos. Su delantal blanco tenía manchas de barro y el dobladillo de su falda estaba empapado por la lluvia caída la noche anterior.

—Señora... —dijo una voz suave a su izquierda.

La criada se giró y observó con recelo a dos jóvenes bien vestidas. No era usual que mujeres de su posición se dejaran ver por esa zona de la ciudad y a horas tan tempranas. Una llevaba un sombrero azul con una pluma torcida; la otra, un lazo verde en la punta de una trenza castaña cobriza.

—¿Quiénes son ustedes?

—Mi nombre es Abbi y ella es Caroline, mi hermana.

—¿Abbi y... Caroline? —Su expresión, adusta instantes atrás, se relajó.

***

Las mellizas no estaban dispuestas a que Cameron se expusiera de nuevo. Aceptaban su ofrecimiento y lo agradecían, pero debían entrar en acción. Necesitaban asegurarse de que esa nueva oportunidad tendría el desenlace que tanto ansiaban. El marqués regresaría a la mansión Cromwell con Violet. No barajaban otra opción. No podían afrontar ni tolerar otra derrota sin que sus corazones, ya maltrechos, acabaran sucumbiendo al desánimo y las tinieblas.

—Jack, ¿crees que Bernice irá al mercado el sábado?

—Acostumbra a hacerlo —le respondió a Abbi.

—En ese caso, me veré con ella.

—Nos veremos con esa mujer, las dos —dijo Caroline.

—No es seguro —manifestó Elijah.

—No podéis hacerlo. —Andrew estuvo de acuerdo con el duque.

—¿Pero Cameron sí ha de volver a entrar en esa casa? —Caroline le rogaba con la mirada.

—No es lo mismo —le respondió su esposo.

—¿Porque somos mujeres?

—No, claro que no, porque sois su familia y deben estar bien aleccionados.

—Sé que tienes razón, Andrew, pero...

—Lo vamos a hacer. —Abbi se hizo acompañar de una seguridad aplastante—. Nos acercaremos a Bernice y apelaremos a su buen corazón.

—¿Lo tiene?

—No lo sé, duque. —Los hizo sonreír—. Es cuanto nos queda.

***

—Es usted la criada del señor Harold Candford, ¿verdad?

—S-sí.

Bernice asintió con recelo y miró alrededor. Era imprudente hablar con ellas, pero algo en sus rostros —el apremio, la palidez, los ojos húmedos, la desesperación o tal vez el dolor— le hizo contenerse.

—Somos sobrinas de Harold y primas de Violet —dijo Abbi.

—Ella me ha hablado mucho de ustedes.

—Necesitamos su ayuda.

—Yo no...

—No, por favor, no se marche... Al menos, escúchenos —le suplicó Caroline.

—Si alguien me ve...

—¿Tanto miedo le tiene? —Abbi la miró con tristeza.

—Todo y más... Ese hombre es capaz de cualquier cosa.

—¿Como... envenenar a su propia sobrina?

—Yo... No... No... —Sacudía la cabeza—. Eso no es...

—Por favor, Bernice, tiene que ayudarnos. Violet no puede pasar un solo día más en esa casa. No continúe siendo cómplice de un ser sin alma ni corazón —imploró la duquesa.

—¿Qué quieren que haga?

—Deje la puerta abierta esta noche en cuanto se queden a solas.

—¿Cómo saben...?

—Llevamos demasiado tiempo esperando este momento.

—Violet nos necesita —dijo Caroline.

—Escúcheme, Bernice. —Abbi la miró directo a los ojos—. Tiene dos opciones: continuar siendo verdugo o situarse del lado bueno de la historia. Puede entrar a esa casa y denunciarnos ante nuestro tío o, por el contrario, puede ayudarnos a salvarla... Usted decide.

—Pero... seré una mujer muerta en cuanto él descubra que la señorita Violet no está.

—Un amigo de la familia entrará esta noche en la casa y la pondrá a salvo. Márchese con ellos. Bajo nuestra protección no correrá peligro, se lo prometo.

—Lo que me piden es...

—Por favor, Bernice. —Caroline tomó sus manos—. ¿No cree que ya ha sufrido bastante? Violet era una niña cuando ese desalmado se apoderó de todo lo que por derecho le pertenece. Y..., díganos, ¿cómo ha vivido Violet durante todo este tiempo?

—Verán... Lleva siete años sin salir de su recámara.

—Es un monstruo. —Abbi se llevó las manos a la boca.

—¿No cree que merece recuperar su vida?

—Lo creo, señorita.

—¿Eso significa que...? —La vizcondesa la observó con esperanza.

—Lo haré, pero ahora deben marcharse. La gente comienza a mirarnos y a murmurar.

—No se arrepentirá, ¿verdad? —Abbi continuaba recelando.

—Tienen mi palabra. —Apretó los labios—. Márchense, por favor.

—Gracias, Bernice. —Caroline le dedicó una media sonrisa.

Las mellizas desaparecieron entre la multitud, en silencio, con el corazón algo más recompuesto tras una conversación que había renovado sus esperanzas.

***

Las visiones se habían intensificado en los dos últimos días, desde que entrara en aquella alcoba y descubriera que Violet era la mujer que se había hecho con sus sueños y le había robado el descanso. Continuaba guardando el secreto. Nadie en su sano juicio lo creería. Pensarían que había perdido la cabeza.

—Violet... —susurró mientras tenía la mirada perdida en la nada.

—Has vuelto a repetir su nombre.

—Kelvin, ¿por qué te dedicas a espiarme?

—Solo te observo.

—Pues deja de hacerlo.

—¿Te puedo hacer una pregunta?

—La harás de todos modos.

—¿Conocías a Violet?

—No —contestó con fingida indiferencia.

—Me da la impresión de que no era la primera vez que la veías, Cameron.

—¿Y ese juicio tuyo está basado en...?

—En tu reacción... Estabas muy afectado, demasiado para ser una desconocida.

—Te prometo que nunca había tenido ante mí a Violet Candford.

—¿Entonces? ¿Qué sucedió en esa recámara? ¿Tan grotesco es? Vamos, hermano, creo que me merezco algo de sinceridad.

—Se me partió al alma al ver a una muchacha tan joven en ese estado, Kelvin. No reaccionó a mi voz. Me dio la sensación de que su vida expiraba y..., bueno, no estoy acostumbrado a sentir la muerte tan cerca —trató de explicarse—, pero...

—Hay algo más, ¿verdad?

—Sí —suspiró.

—Cuéntamelo, Cameron. Sabes que puedes confiar en mí. Yo jamás te traicionaría.

—Lo sé... —Se detuvo un instante—. Puedo parecer un demente.

—Nunca te juzgaré.

—Joder, Kelvin, ¿por qué eres tan maduro? Deberías estar en alguno de los clubs, con Robert o pretendiendo a Ellen.

—¿A... Ellen?, ¿tan evidente resulta? —Cuadró una sonrisa.

—Es muy obvio, sí.

—¿Crees que ella también se ha dado cuenta?

—A estas alturas no creo que haya alguien a quien se le haya escapado este detalle, incluida Ellen.

—¿Tú... lo verías con buenos ojos?

—¿Un posible romance con la señorita Parsons? —Kelvin asintió—. ¿Quién soy yo para decirte a quién debes amar?

—Gracias... —sonrió con timidez—. Pero, ahora, ¿volvemos a ti?

—Pensé que te había despistado.

—No, Cameron, no me voy a mover de aquí hasta que me digas qué está pasando contigo.

—Mira que eres testarudo —resopló y tomó un trago de whisky—. Antes te he dicho que nunca me había hallado frente a Violet, pero sí que la había visto.

—¿Cómo es posible? —Lo observó con desconcierto.

—La he visto en mis sueños.

—¿En tus sueños?

—Sabía que era mala idea contártelo.

—No, no lo es... Me ha sorprendido, eso es todo. ¿Me lo explicas?

Cameron se acercó a uno de los ventanales y su mirada volvió a perderse.

—Empezó hace unos dos meses... Se trata de una visión: ojos azules, claros, rasgados; labios carnosos; cabello tan negro como el azabache...

—¿Ves a una mujer en tus sueños? —lo interrumpió.

—Sí.

—¿Es alguien a quien no conoces?

—Lo era, Kelvin.

—¿Quieres decir que...?

—¿Me dejas continuar? —El joven Gordon asintió de nuevo—. Al principio, solo eran apariciones. Me miraba fijamente y desaparecía.

En la última semana, me ha estado pidiendo que la salve. —Tomó aire—. La otra noche, al entrar en esa recámara, la vi.

—¿Me estás diciendo que Violet Candford es la joven que se ha estado apareciendo en tus sueños?

—Eso mismo.

—Es... ¡extraordinario!

—¿Me crees? —El sorprendido era él.

—¿Por qué no lo iba a hacer? Te recuerdo que vivimos en un país plagado de leyendas y de magia, Cameron.

—Pensé que me tildarías de loco.

—Ay, hermano, qué poco me conoces. —Sacudió la cabeza y lo hizo sonreír—. Te dije que lo tuyo era mal de amores.

—Eso no es del todo exacto.

—Mal de amores —repitió—. Tienes que sacarla de esa casa esta noche, como sea.

—Pensaba que no estabas de acuerdo.

—He cambiado de parecer... No puedes regresar sin ella.

—Y tú no puedes contarle a nadie lo que hemos hablado.

—Ya te lo he dicho: jamás te traicionaría.

—Gracias, jovencito... Tienes mi bendición respecto a Ellen. —Le hizo la señal de la cruz.

—Serás tonto —sonrió.

Un Cameron más liberado le devolvió el gesto.

***

En el carruaje que salió de la mansión Cromwell con dirección a New Bond Street tan solo estaban Jack, como cochero, y el marqués de Huntly.

Abbi y Caroline les habían asegurado que Bernice estaba de su

parte, y a esa certeza querían aferrarse.

—¿Estáis seguras?

—Lo estamos, Ebba.

—Le hemos pedido que se marche con Cameron y Violet —les hizo saber la menor de las mellizas.

—Sería fundamental contar con su testimonio —señaló Elijah.

—¿Vais a denunciarlo?

—Escucharemos a Violet, pero esa es la idea, Thaddeus. No podemos olvidar que la está envenenando.

—No lo podemos asegurar.

—Lo sabremos en cuanto pueda observarla —intervino Ebba—. Si nuestras sospechas se confirman, les pediré a Henry y a Florence que la examinen... Su diagnóstico sería de vital importancia.

—Bien visto, mi amor. —Thaddeus admiraba la determinación y el buen juicio de su esposa.

—Cameron, ve tranquilo. Esta noche, la suerte sí estará de tu lado —le había dicho Abbi entre sonrisas y nervios.

Y necesitó hacer suya esa certidumbre.

***

Cuando el coche de caballos se detuvo, su corazón comenzó a latir muy deprisa, sus pulsaciones enloquecieron y un nudo se formó en su vientre. Era entonces o, muy probablemente, nunca. No quería meterse presión; pero, en cierto modo, le iba la vida en ese rescate.

Capítulo 10

Cameron no había dejado de fantasear con esa noche. Era ridículo pensar que Violet pudiera escuchar su juramento. Le había prometido volver a por ella y es cuanto se disponía a hacer. Hablar con Kelvin acerca de sus visiones, y no haberse sentido cuestionado, le había procurado algo de paz a su alma.

Cuando el carruaje de Harold se perdió por las calles de Londres, su pecho volvió a bombear muy rápido. Oculto tras la cortina, comprobó que Ralph, fiel a sus costumbres, también salía a hurtadillas. Entonces, Jack dio la señal.

—Es la hora, Cameron. —Abrió.

—Espéranos en la puerta trasera —le dijo mientras descendía.

—Sí... Vaya con cuidado.

—¿Te preocupas por mí?

—¿Sería extraño si le dijera que *sí*?

—No, no lo es. —Apretó una sonrisa.

El marqués caminó con determinación y, al alcanzar la casa, comprobó que la puerta estaba entornada. Con la misma seguridad, entró.

Justo detrás, medio agazapada, con miedo en los ojos, se

encontraba la doncella.

—Buenas noches, Bernice —la saludó.

—Hola, señor... Debe darse prisa.

—Y usted no tiene nada por lo que temer —trató de tranquilizarla.

—Veo que no conoce al señor Candford...

—Lo que sé me basta para considerarlo el hombre más miserable de todo Londres.

—Lo es... Sígame.

—No será necesario... Espere aquí, no tardaré en bajar con Violet.

—Pero no conoce esta casa.

—La conozco a la perfección, créame. Mi cochero aguarda en la puerta trasera. Esté preparada.

Cameron le dio la espalda y subió las escaleras que conectaban con la primera planta. Sin permitirse pensar en nada, caminó por los corredores y alcanzó la recámara. Se detuvo un instante. Sabía que, en cuanto pusiera un pie en esa sala, su interior se removería. Inspiró y espiró antes de hacer girar el pomo.

La puerta cedió con un crujido apenas audible y el marqués se adentró en la recámara en penumbras. Se encontraba en el mismo lugar, rodeado por el mismo silencio denso de dos noches atrás; pero en esa ocasión no fallaría.

Un olor dulce, embriagador y ajeno al mundo de los vivos flotaba en el aire: como flores en estado de putrefacción ocultas tras cortinas de terciopelo. Supo, sin dudarlo, que el veneno estaba actuando.

Se acercó al lecho en el que Violet, la joven de sus sueños, yacía; y, al contemplar su faz, sintió que el tiempo se detuvo.

Su rostro estaba lívido, apenas un matiz rosado persistía en sus mejillas, como si la vida se aferrara por pura obstinación. Sus labios, carnosos, estaban entreabiertos. Sus párpados oscilaban... Y, cuando

pudo ver apenas un matiz del azul de sus ojos, un escalofrío atravesó su pecho.

Se arrodilló junto a la cama y tomó consciencia de que le temblaban las manos. Era ella, de nuevo. No una sombra en su mente ni el eco de un delirio. Era real. La joven que lo había llamado sin voz, noche tras noche, era Violet Candford.

—He vuelto —susurró acercando una mano temblorosa a su mejilla.

Ella no respondió. Tampoco se movió.

Cameron sintió que el corazón se le desgarraba. Algo en su pecho dolía de verdad, como si cada latido fuera una súplica: la de ponerla a salvo. No entendía cómo había podido suceder, pero verla así lo hacía sentir como si la hubiese amado desde siempre, como si su destino estuviera enredado al suyo desde mucho antes de presentarse ante ella, incluso antes de que comenzara a asaltarlo en sueños.

La tomó en brazos con cuidado, como si temiera romperla dada su fragilidad. Estaba tan desmejorada... Tanto que no parecía pertenecer del todo a ese mundo. Y entonces, justo cuando su cuerpo abandonó las sábanas, en el instante en que sus brazos la envolvieron por completo, Violet respiró hondo, casi imperceptible, y sus párpados se movieron. Sus labios, secos y agrietados, temblaron.

—¿Eres tú...? —susurró con voz mortecina—. Has venido...

Su mirada se encontró con la suya apenas un instante antes de cerrarse de nuevo, pero fue suficiente. Bastó para que él supiera que nunca había estado loco, que ella lo había estado esperando.

—Sí... —respondió con emoción—. Soy yo, soy Cameron. Ya estás a salvo. No te voy a soltar nunca, Violet.

Tras esa promesa, la sacó de la recámara en la que llevaba siete

largos y lacerantes años encerrada.

Sus pasos eran firmes, aunque el corazón latía enaltecido. El cuerpo de la señorita Candford descansaba en sus brazos, inerte... Cada uno de sus suspiros, casi imperceptibles, era un hilo de esperanza.

El marqués avanzó por corredores sumidos en una oscuridad casi absoluta. Solo algunas lámparas de gas proyectaban una luz tenue desde las paredes, dibujando sombras que se estiraban como espectros al acecho. El olor dulce del veneno parecía disiparse, no así la angustia.

Todo crujía a su alrededor: el suelo bajo sus botas, la madera de las paredes, incluso el silencio parecía tensarse a su paso.

Cuando llegó al final de la escalera principal, vio a Bernice. Lo esperaba, como habían acordado. Sostenía una lámpara y una maleta pequeña, y, al verlo aparecer con la joven en brazos, apretó los labios. Había lágrimas en sus ojos, pero no dijo nada. En su lugar, se giró con rapidez y comenzó a guiar el camino.

—Por aquí, señor —susurró.

Al llegar a la parte trasera de la mansión, una ráfaga de aire fresco los envolvió. El contraste con el calor sofocante de la recámara fue como una bofetada. Violet tembló entre sus brazos y él la sostuvo aún más fuerte, más cerca de su pecho.

Cruzaron el jardín en silencio, bordeando arbustos cuidados y estatuas medio ocultas entre una niebla temprana. El sonido de los cascos de los caballos llegó a sus oídos. Bernice abrió una puerta pequeña y entonces lo vio: el carruaje oscuro, con los faroles encendidos y Jack, encapuchado, al frente.

—Sé que estará en las mejores manos. Ahora, váyase.

—Venga conmigo —le pidió Cameron.

—Tengo miedo de que me encuentre.

—Lo hará si decide ir por su cuenta, Bernice... Si nos acompaña, estará al amparo de un duque.

—Señora, súbase aquí —le indicó Jack— y deje de dudar. No tenemos tiempo que perder.

—Tienen razón... Gracias. —Miró a Cameron antes de aceptar el ofrecimiento del cochero.

El marqués acomodó a Violet con cuidado en el asiento, arropándola con su chaqueta. Su rostro seguía pálido, pero sus labios, entreabiertos, volvieron a murmurar.

—Sálvame... —dijo en un suspiro, apenas con un hilo de voz.

El carruaje avanzaba por caminos que dormían, envuelto en la bruma de la noche. El traqueteo suave de las ruedas era casi hipnótico. Cameron apenas se movía, era incapaz de apartar la mirada de ella.

El color de piel de Violet seguía ausente, aún caminaba por el filo que separaba la vida de la muerte. Sus párpados, cerrados, apenas temblaban con cada bache, pero respiraba y eso bastaba para mantenerlo entero.

Su rostro, incluso en ese estado de deterioro, le parecía hermoso de un modo que dolía. Pensaba que cada rasgo era un lienzo que había esperado toda su vida poder contemplar. Trazó con los ojos el arco delicado de sus cejas, la curva serena de su nariz, la caída de su cabello negro sobre la chaqueta. Los labios, aún entreabiertos, eran una pregunta sin respuesta, una incógnita entre certezas, magia en medio del caos.

Cameron no sabía por qué, pero sentía que ya la amaba.

Alzó una mano, muy despacio, y rozó su mejilla con los dedos. Estaba helada. Fue un contacto fugaz, apenas un roce, pero bastó para que un nudo se instalara en su garganta.

—Te tengo... —murmuró—. Esta vez sí te tengo, y no te voy a

perder.

Su aliento rozó su frente.

La emoción lo ahogaba. Una parte de él estaba aterrada: por ella, por sí mismo, por el abismo de sentimientos que se había abierto en cuestión de días o, tal vez, solo de horas. Otra parte, más silenciosa, confiaba. Era como si ya lo hubiese hecho antes, como si este momento hubiera sucedido en otra vida.

Acarició su cabello con suavidad y apartó un mechón que caía sobre sus labios.

—No te puedes marchar, Violet, no ahora que nos hemos encontrado —susurró.

***

Mientras tanto, en la mansión Cromwell...

Elijah se había asegurado de que Abbi no caminara de un lado a otro del salón. Se había sentado a su lado y, a cada intento de la duquesa por ponerse en pie, la retenía apretando fuerte su mano o dedicándole una sonrisa cómplice.

—Están tardando demasiado —se lamentó.

—Necesitan tiempo.

—Solo es entrar, sacarla y volver.

—No es tan fácil, mi amor.

—Ya... Lo sé, pero... —No supo cómo continuar.

—Te entiendo... ¿Confías en Cameron?

—Sin duda.

—Me alegra escucharlo, porque...

—Es tu hermano —lo interrumpió.

—Iba a decir que es un hombre que jamás ha faltado a su palabra; pero, sí, también es mi hermano —sonrió.

Andrew estaba de pie, junto a uno de los ventanales, en compañía de Caroline. El vizconde tampoco se había separado de su esposa.

—Tengo un buen presentimiento —dijo Caroline—. Esta vez, sí.

—Me alegra escucharlo. —Rodeó su cintura y ella apoyó la cabeza sobre su hombro.

—¿Cómo serán las cosas cuando Violet esté entre estas paredes?

—Lo desconozco... Lo que sí sé es que vamos a tener que luchar.

—¿Contra el tío Harold?

—En efecto, y también por ella.

—¿Lo harás a mi lado?

—Siempre, mi dulce demonio. —La besó en la frente.

Capítulo 11

—¡Ya vienen!, ¡ya vienen! —escucharon gritar a Lily.

La doncella había estado haciendo guardia a mitad de camino.

Las mellizas se miraron y supieron lo que debían hacer: corrieron hacia el pasillo.

—¿La has visto? —le preguntó Abbi.

—No, pero Jack me ha sonreído y eso solo puede decir que lo han logrado... Además, una señora, que debe ser Bernice, lo acompaña.

—¿Lo has oído, Caroline?

—Síííií.

—Violet está con ellos... Cameron lo ha logrado. ¿Vamos?

—¡Vamos, Abbi!

Tomadas de la mano, salieron de la casa y bajaron la escalinata saltando los escalones de dos en dos. Se miraban, respiraban profundo y trataban de mantener las lágrimas a raya.

En el rellano, Elijah y Andrew las observaban con el corazón encogido. Ebba los acompañaba. Thaddeus, Hugh, Christine, Robert y Kelvin aguardaban en el salón. Habían pasado horas desde que Marguerite se marchara a su recámara.

El carruaje apareció entre la bruma de la noche como un suspiro

arrancado de la tierra. El sonido de los cascos se iba abriendo paso entre la grava. Y en el aire, denso y tibio aún en las últimas semanas del verano, había un presagio, una vibración casi sagrada que atravesaba el pecho, pero no había dolor o miedo, sino esperanza y calor.

Cuando el coche se detuvo justo enfrente de ellas, apretaron fuerte sus manos. Jack ayudó a Bernice a bajar y, acto seguido, abrió una de las puertas laterales. Cameron descendió con el rostro tenso y la coleta despeinada. En sus brazos, envuelta en su chaqueta y con la piel aún demasiado fría, portaba a Violet, a la víctima de un veneno lento y traidor que su propio tío le había estado administrando valiéndose de las manos de otra persona.

Las valientes mellizas Candford, las artífices del plan que la había traído de vuelta, se quebraron cuando la vieron. Sus rostros se vieron envueltos en llanto. No se dijeron nada. No hicieron falta las palabras.

Abbi fue la primera en acercarse. Extendió los brazos como si quisiera tocarla y no se atreviera. Caroline, más firme pero temblorosa, acarició su rostro.

—Violet... —susurró.

—¿Está... viva? —se atrevió a preguntar la duquesa en un susurro.

Cameron asintió y ellas dejaron escapar un suspiro de alivio.

Violet entreabrió los ojos un instante. Reconoció a sus primas, o creyó hacerlo. Murmuró algo ininteligible y volvió a sumirse en una oscuridad que ya no era tan aterradora al calor de los brazos que la sostenían.

—Llévala a su recámara —dijo Abbi—. Te seguiremos.

Elijah y Andrew se unieron a la comitiva en cuanto pasaron por su lado. En silencio, envolvieron los cuerpos trémulos de sus esposas y caminaron junto a ellas. Ebba se situó junto a Cameron y no le quitó

la vista de encima a Violet.

Lily, siguiendo las indicaciones del duque, acompañó a Bernice a una de las habitaciones destinadas al servicio. Tenía órdenes de no perderla de vista.

La habitación estaba abierta y había sido perfumada con lavanda y jazmín. La habían preparado con cariño y con ternura: esperaba a alguien a quien amaban profundamente. La cama estaba cubierta de sábanas blancas. En el alféizar habían colocado margaritas, por ser su flor predilecta; y, a través del ventanal, los jardines se extendían como una promesa de la vida que le esperaba a partir de ese momento.

El marqués la recostó con cuidado. Sus dedos se demoraron en su mejilla y volvió a apartar un mechón de su rostro. Entonces, como si la tensión acumulada durante días se rompiera de golpe, apoyó la frente sobre la suya y la besó.

Las mellizas, que se habían mantenido en un segundo plano, respetando los tiempos de todo un héroe —así era como lo veían—, se acercaron. Abbi se arrodilló a un lado de la cama y tomó la mano de Violet entre las suyas.

—Violet, soy Abbi, ¿me puedes oír?

Caroline se sentó al borde y le acarició el cabello.

—Ya estás en casa —dijo con voz temblorosa—. Ya estás a salvo.

Ella no respondió, pero sus párpados volvieron a temblar, como si las oyera, como si algo dentro de sí reconociera al fin el calor humano, el amor no fingido, el refugio.

Las mellizas se miraron y, sin necesidad de decir nada, se recordaron que lo habían logrado. Luego, entre lágrimas, se inclinaron sobre ella, besaron sus mejillas y la rodearon con sus cuerpos. Fue un momento de recogimiento profundo, de promesas selladas en silencio. El mundo podía derrumbarse más allá de esas

paredes. Dentro, en esa recámara apenas iluminada por una tenue luz dorada, se había producido un pequeño milagro.

—Mi amor, debéis dejarla respirar.

—Elijah tiene razón. —Andrew sujetó a Caroline por la cintura—. Dejad que Ebba haga su trabajo.

—Pero...

—Tenéis el resto de vuestras vidas por delante para estar con ella —le dijo el vizconde y ella lo miró con amor.

—Podéis quedaros aquí, pero debéis haceros a un lado.

—Gracias, duque —susurró Abbi, haciéndolo sonreír.

Cameron, escorado en una esquina, entendió que también debía abandonar la recámara. Antes de salir, volvió a mirarla. Se le partía el alma al verla en ese estado, pero la había arrancado de los brazos de la muerte, o a esa certeza necesitaba aferrarse.

En cuanto las mellizas y Ebba se quedaron a solas con Violet, la enfermera se acercó.

En el aire flotaba un aroma denso, dulzón, casi floral, que no pertenecía ni a perfume ni a las margaritas. A los demás se les podía pasar por alto o confundirlo con esos otros; a ella, no.

—Voy a necesitar algo más de luz —dijo y Caroline se encargó de encender una lámpara de aceite. Sus manos aún temblaban.

Ebba se inclinó y rozó la frente de Violet con sus dedos. Estaba helada, aunque no sudaba como un cuerpo febril. Apretó con delicadeza su muñeca y comprobó que el pulso era demasiado lento y tan espaciado que por un momento temió haberlo perdido.

—Respira, pero con tanta dificultad que asusta.

Abbi y Caroline se miraron y guardaron silencio. Había terror y miedo en sus ojos.

La enfermera observó sus pupilas: apenas dos puntos negros sobre el blanco inerte de los ojos. No respondían a la luz de la

lámpara.

—Maldita sea... —murmuró—. No me cabe la menor duda: Violet ha sido envenenada.

Abbi y Caroline se miraron, pero no dijeron nada.

Era láudano: una mezcla de opio disuelta en alcohol. Lo conocía bien. Ebba había visto cómo se les administraba a pacientes para ayudarlos a dormir o a calmar la histeria, y en cunas de bebés que nunca despertaron. Lo que tenía ante ella no era una enfermedad del cuerpo, sino una trampa mortal dosificada con precisión.

Se inclinó sobre Violet una vez más para comprobar su respiración. Era superficial, casi imperceptible. Su pecho apenas se movía.

—Louise, llega justo a tiempo —le dijo al ama de llaves.

—He pensado que se me podía requerir, señora Campbell.

—Ebba, por favor... Voy a necesitar vinagre fuerte, de lavanda si tienen, y mande preparar una infusión de café bien negro. Ah, y, si hay una botella de agua de amoníaco, tráigala también. Necesitamos rescatarla del mundo de los sueños.

—Ahora mismo.

—Louise, traiga a Bernice con usted, por favor.

—Así lo haré —le dijo antes de abandonar la alcoba.

—¿Todo eso... no será peligroso? —preguntó Abbi.

—Lo peligroso es no hacer nada.

—Entiendo, pero... —Miró a Caroline.

—Mi hermana solo muestra lo aterrada que estamos con todo esto... Jamás pensamos que estuviera tan mal —se le entrecortó la voz.

—No os voy a mentir, es aún peor de lo que me temía —manifestó Ebba—. Mañana, a primera hora, les pediré a Henry y a Florence que me acompañen. Deben ver esto y elaborar un informe detallado.

Yo también prepararé uno.

—¿Será suficiente para meter a ese monstruo entre rejas?

—Eso espero, Abbi; pero no olvidemos que vuestro tío es un hombre con poder.

—No es nadie, Ebba... La posición se la ha dado apropiarse de todo lo que es de Violet.

—Nuestro padre decía que era un parásito al que le gustaba derrochar el dinero de otros —señaló la menor de las mellizas—, pero nunca pensamos que pudiera llegar tan lejos.

—¿Cuál es tu teoría? —le preguntó la duquesa.

—Sin querer precipitarme, aunque me resulta bastante obvio, pienso que el propósito de vuestro tío era matarla.

—Ya somos dos.

—Tres —apuntó Caroline.

Louise, acompañada por Bernice, regresó con una jarra de porcelana, el vinagre y el café ya preparados. Ebba le indicó que lo dejara en la mesilla de noche.

—Hola, Bernice.

—Hola, señora... ¿Cómo está?

—Muy mal. —Apretó los labios.

—¿Cómo ha podido permitirlo? —la cuestionó Caroline.

—No solo lo ha permitido, sino que se lo ha suministrado —señaló Abbi.

—Sé que no tengo ni excusa ni perdón, pero ya se lo dije: no podía desavenir al señor Candford.

—No sea hipócrita, ¡claro que podía! —elevó el tono de voz la duquesa.

—Cálmate, Abbi, o vas a tener que salir.

—Yo... Lo siento, es que todo esto me enerva —respiró profundo —. ¿Se recuperará?

—Creo que hemos llegado a tiempo.

Ebba humedecía un paño con vinagre y lo pasaba por la frente y el cuello de Violet.

—Bernice..., ¿cuánto tiempo lleváis dándole el láudano? —preguntó sin rodeos.

La criada tragó saliva. Miró a Violet y, avergonzada y arrepentida, bajó la vista.

—Desde... desde el invierno pasado, señora.

—¿Qué dosis?

—Empezamos con seis gotas... luego ocho... llegó a tomar veinte o más al día.

—¿Veinte gotas por toma o al día?

—Al día... Ella solo comía una vez.

—Miserable... —Abbi apretó los puños.

Ebba sacudió la cabeza. No entendía cómo el cuerpo de Violet había aguantado tanto veneno.

—Él se lo ordenó, ¿cierto?

—Yo... yo solo obedecía, ya se lo he dicho. El señor Candford repetía constantemente que lo mejor era mantenerla tranquila, sedada, oculta.

—Imagino que era la persona que más tiempo pasaba con ella, ¿cierto?

—Sí y... no lo soportaba más. Llevaba años encerrada, mirando la pared. A veces lloraba, a pesar de que aseguraba que ya no le quedaban lágrimas que derramar. En ocasiones, hablaba con su madre como si estuviera viva. Había dejado de comer, pero él la obligó a seguir alimentándose. Ya no preguntaba por nadie, perdió la esperanza.

—Oh, Dios mío... Nosotras nunca dejamos de pensar en ella.

—Lo sabrá, Abbi. Vosotras mismas se lo podréis contar cuando

mejore —manifestó Ebba—. Y Harold responderá por esto.

—¿Y si descubre que está aquí e intenta llevársela?

—Lo impediremos, Bernice. ¿Sabía que podía matarla?

—Yo...

—Él quería matarla —afirmó Abbi.

Bernice rompió a llorar.

—Puede retirarse —le dijo Ebba.

La enfermera se irguió, cogió la taza de café negro y, con la ayuda Caroline, quien sujetaba a Violet entre sus brazos, trató de hacerla beber.

—Vamos, Violet, no te puedes dejar llevar tan fácil —susurró.

Le sostuvo el cuello y logró que tomara unos sorbos.

—Muy bien, Violet... —sonreía Caroline y Abbi lloraba.

—Ahora, la vamos a purgar. Su estómago debe vaciarse de todo residuo. Luego, se la mantendrá en vigilancia constante.

Ebba se acercó a la cómoda, tomó la infusión purgante y volvió al lecho. Con suavidad, acercó el cuenco a sus labios y la ayudó a beber. Violet tosió débilmente y un poco de líquido resbaló por su barbilla.

—Así, así..., despacio —susurró Ebba—. Vamos a limpiar tu cuerpo; y, cuando puedas hablar, contarás tu historia.

Se quedó allí, sentada junto a la cama, mientras las mellizas comenzaban a renovar una esperanza que, por momentos, creyeron perder.

—¿Cómo la ves? —le preguntó la duquesa.

—La evolución será lenta. El cuerpo tardará días, quizá una semana o más, en deshacerse de los residuos del opio. Puede que tenga fiebre, temblores, irritación o pesadillas. Su ánimo cambiará. Es posible que pase de la apatía a la ira o al llanto sin causa aparente.

—¿Se pondrá bien? —inquirió Caroline.

—Si su corazón resiste y no hay daño cerebral, sí; pero habrá recaídas. Y lo peor será el deseo.

—¿El... deseo?

—Sí, Abbi. Cuando despierte del todo, lo pedirá. No por dolor, sino por necesidad. Su cuerpo se ha acostumbrado a él. Nadie debe suministrárselo, aunque suplique.

—Por supuesto, nadie en esta casa continuará envenenándola.

—Lo sé... Violet debe descansar ahora. —La miró—. Lo más probable es que duerma de manera intermitente durante dos días o incluso más. La respiración y el pulso deberán vigilarse cada pocas horas, por eso es mejor que pase la noche con ella. Cuando despierte... estará confusa. Tal vez no sepa ni quién es.

—Oh, Dios mío.

—Tranquila, Abbi... Será algo pasajero —le dijo Caroline.

Ebba cerró la lámpara un poco, oscureciendo la habitación. Las mellizas se acercaron y la besaron.

—Estás a salvo, Violet... Al fin volvemos a estar las tres juntas —susurró la duquesa.

Capítulo 12

Kelvin se había abrazado a Cameron y se había obligado a mantener las lágrimas a raya. De haber estado a solas no se habría reprimido: habría llorado por la tensión acumulada y por el descanso de haberlo visto regresar de una pieza y trayendo consigo a Violet.

—¿Un whisky, hermano?

—Prefiero un café bien cargado —le dijo a Elijah.

—Edmund, pídale a una de las doncellas que prepare un café bien cargado para Cameron.

—Sí, señor.

El marqués se dejó caer sobre uno de los sofás y apoyó la cabeza en el respaldo. Aún podía sentir el cuerpo de Violet sobre el suyo: tan frío, tan consumido y tan atractivo.

—¿Tan terrible ha sido? —le preguntó Hugh.

—¿La has visto?

—Sí.

—Apenas le queda un soplo de vida y... no sé si hemos llegado a tiempo o si es demasiado tarde para ella —suspiró.

—No se ha corrido tanto riesgo para nada —señaló Thaddeus.

—Ojalá estés en lo cierto.

—Lo está —los sorprendió la seguridad de Kelvin—. Violet Candford vuelve a ser una mujer libre y, lo que es aún mejor, no está sola... Y no olvidemos que un joven de la alta sociedad, bien parecido y...

—Cierra la boca.

—... soltero —ignoró la petición de su hermano— la ha puesto a salvo de un destino funesto.

—Podrías escribir poemas —sugirió Robert.

—Y ser el nuevo Lord Byron —señaló el ayudante de banquero.

—O el nuevo Shakespeare... —se les unió Hugh— «Ser o no ser, esa es la cuestión».

—Muy graciosos. —Los miró con los ojos entrecerrados.

—¿Sigues pensando que estaba siendo envenenada? —interpeló Hugh.

—No me cabe la menor duda.

—Han pasado quince minutos de la media noche..., ¿creéis que Harold ya ha descubierto que Violet no está?

—Es posible, Elijah —le respondió Cameron.

—¿Nos preparamos para la tormenta?

—Tiene todas las de perder, Thaddeus; pero sabemos que no se quedará de brazos cruzados y, ¿sabéis algo? Me excita enfrentarme a ese tipo —sonrió el duque.

***

Ralph regresó pasadas las doce de la noche. Por si no hubiese bebido suficiente, apuró el sobrante de una botella de jerez. Comenzaba a sumirse en un placentero sopor cuando Rufus irrumpió en la cocina.

—Despierta. —Golpeó la mesa con el puño.

—¿Se puede saber a qué vienen estos modales? —Lo miró con severidad.

—Violet no está.

—¿Cómo que no está?

—Lo que has oído. Y te puedes imaginar el estado de enajenación en que se encuentra el señor Candford.

Los gritos de Harold llegaban hasta el sótano.

—¡Bernice! ¿Dónde demonios te has metido, mujer del diablo? ¡Bernice!

—Será mejor que vayamos.

—Pero...

—Ya le darás las explicaciones a él —le dijo el cochero.

Ralph, con el estómago revuelto más por el alcohol que por la situación, no parecía demasiado preocupado.

Al alcanzar la planta baja, vieron a Harold. Su rostro estaba desencajado y un sudor frío recorría todo su cuerpo.

—¡Violet no está! —vociferó.

—Eso no es posible, señor —le dijo su hombre para todo.

—Te digo que su recámara está vacía y tampoco encuentro a... la criada. ¿Cómo es posible que se hayan escapado?

—No tengo una explicación.

—¿Que no tienes una explicación? —Harold se acercó a él y lo sujetó por el cuello. —¿Cómo has permitido que una moribunda y una inútil te hayan burlado y hayan salido de esta casa?

—Tal vez haya bebido más de la cuenta —se hizo entender.

—Suéltelo, señor —le pidió Rufus—. Lo necesitaremos para buscarlas.

—Debería matarlo con mis propias manos —dijo antes de recuperar algo de sensatez.

—No le conviene tenerme de enemigo.

—¿Me estás amenazando, patán?

—Solo le digo que tenga cuidado.

—Canalla miserable... —bisbiseó—. Esto tiene que ser obra de... ellas.

—¿A quiénes se refiere, señor? —preguntó Rufus.

—A Abbi y a Caroline... No saben con quién se meten.

—¿Qué va a hacer?

—Lo mejor que me podría pasar es que esa niñita se muera.

—¿Y si no lo hace?

—No lo sé, Rufus, no lo sé. —Harold estaba fuera de sí—. Déjame pensar... Necesito pensar.

—Lo tiene muy jodido —murmuró Ralph.

Él, mejor que nadie, conocía el largo expediente de actos ilícitos del señor Candford.

***

Cameron se incorporó al ver a Abbi, Caroline y Ebba acceder al gran salón. Sus semblantes atribulados lo llevaron a temerse lo peor. Contra esos pensamientos venía batallando desde que la dejara caer sobre aquella cama y besara su gélida frente.

—¿Cómo está? —La premura de Kelvin volvió a extrañarlos.

Parecía que el joven Gordon se lo estaba tomando como algo personal pese a llevar tan solo una semana en Londres.

—Mal —respondió Abbi.

Elijah se acercó y la cobijó entre sus brazos.

Andrew también rodeó a Caroline y la besó a la altura de la sien.

—¿Ebba?

—¿Mi respuesta no te vale?

—Claro que sí, mi amor; pero la enfermera es Ebba y... queremos

escuchar su diagnóstico médico.

—¿Ebba?

La joven Campbell la miró con cariño y apretó los labios.

—Violet está muy débil... La han estado envenenando durante meses.

—¿Láudano?

—Sí. Tenías razón, Cameron... Su cuerpo estaba al borde del colapso. De haber pasado un par de días más...

—Menos mal que ha salido de ahí —suspiró Christine.

—Que mi hermano la ha sacado de ahí.

—Ese apunte no era necesario, Kelvin, todos lo saben. —Le reprochó el marqués también con la mirada.

—He empezado con la purga, pero solo ha echado una bocanada. Aún hay mucha ponzoña en su organismo y debo seguir controlando su respiración.

—Lo que significa que te quedarás aquí.

—Sí, cariño.

—Me parece bien. —Volvió a recibir la comprensión de Thaddeus.

—Gracias —le dijo en un susurro—. Las próximas horas, y los próximos días, serán determinantes, pero es una mujer joven que ya ha demostrado su fortaleza. Confío en que va a salir adelante.

—Lo hará —afirmó Andrew—. Imagino que también te quieres quedar aquí.

—No puedo irme —musitó Caroline.

—Lo sé.

—Cameron y yo...

—Nosotros nos marcharemos a casa, Kelvin... Regresaré en la mañana.

—Lo mío es tuyo, hermano... Excepto tú, mi amor.

El duque se vio obligado a hacer esa aclaración tras la mirada

asesina que le dedicó Abbi.

—Elijah, voy a necesitar que a primera hora uno de tus hombres lleve una nota al hospital. Como os dije, es mi deseo que Henry y Florence la examinen.

—Así se hará, Ebba... Y, ahora, será mejor que tratemos de descansar un poco, quienes podamos.

***

Cameron no emitió palabra alguna de camino a la mansión. Kelvin decidió respetar su silencio. Sabía que estaba impactado y que un sinfín de emociones se agolpaba en su interior.

El marqués saludó a Lydia, rehusó una infusión que calmara su espíritu y se fue directo a su recámara.

—¿Cómo está?

—No sabría decirle.

—Al menos, ¿lo ha logrado?

—Sí —sonrió—. Violet está en la mansión Cromwell, pero...

—No diré una sola palabra.

—Mi hermano confía en usted y yo también.

—Agradezco sus palabras... ¿Qué va a pasar ahora?

—Esa es la gran pregunta, Lydia... Quién puede saberlo.

Kelvin también se retiró. Se habría encerrado en su alcoba —era la idea—, pero cambió de parecer al pasar junto a la de su hermano. Dio unos sutiles golpes sobre la madera.

—Me preguntaba cuánto tardarías en aparecer.

—Entonces, ¿puedo pasar?

—Adelante —suspiró.

Cameron estaba tumbado sobre la cama y tenía la mirada fija en el techo. Kelvin cogió una silla y la acercó.

—¿La amas?

—Vaya, no te andas por las ramas.

—¿La amas? —insistió.

—¿Se puede estar enamorado de una completa desconocida?

—«El corazón tiene razones que la razón no entiende».

—¿Parafraseas a Blaise Pascal?

—También escribió que «el hombre está siempre dispuesto a negar todo aquello que no comprende», pero... no es tu caso, Cameron, no lo niegas.

—Tampoco lo afirmo.

—Porque te da miedo.

—¿Miedo?

—Tú mismo lo has dicho: la has visto al borde de la muerte. Sin embargo, Ebba ha asegurado que se recuperará.

—¿Y si no lo hace?

—Lo hará.

—Pareces muy seguro.

—Lo estoy.

—Vaya, además de ser un erudito..., ¿eres adivino?

—¿Sabes qué pienso?

—Ilústrame. —Cameron no pretendía burlarse de su hermano, tan solo necesitaba soltar tensión.

—Te aterra no ser capaz de llegar a su corazón, que se despierte y no te reconozca...

—¿Cómo iba a hacer eso si no me ha visto jamás?

—Fue a ti en sueños y ahí fue donde tú la contemplaste por primera vez... ¿No ha podido suceder lo mismo con ella?

—¿Estás diciendo que también me ha visto en sus sueños?

—Es una posibilidad, ¿no? Piénsalo, hermano, piénsalo.

Kelvin se puso de pie, volvió a colocar la silla en su sitio y lo dejó a

solas.

—Maldito mocoso —maldijo Cameron—. Me suelta todo este discurso y ahora se marcha... Aaaaaargh... —resopló—. ¿Acaso es posible? ¿Me reconocerás?

Capítulo 13

Ebba no se había apartado del lecho. Violet no había recobrado el estado de conciencia en ningún momento y una sudoración fría cubría su rostro. A intervalos regulares, humedecía el paño en vinagre con agua y lo posaba con delicadeza sobre su frente, cuyas sienes latían con un pulso débil pero firme. Observaba su temperatura corporal constantemente. Cada media hora, deslizaba una mano bajo las sábanas, palpándole los pies y las manos, buscando signos de escalofrío o calor excesivo. Cuando sentía que la piel se enfriaba, colocaba botellas de agua caliente envueltas en paños de lana a los lados de su cuerpo, con el cuidado de no provocar un contraste térmico que pudiera ser perjudicial. Si, por el contrario, notaba un aumento de temperatura, reemplazaba las compresas de vinagre con otras recién humedecidas y ventilaba la habitación abriendo un poco la ventana, dejando entrar el aire denso de la madrugada.

Cada uno de sus gestos era meticuloso y mesurado. Si Violet murmuraba, aunque fuera apenas un suspiro, se inclinaba sobre su rostro y le ofrecía unas gotas de agua con limón. Si se agitaba, le tomaba la mano y la tranquilizaba con voz baja, repitiendo su

nombre como si pudiera traerla de vuelta desde el abismo donde luchaba por su vida.

En una pequeña libreta de cuero, iba anotando cualquier cambio.

«3:10 a. m.: pulso débil, pero regular. Sudor en la nuca. Piel menos marmórea. Fiebre. Aplicada compresa nueva en el pecho y en la frente».

Y así transcurrió la noche, entre compresas, susurros, vigilias, y las insistentes visitas de Abbi y de Caroline.

***

—¿Cómo sigue? —preguntó la duquesa.

—Igual que hace una hora... Marchaos a dormir.

—Nos pides un imposible —le dijo la menor de las mellizas.

—Lo más probable es que no despierte en días.

—Lo sabemos, pero mantenemos la esperanza de que nos pueda escuchar y sepa que está a salvo... ¿Puedo?

—Claro.

Abbi se acercó a la cama, se sentó y tomó la mano de Violet. Caroline se acomodó al otro lado e hizo lo propio.

—Prima querida, Caroline y yo mantenemos la esperanza de que nos oigas, de que reconozcas nuestras voces...

—Sabemos que puedes hacerlo, pequeñaja.

—No le gustaba que la llamáramos así.

—Pero es bonito, Abbi, y... se lo decíamos con amor.

—Eso es verdad... Pequeñaja, tienes que saber que jamás nos hemos olvidado de ti.

—Nunca... Siempre has estado en nuestros pensamientos y en nuestras oraciones, pero...

—Ese miserable no nos permitía verte.

—Hasta hoy —continuó Caroline—. No vas a regresar a esa casa nunca más o, al menos, no con él.

—Sentimos haber tardado tanto... Vamos a luchar por ti y vamos a tratar de recuperar el tiempo perdido... Ahora, tienes que despertar, por favor.

—Sí, Violet. Ahora eres libre y tenemos tanto que contarte y por hacer... Te estamos esperando y te queremos con toda nuestra alma.

—Te queremos, pequeñaja... Vuelve a nosotras. —A Abbi se le entrecortó la voz.

Ebba las contemplaba con lágrimas en los ojos. No había pasado un solo día desde que conociera a las mellizas Candford que no pensara en lo afortunada que era por tenerlas en su vida. Esa madrugada, entre sollozos y promesas, le demostraban, una vez más, lo especiales que eran sus corazones.

***

La fiebre comenzó a remitir con las primeras luces del alba y la respiración de Violet se hizo más profunda y rítmica. Ebba, sin apartarse de ella, cerró los ojos unos segundos y se permitió una breve pausa. El peligro no había pasado del todo, pero la joven Candford se hallaba más alejada de la muerte.

Cuando los primeros rayos de sol comenzaron a colarse a través de las ventanas, Ebba despertó del duermevela en que se había visto sumida. La lámpara de aceite titilaba y en la casa reinaba un silencio expectante que aguardaba buenas noticias y que no tardó en verse alterado por pasos que se iban acercando por el corredor. Llamaron a la puerta. Ebba se levantó de inmediato, se alisó el delantal y retiró con cuidado la compresa tibia de la frente de Violet.

Al abrir la puerta, se encontró con dos figuras familiares: el doctor

Henry Baxter y la enfermera Florence Nightingale. Louise los acompañaba.

—Henry, Florence, qué alegría veros —susurró—. Ha sido una noche larga.

—Nos llegó el mensaje hace menos de una hora —dijo Henry con voz grave pero cálida—. Nos hemos puesto en camino enseguida.

—No saben cuánto se los agradezco.

—En tu nota nos decías que la situación era grave y delicada.

—Así es, Florence... Acompáñenme.

Ebba los condujo al interior del cuarto donde la joven Candford dormía. Sus labios aún estaban pálidos, pero ya no sufría los temblores espasmódicos de las horas anteriores. El doctor Baxter se acercó a la cama y examinó con cuidado el rostro de la paciente, palpó el pulso en la muñeca, observó el color de la piel y el ritmo de la respiración. A su lado, Florence tomaba notas.

—¿Qué síntomas presentaba al principio? —preguntó la señora Nightingale sin alzar demasiado la voz.

—Llegó cerca de la medianoche con signos evidentes de envenenamiento —les explicó—. Presentaba coloración azulada en labios y rostro, aliento superficial, pupilas contraídas, dedos rígidos, piel fría... Administré un purgante inmediatamente, aunque el láudano ya había hecho efecto. Apliqué compresas de vinagre para controlar la fiebre y he mantenido vigilancia constante de su temperatura y signos vitales durante toda la madrugada. La fiebre subió brevemente entre las tres y las cuatro, luego descendió. El pulso sigue débil pero estable. He anotado todos los cambios en el cuaderno clínico.

—¿Láudano? —repitió el doctor frunciendo el ceño mientras examinaba los ojos semicerrados de Violet con una lámpara—. Sí, la rigidez muscular..., las constricciones...

—¿Intencional o accidental? —preguntó Florence.

—Intencional.

—Pareces muy segura —dijo Henry.

—Esta joven es Violet Candford y su tío, Harold Candford, su tutor legal, o eso lleva asegurando hace siete años; la ha estado envenenando.

—¿Tienes pruebas?

—Aparte de las evidentes, contamos con el testimonio de la criada. Le han estado suministrando más del doble del contenido de una dosis segura durante meses. Si no hubiese sido purgada a tiempo...

—Quería matarla —afirmó la enfermera.

—Todo parece indicar que así es.

—Ya veo... —murmuró Henry—. Esto hay que denunciarlo.

—Y lo haremos, pero necesitábamos una segunda y tercera opinión profesional, por eso les he pedido que vinieran.

—Has hecho lo correcto, y un trabajo impecable, Ebba. Gracias a tu intervención, ha sobrevivido las primeras horas críticas. Ahora debemos continuar estabilizándola y preparar el informe.

El doctor extrajo de su cartera de cuero un impreso oficial de diagnóstico y envenenamiento, con el membrete del Colegio Médico de Londres. Con una pluma estilográfica, comenzó a escribir, dictando en voz baja:

> Paciente femenina que responde al nombre de Violet Candford, aproximadamente diecisiete años. Signos evidentes de intoxicación por opiáceos, con síntomas coincidentes con administración de *laudanum* en dosis elevadas. Evolución favorable tras intervención inmediata. Se recomienda observación continua y análisis toxicológico posterior.

Diagnóstico: envenenamiento confirmado por láudano.

Florence firmó a continuación, como testigo clínico, y Ebba, por recomendación del doctor, añadió el resumen de los cuidados administrados.

—¿Qué pasos tienen pensado seguir ahora?

—Debe hablar con los duques, Henry; pero, sin duda, estos informes nos serán de gran ayuda.

A Abbi y a Caroline, muy a su pesar, les había vencido la tensión acumulada y la falta de descanso. Hechas un ovillo, abrazadas, dormían en la recámara que se había habilitado para la menor de las mellizas.

***

Geraldine era un manojo de nervios. Aún no había recibido noticias de Caroline y, fruto de la desesperación, había convencido a Reginald para que se personase en la mansión Montgomery.

—Señora, tiene visita —le anunció Dominique.

—¿Quién...?

—Buenos días, cuñada.

—Harold, ¿se puede saber qué...?

—¿Dónde está?

—No sé de qué hablas.

—No te hagas la tonta, Geraldine, y dime dónde tenéis a Violet.

—Hasta donde yo sé la mantienes prisionera en su propia casa —le dijo sin achantarse.

—O me dices dónde está o...

—¿Está amenazando a mi esposa?

—Reginald Benson... —se giró y lo miró con hastío— y Andrew

Montgomery..., dos pobres diablos en manos de mujerzuelas.

—No le permito que las insulte... Salga ahora mismo de aquí.

—Me dice aquel que no guardó luto por su difunta madre.

—Largo, Harold.

—Esto no se va a quedar así, Geraldine.

—Téngalo por seguro —declaró Andrew—. No pararemos hasta verlo entre rejas.

—¡Dominique!

—No es necesario que llames a tu mayordomo, conozco la salida; y no, no se quedará así —los desafió.

Geraldine se sentó y trató de controlar su respiración. Harold siempre había tenido el poder de sobresaltarla a pesar de haberle echado valor.

—¿Qué pasó anoche? —se atrevió a preguntar.

—Está a salvo —le respondió el vizconde.

—Alabado sea el Señor —suspiró y sus ojos se llenaron de lágrimas.

***

Tras reunirse con Elijah —las mellizas aún dormían y no las habían querido despertar—, Henry y Florence abandonaron la mansión.

El duque, acompañado por su madre, meditaba cuáles serían los siguientes pasos que debían seguir. El envenenamiento estaba claro y demostrado, contaban con un informe detallado que así lo avalaba.

—Hay que poner una denuncia antes de que lo haga él —dijo Marguerite.

—No se atreverá. Sabe que tiene todas las de perder.

—Aun así...

—Sé que Geraldine teme a ese hombre y tiene motivos; todos

hemos visto lo que es capaz de hacer, pero las pruebas en su contra son aplastantes. Voy a hablar personalmente con el sargento Cavel... ¿Y esos gritos?

—¿Es... Abbi?

***

—¿Cómo se atreve a venir a esta casa? ¡Fuera!

—¡Devuélvemela! —voceó Harold.

—No es un mueble ni un animal como usted... Ya ha escuchado a mi hermana, ¡lárguese!

—Quitaos de en medio. —Las empujó.

—Vuelva a tocar a mi esposa y será lo último que haga —le dijo Elijah.

—¿Debo tenerle miedo? —lo desafió.

—Debería, sí.

—Han entrado a mi casa y se han llevado algo que me pertenece, así que no está en disposición de amenazarme.

—Será miserable... Violet no es suya.

—Te equivocas, mocosa.

—No le permito que insulte a mi esposa.

—Qué rápido ha venido, vizconde... Esto me viene a confirmar que Violet está aquí.

—Sí, está aquí —le confirmó Abbi— y sabemos que la ha estado envenenando.

—No digas sandeces, estúpida.

—Largo de mi propiedad.

—¿O qué hará..., duque? —dijo con desdén.

—Ahora que lo pregunta, me estaba preparando para ir a la comisaría... Tenemos un informe médico, avalado por tres

especialistas, en el que consta que Violet estaba siendo envenenada. Por si esto no fuera suficiente, contamos con el testimonio de Bernice, ¿le suena? Su criada me ha contado algo de un tal Ralph, de usted y de la explosión de la fábrica de pólvora...

—Además, sabemos que falsificó el documento que le nombraba tutor legal de nuestra prima —declaró Abbi.

Thaddeus y Hugh se encontraban en el despacho del abogado que se había estado reuniendo con el señor Candford.

—Solo son calumnias.

—Disculpe, señor... ¿Es usted el tío de Violet?

—¿Quién lo...?

Antes de que pudiera girarse, Cameron le asestó un puñetazo en la mandíbula. Nadie lo vio venir. Andrew lo sujetó cuando se disponía a golpearlo de nuevo.

—Es hombre muerto, señor Gordon.

—Usted es hombre muerto.

—Esto no se va a quedar así —continuó amenazándolos mientras se limpiaba la sangre del labio y caminaba hacia el carruaje—. ¿Por qué no has hecho nada, Rufus? Estás despedido.

Caroline pensaba que le habían dado demasiada información, pero se regocijaba en su interior por haberlo visto tan solo y desesperado.

—Bien hecho, Cameron. —Lo abrazó Abbi.

—Lo siento, no me he podido contener. Dime que no la ha visto.

—Por supuesto que no.

—¿Cómo está?

—Hemos de ser pacientes, pero sobrevivirá.

Capítulo 14

Una semana más tarde

Cameron había acudido a diario a la mansión Cromwell. Desde que sacara a Violet del infierno en que había estado atrapada, no había vuelto a verla en sueños. En lugar de inquietarle, le tranquilizaba. Entendía que, a pesar de no haber despertado, su organismo iba expulsando el veneno. Ya no lo necesitaba. Estaba a salvo.

—Señor, acaba de llegar una misiva.

—¿Quién la envía?

—Su padre —le hizo saber Alfred.

—Walter Gordon comienza a perder la paciencia. —Escuchó decir a Kelvin.

Él empezaba a pensar que su hermano tenía el don de aparecer en el momento más oportuno.

—No seas agorero.

—¿De qué se puede tratar si no?

—Saldremos de dudas de inmediato. Gracias, Alfred, puede retirarse.

El marqués rompió el sello lacrado y, sentado en el escritorio de su

despacho, leyó. Kelvin, que había supuesto que lo haría en voz alta, esperó con impaciencia.

—¿Y bien? —preguntó en cuanto su hermano apartó la mirada de la carta.

—Exige tu regreso a Aberdeen.

—¿Solo el mío? —Lo miró extrañado.

—También el mío.

—Eso me encaja más... ¿Qué más dice?

—Me habla de mi compromiso con la señorita Fletcher y de mis deberes como primogénito.

—¿Y qué piensas hacer?

—Lo sabes muy bien, Kelvin, no voy a regresar; y menos ahora.

—¿Por Violet?

—Por ella... y por mí. No sé qué sucederá cuando despierte, pero tengo claros mis sentimientos; y no, no me voy a desposar con una desconocida porque a nuestro padre se la haya antojado.

—¿Y si no siente lo mismo que tú?

—Viviré mi duelo en silencio —suspiró—. No me voy a marchar de Londres, pero tú sí deberías regresar a casa.

—No, Cameron.

—Estás de paso.

—Pero... yo también me he enamorado.

—¿Ellen te corresponde?

—No lo sé, apenas la he visto esta última semana —se detuvo un instante—. Robert me ha asegurado que le gusto, se lo ha dicho a Kate, pero no está preparada para separarse de su hermana. Al parecer, no ha tenido una vida fácil.

—No, tanto Ebba como ella escaparon de un hogar roto y de un padre frío y autoritario.

—Ya veo... ¿Me acompañarías a verla?

—¿Puedo saber para qué me necesitas?

—Eres mi hermano y, en ausencia de un padre, tú pasas a ocupar su lugar.

—¿Piensas pedir su mano?

—Tal vez... No lo sé... ¿Vendrías?

—Claro.

—Gracias, hermano... ¿Estarás listo dentro de una hora?

—¿Tiene que ser... ya?

—El corazón no entiende de tiempos, Cameron.

—Joder, Kelvin, mira que puedes llegar a ser remilgado.

—¿Dentro de una hora? —ignoró su calificativo.

—Sí —le respondió después de emitir un profundo suspiro.

***

Cameron se lamentaba por haberse dejado enredar por su hermano. En el mismo día que su padre les exigía regresar a su Aberdeen natal, acompañaba a su hermano a cortejar a una joven, y no sabía si el hecho de que fuera cuñada de Thaddeus y hermana de Ebba lo facilitaba o, por el contrario, lo empeoraba.

—Cameron y... Kelvin, no os esperaba.

—Tampoco contaba con hacerte una visita —dijo el marqués.

—En ese caso, ¿qué os trae por aquí?

—¿No está Ebba?

—Se está cambiando. En unos minutos regresará a la mansión Cromwell.

—Aprovecharé para ir con ella. Lo haremos en mi carruaje, si no te importa.

—Ejem, ejem... —carraspeó Kelvin y Cameron sacudió la cabeza.

—¿Ellen...?

—No.

—Vamos, Thaddeus, si aún no ha dicho nada.

—Lo veo venir y...

—Buenas tardes, Cameron... Hola, Kelvin.

—Ebba... Hemos venido a veros por un asunto que concierne a tu hermana. —El marqués no sabía muy bien cómo abordarlo.

—Un momento... —La enfermera se acercó a uno de los ventanales y lo abrió—. ¡Ellen, tienes visita! Estaba cerca —se excusó.

Kelvin la miró divertido, pero su semblante adquirió un tono más adusto al encontrarse con el rostro receloso de Thaddeus.

Ellen, Kate y Amy entraron en el salón y se sorprendieron al ver a los hermanos Gordon.

—El joven Gordon quiere decir algo —declaró el ayudante de banquero con desgana.

—Oh, Ellen, te va a pedir en matrimonio —dijo Kate.

—¿Podemos ser tus damas de honor? —preguntó Amy.

—Esto... yo...

—Dejad de agobiarla —les pidió su hermano—. Y nadie ha hablado de matrimonio, ¿verdad?

—Oh, no, claro que no. —Kelvin no sabía si esconderse detrás de Cameron o echar a correr.

—¿No te quieres casar con ella?

—No, Kate, yo no...

—Mi hermano siente cierta inclinación hacia tu hermana, Ebba; y a él le gustaría poder visitarla de vez cuando para pasear, ir conociéndose... Ya me entiendes.

—Lo hago —sonrió. Le enternecía que hubiese salido en auxilio de Kelvin—. Pero esa decisión no me corresponde a mí, sino a ella.

Todas las miradas se posaron sobre una Ellen ruborizada y

temblorosa.

—Yo no... no estoy acostumbrada a que un joven se fije en mí —se atrevió a decir.

—Mejor para mí que haya tanto ciego suelto... —Los hizo sonreír. Incluso Thaddeus, muy a su pesar, arqueó los labios. —Permítame decirle que es preciosa.

—Será zalamero...

—¿Qué piensas, Ellen? —Ebba ignoró el comentario de su esposo y la miró con amor—. Solo tú decides sobre tu vida.

Ya había soportado los dictámenes de otros durante toda su existencia. Ella siempre lo tuvo claro: no la obligaría a nada. Ellen tenía criterio y era una mujer que elegía con total libertad.

—Bueno, yo..., veréis... Sí, me gustaría conocer mejor a Kelvin.

—¿Eso quiere decir que...?

Ebba miró a Thaddeus de ese modo que no podía ignorar: le pedía comprensión y altura de miras.

—Si no teníamos suficiente con Kate y Robert... Ahora, también Ellen y Kelvin —resopló—. ¿Tengo que darles mi bendición?

—En realidad, no es necesario... Puedes visitar a mi hermana.

—Lo celebro —dijo Cameron— y, ahora, ¿nos marchamos?

—Cojo mi maletín y nos vamos.

—Yo... ¿me puedo quedar?

—¿Quieres pasear conmigo?

—Ja, ja, ja... —Amy se echó a reír ante la ocurrencia de Thaddeus.

—No, gracias. —El joven Gordon cuadró una sonrisa.

—En realidad, también me voy a pasar por la mansión Cromwell en cuanto termine de revisar unos papeles.

—Y tú te vienes con nosotros —le dijo el marqués a su hermano.

Ebba ya los esperaba en la puerta.

—Ellen, la veo mañana.

—Hasta mañana, Kelvin.

***

Violet estaba acompañada por Geraldine. La condesa Candford la había visitado cada día y había pasado largas horas sentada junto a la cama. Había llorado en silencio y también con sus hijas. Esperaba que sus oraciones estuvieran siendo escuchadas y lamentaba no haber hecho nada por ella.

Cuando Cameron, Ebba y Kelvin llegaron, los duques de Warrington y los vizcondes de Berkeley se hallaban en la biblioteca.

—¿Cómo sigue? —preguntó el marqués.

—Igual —le respondió Abbi—, pero tiene mejor semblante y, a veces, hace ruiditos.

—¿Ruiditos?

—Sí —sonrió—. Mi teoría es que nos escucha y está deseosa de volver, aunque es posible que no sepa cómo hacerlo.

—¿Se lo has explicado? —le preguntó Kelvin.

—¿Cómo volver? —Él asintió—. No.

—Pues deberías hacerlo.

—Y yo debo ir a verla —declaró Ebba—, aunque, antes, me gustaría saber si ha habido noticias de Harold.

—Nada... Se ha enviado una circular con su descripción a todas las divisiones metropolitanas y se han imprimido panfletos pequeños; el caso ha salido en *The Times* y *The Illustrated Police News*; cuentan con las declaraciones de Bernice y de Raph, quien ha confesado su implicación en la explosión que mató a los padres de Violet, y confiesan que todo fue orquestado por el propio Harold; el abogado ha corroborado que el testamento de los señores Candford era una falsificación...

—Esto último no lo sabía —Cameron interrumpió a Elijah.

—Eran mis padres, a ellos les habían dejado la tutela de Violet —dijo Abbi con dolor—. Qué diferente habría sido todo para ella, pero ese canalla... —Apretó los puños.

—Se hará justicia.

—Eso esperamos —manifestó Caroline.

—Yo... voy a verla.

—Estás en tu casa, Ebba.

—Gracias, duque.

—¿Tú también? Con las bromas de mi esposa tengo más que suficiente —se lamentó.

—Tu esposa, que te quiere muchísimo a pesar de sus chanzas, va a acompañar a Ebba.

—Me uno a ellas. —Caroline soltó la mano de Andrew.

***

Geraldine se limpió las lágrimas tan pronto como escuchó pasos acercándose. Le alegró saber que Ebba había regresado.

—¿Cómo ha seguido?

—Sin novedad.

—Hola, Violet —le dijo Abbi. Se acomodó en el lecho y tomó su mano—. Hace un rato te he hablado de mi hija, de Jane. Ella también está deseosa de que la portes en tus brazos, por eso tienes que despertar.

—Por eso y para que veas cuántas personas están esperándote. No somos solo nosotras. Toda una familia, una enorme, aguarda por ti. —Caroline la besó en la frente.

—Tenemos tanto por hacer..., pero tienes que abrir los ojos, prima querida. Ya has permanecido demasiado tiempo en la oscuridad.

Despierta, Violet, vamos... ¿Puedes sentir mi mano? —Apretó más fuerte.

—¿Oyes mi voz? —preguntó Caroline—. ¿Recuerdas que a veces te rehacía las trenzas para que tu madre no te riñera? Éramos tres locas.

—Tres locas maravillosas... Ven hacia nosotras, Violet. Somos Abbi y Caroline. Estás a salvo. Nunca más vas a volver con él. Vamos, pequeñaja, abre los ojos —insistió—; el mundo no debería perderse ese azul tan bonito.

—Aférrate a la vida y al futuro tan inmenso que te espera... No habrá más dolor, ni ausencias, ni tinieblas. Te lo prometo.

Violet se revolvió entre las sábanas y las mellizas se miraron. Sus corazones comenzaron a latir muy deprisa.

—A-bbi... Ca-ro-line... —Desplegó sus labios por primera vez en meses.

—¿Violet?

—Oh, Violet... has hablado.

Sus ojos se fueron abriendo poco a poco. Le costaba enfocar y sentía que la cabeza le iba a estallar.

—Oh, Dios mío, has despertado.

Abbi la cubrió con sus brazos y Caroline no tardó en unírsele. Ambas lloraban, pero era un llanto de felicidad. Geraldine y Ebba también estaban bañadas en lágrimas.

—Jovencitas... Lamento interrumpir este momento, pero Violet necesita respirar y yo debo examinarla —les dijo Ebba.

Las mellizas se apartaron a regañadientes.

—Bienvenida, Violet; soy Ebba y voy a ayudarte a que te incorpores.

La enfermera colocó unos cojines en su espalda y logró que se sentara sobre la cama.

—Hija... —sonrió Geraldine—, al fin despiertas.

—Tía... —musitó—. ¿Es un sueño? ¿Estoy muerta?

—Noooooo, claro que no... Somos nosotras, de carne y hueso —le dijo Abbi.

—Entonces, ¿es verdad que tienes una hija?

—Sí, se llama Jane.

—¿Nos ha estado escuchando todo el tiempo?

—Sí, Caroline. Sé que estás casada con Andrew... —Se vio en la necesidad de parar al sobrevenirle un ataque de tos.

—Bebe un poco de agua, Violet —le indicó Ebba.

—Yo... quiero correr por los jardines —manifestó después de tomarla.

—Eso va a tener que esperar un poco aún. Estás débil, pero trabajaremos para que te repongas lo antes posible —le explicó Ebba.

—Lo entiendo. —Agachó la mirada—. ¿El tío Harold...?

—Tranquila, Violet, no volverá a acercarse a ti jamás.

—¿Me lo prometes, Abbi?

—Te lo prometo.

—Tienes que saber que nunca te abandonamos.

—Lo sé, Caroline... Ahora lo sé —suspiró.

—No puedes correr por los jardines todavía, pero pídenos cualquier otro deseo y lo haremos realidad, aunque... te aconsejo que no nos lo pongas demasiado difícil —añadió la duquesa haciéndose acompañar por una sonrisa plena.

—Yo... quiero ver al joven de cabello rojizo y ojos dorados.

Capítulo 15

Las mellizas Candford no hicieron pregunta alguna. Salieron de la recámara y, envueltas en un silencio que hablaba de felicidad y de esa paz que reconforta, se dejaron ver por el salón.

—Quiere verte.

—¿Me hablas a mí? —Cameron clavó su mirada en Abbi.

—Sí.

—¿Quién quiere ver a mi hermano? —interpeló Kelvin.

—Violet —respondió Caroline.

—¿Ha despertado?

—Síííí —le dijo a su esposo.

Andrew caminó hacia ella y la abrazó.

—Ha despertado —repitió Elijah—. Lo ha logrado, mi amor.

—Ya está con nosotros —sonrió Abbi antes de besarlo en los labios.

—Vamos, ve, ¿a qué esperas? —lo apremió Kelvin.

—Yo... ¿Le habéis hablado de mí?

—No... Ha sido ella quien ha pedido verte —le respondió la duquesa.

—Ha empleado estas palabras: «quiero ver al joven de cabello

rojizo y ojos dorados» —les hizo saber Caroline.

—Pareces sorprendido —le dijo el duque.

—Reconozco que lo estoy. ¿Cómo es posible que me recuerde?

—Está claro, hermano, de los sueños.

—¿Qué sueños?

—No es nada, Abbi... Kelvin divaga y yo... no quiero hacerla esperar.

Cameron les dio la espalda y se fue alejando de ellos.

—Nos vas a explicar qué has querido decir, ¿verdad, jovencito Gordon?

—No puedo, duquesa, lo siento. Le prometí no decir nada y mi lealtad es con él.

—Bien dicho —lo alabó Elijah—. Será él mismo quien nos lo termine contando.

***

El marqués se detuvo un instante, vaciló, y no porque le fallara el deseo de verla, sino por el torbellino de emociones que se arrojaría sobre él en cuanto rebasara esa puerta. Respiró profundo. Su pulso se había acelerado. Pensó que se hallaba ante uno de los momentos más determinantes de su vida y sintió cierto pavor.

Luchaba contra sus propios demonios cuando se encontró con Ebba y Geraldine.

—¿Qué tienes que pensar tanto? —interpeló la enfermera.

—Yo no...

—Anda, pasa, no la hagas esperar más.

—Geraldine, yo...

—Hay que ver qué paraditos son estos jóvenes... —murmuraba la condesa Candford mientras echaba a andar por el corredor.

—Me ha dicho que eres el hombre de sus sueños... No sé muy bien qué significa, pero no la decepciones. —Le sonrió Ebba.

Cameron sintió una punzada en el vientre. ¿Era posible que también los recordara?

A pesar de temblarle todo el cuerpo, entró. Su corazón enloqueció al encontrarse con unos ojos azules tan intensos que pensó que podían ver su interior. Su sonrisa, tan fascinante, terminó por desarmarlo.

—Hola, Violet.

—Hola, Cameron.

—¿Cómo sabes mi nombre? Disculpa que te haya tuteado, es solo que... me da la sensación de que llevo toda una vida conociéndote.

—No me pidas perdón... Yo me siento igual... y tú mismo me lo dijiste... ¿Te sientas a mi lado? —Dio unos golpecitos sobre el colchón.

—¿En la cama?

—Si no te incomoda...

—No, claro que no.

El marqués, sin poder ocultar su nerviosismo, se acomodó junto a ella. Violet apoyó la cabeza sobre su hombro y él volvió a sentir que el mundo se detenía.

La habitación estaba envuelta en un silencio embriagador. El dosel de terciopelo carmesí proyectaba sombras suaves sobre las paredes, y la lámpara de aceite, situada en la mesita de noche, lanzaba destellos que parecían danzar sobre el papel pintado de flores. Afuera, el viento de Londres movía levemente las cortinas, trayendo consigo el crepitar de las hojas.

—Es extraño... —Violet rompió el silencio con una voz suave, como si temiera perturbar la calma—. Antes de conocerte, ya sabía quién eras.

—¿Cómo llegaste a mí?

—No lo sé... Sentía que mi corazón se detenía y necesitaba aferrarme a la vida. Pedí ser escuchada y liberada y, de repente, te vi en mis sueños. La primera vez, apenas eras una silueta en un pasillo iluminado por la luna..., pero cuando te acercaste, sentí que podía confiar en ti.

—Yo también soñé contigo, aunque pensé que era una fantasía; incluso llegué a plantearme mi falta de cordura.

—No estabas loco.

—Lo sé. Podía ver tu rostro, tan hermoso... Al principio, tu mirada... —respiró hondo— me pedía ayuda sin decir palabra.

Violet se estremeció.

—No, no eran inventivas. Yo... no sé cómo explicarlo, solo sé que te busqué. Intentaba gritar, pero mi voz no salía. Así que... empecé a aparecer en tus sueños. Te convertiste en mi única esperanza.

—Y me pediste que te salvara —murmuró él.

—Sí. —Su voz se quebró—. Y lo hiciste. Viniste por mí. Me sacaste de aquella casa antes de que el veneno de mi tío acabara su trabajo.

—La primera vez no lo logré.

—Pero me hiciste mantener esa esperanza y aferrarme a la vida con tu promesa.

—Así que me escuchaste —sonrió aliviado.

—Podía oírlo todo... Sé que mis primas no me abandonaron.

—No, no lo hicieron. Abbi y Caroline han sufrido tu ausencia cada día.

El silencio que los envolvía se llenó del lejano tañido de una campana, como si la ciudad entera quisiera marcar ese instante.

—Siempre me quisieron, y yo a ellas... Fue desolador verme apartada de su lado tras la muerte de mis padres.

—No imagino todo el sufrimiento que has padecido estos años...

Debimos actuar antes.

—Nadie podía imaginar lo perverso que podía llegar a ser nuestro tío. Él...

—Shhhhh... Tranquila. —Se atrevió a apretarla sobre su pecho—. No puede hacerte daño, ya no. Además, jamás lo permitiría.

—Me salvaste —susurró.

—No sé si fui yo quien te salvó o si fuiste tú quien me despertó de un letargo que ni siquiera sabía que sufría.

Ella cerró los ojos y sus labios se curvaron en una sonrisa llena de ternura.

—¿Estaba escrito que nos teníamos que encontrar?

—No me cabe la menor duda, Violet.

—Me gusta cómo suena mi nombre en tus labios.

—Violet... —repitió y ella volvió a sonreír.

—Ahora que estoy aquí, contigo, es como si el resto del mundo fuese una sombra. Pero... tengo miedo. No sé qué viene después de esta noche, tras este momento.

—Lo que venga lo afrontaremos juntos, si es lo que deseas.

—Durante siete años pensé en cosas pequeñas pero hermosas: pasear por Hyde Park, junto al lago Serpentine, y ver cómo la luz se rompe en el agua; volver a jugar con mis primas, aunque ya somos mayorcitas para eso...; sentarme a tomar té y escuchar música; asistir a la ópera; ir a un baile, aunque quizá haya olvidado cómo se danza; sentir el aire fresco en el rostro, oler las flores, enamorarme... —Él la escuchaba en silencio, como si cada palabra fuese un juramento que tendría que cumplir. —Pero, ahora mismo... —añadió—, lo que más deseo es ver los jardines. ¿Me llevarías?

—¿Ahora?

—Sí.

—Es de noche.

—Da igual.

—No puedes caminar todavía y estás débil —protestó él con suavidad.

—No me importa. Solo quiero... sentir el cielo estrellado sobre mí.

Sin responder, y sin tenerlo demasiado claro —pensó que se ganaría la reprimenda de Ebba—, se incorporó y la sostuvo entre sus brazos. Ella dejó escapar un pequeño suspiro al rodearle el cuello y apoyar la cabeza sobre su pecho.

—¿Lista?

—Creo que contigo iría al fin del mundo... Ay, lo siento, ¿me he pasado?

—No, de hecho..., me ha gustado; y, por favor, no te excuses por aliviar mi alma.

—¿También estás enfermo? —preguntó con una mezcla de inocencia y preocupación.

—No —respiró profundo—. Me daba miedo que no me reconocieras y que me rechazaras.

—Jamás podría hacer algo así.

—¿Por sentirte en deuda conmigo?

—Porque mi corazón, por raro que suene, te eligió antes de conocerte.

Lo miró y él comprendió que su vida ya no tendría sentido sin ella.

—¿Te asusta si te digo que te amo?

La miró y su mundo, tan roto, comenzó a armarse.

—No, no... —sonrió—. Me haces la mujer más feliz del universo. Yo siento que... también te amo, Cameron Gordon.

El marqués acercó sus labios a los suyos y la besó con suavidad.

—Ha sido mucho mejor de lo que pude haber soñado —musitó y él volvió a rendirse ante tanta candidez.

Dejaron atrás la recámara y los corredores, y descendieron por la

escalera de madera, cuyos peldaños crujían bajo el peso de sus pasos. Alfred, sorprendido, se apartó en silencio, comprendiendo que no debía interrumpir.

Cameron abrió la puerta principal y el aire de la noche los envolvió. Se fueron alejando de la vivienda y, pronto, se hallaron en la zona de los jardines. Los faroles de hierro fundido lanzaban círculos de luz dorada sobre la hierba y, en el fondo, las rosas aún mostraban destellos escarlata. Él avanzó por el sendero de grava y ella elevó el rostro hacia el cielo.

—Huele... a libertad —dijo cerrando los ojos mientras una lágrima rodaba por su mejilla.

Él caminó lentamente, sosteniéndola con firmeza, hasta llegar a un pequeño claro donde la luz de la luna caía directa, bañando de plata el césped, y se detuvo.

Con cuidado, la inclinó hacia abajo, permitiendo que sus pies rozaran la hierba. Ella, aún aferrada a su cuello, dudó. Quizá temía que solo fuese una ilusión que se desvanecería si él la soltaba.

—Puedo sostenerte —le dijo.

Ella asintió y la hierba, fresca y húmeda por el rocío, acarició su piel. Se estremeció. Volvió a cerrar los ojos y aspiró profundamente, como si quisiera grabar ese instante en su alma.

—Había olvidado... —su voz tembló— este tacto tan suave.

Se inclinó un poco dejando que sus dedos rozaran las briznas verdes. Las arrancó suavemente, las sostuvo en la palma de su mano y, con un gesto casi reverente, las acercó al rostro.

Cameron la observaba en silencio, sintiendo que era testigo del renacer de la mujer que creyó fruto de su imaginación y que se había convertido en su razón de ser.

—Siento como si estuviera tocando la vida —dijo Violet con una sonrisa que era mitad tristeza, mitad certidumbre—. Durante años,

lo más cercano a esto eran las grietas en las paredes... y ahora...

Sus palabras se quebraron y él la rodeó con sus brazos.

—Nunca más tendrás que recordarlo como algo lejano —le prometió—. Lo tendrás cada día.

Ella se apoyó en su pecho y sintió el latido firme bajo la camisa. A lo lejos, el reloj de la torre marcó la medianoche y la brisa nocturna meció suavemente los pliegues de su bata.

—¿Me puedes llevar un poco más allá? —le pidió—. Me gustaría ver la fuente.

Avanzaron por el sendero iluminado por la luna mientras las sombras de los árboles se alargaban a su paso. Para ella, cada hoja, cada piedra del camino, cada destello de agua... era un milagro y, para él, la certeza de que la había rescatado no solo de un encierro, sino de un vacío que nunca volvería a atormentarla.

El aspecto de gárgola de los surtidores de la fuente le resultó poco agraciado, pero la hizo sonreír. La luz de la luna se deslizaba por sus formas y se reflejaba en el estanque, donde la superficie temblaba formando círculos concéntricos que parecían latir al ritmo de sus corazones.

El marqués la sentó con cuidado sobre uno de los bancos de mármol y ella inclinó la cabeza hacia la fuente, como si quisiera memorizar cada sonido, cada destello de agua.

—¿Todo esto es... real? —A Violet continuaban asaltándole las dudas.

—Lo es. —Cameron tomó una de sus manos y la llevó hasta su pecho—. ¿Lo sientes?

—Sí —susurró.

—Tú provocas sus latidos, Violet... No dudes jamás ni de tu libertad ni de mis sentimientos. Yo... te estaba esperando.

Ella bajó la mirada, jugando con la hebra de hierba que aún tenía

en la mano.

—Hay algo que no te dije en la recámara.

—¿Me lo dices ahora? —La miró con amor.

—Cuando venías a mí en sueños no solo te pedía que me salvaras. —Lo miró y en sus ojos brillaba una mezcla de vulnerabilidad y determinación—. También quería pedirte que no me dejaras después.

Él sintió que el aire quemaba su pecho.

—Aunque no entendiera lo que estaba sucediendo, nunca tuve intención de hacerlo... Como te dije antes, sí tenía miedo de no ser correspondido.

Violet sonrió tímidamente y buscó sus dedos, entrelazándolos.

—Pero... no me refiero solo a quedarte a mi lado ahora. Quiero... aprender lo que es vivir. Y no sé si sabré hacerlo sola, no quiero hacerlo sola. —Lo miró con intensidad.

—Yo estaré a tu lado —respondió Cameron sin vacilar—. Te enseñaré. Te llevaré al Serpentine, a los bailes, a la ópera, a cada rincón que quieras conocer.

Violet apoyó la frente sobre la suya. El contacto era leve, pero bastaba para sellar una promesa que iba más allá de las palabras.

El viento movió las hojas de los rosales cercanos, y el agua de la fuente pareció murmurar algo que ninguno de los dos necesitaba descifrar.

—Entonces... —dijo ella en un suspiro—, quiero empezar mañana. Al amanecer.

El marqués sonrió y la tomó de nuevo entre sus brazos.

—Es muy posible que no pueda ser mañana, aún estás débil, pero pienso cumplir cada uno de tus deseos.

—¿Me lo prometes, Cameron Gordon?

—Te lo prometo, Violet Candford.

Mientras regresaban por el sendero, con la luna siguiéndolos como un farol silencioso, él sintió que esa noche marcaba la primera página de una historia que, por fin, merecía ser escrita.

***

—¿Alguien me explica lo que está pasando entre el marqués y nuestra prima? —interpeló Abbi.

Capítulo 16

Finales de septiembre

Violet había ido ganando masa muscular y, poco a poco, tanto su cuerpo como su mente se habían ido recuperando. Atrás había quedado una soledad impuesta que se había prolongado demasiado. Era una superviviente que recién comenzaba a recuperar a la niña que fue encerrada entre cuatro paredes y cuyo sino no era otro que morir. No podía cambiar el pasado, pero sí incidir sobre su presente y sobre un futuro que imaginaba prometedor.

No había sido fácil. Había sufrido fiebres, temblores, irritación... Y, tal y como vaticinara Ebba, su ánimo había sido cambiante, pasando de la risa al llanto en cuestión de minutos. Lo que no había permitido era que su mente le hiciera creer que su cuerpo seguía necesitando el veneno.

***

Días después de su despertar, pidió ver a Bernice. Abbi trató de hacerla cambiar de parecer, sin lograrlo. Continuaba siendo la misma Violet tozuda de siempre.

—No os voy a dejar a solas y... mi esposo también se queda.

—Pero...

—No me importa, Elijah —le dijo Violet—. Esta es tu casa.

—También es la tuya.

—Hasta que decida marcharse con Cameron —señaló Abbi.

—Me gustaría estar un tiempo con vosotros.

—Yo quiero que te quedes toda la vida.

—Tarde o temprano, Cameron le pedirá matrimonio —manifestó el duque.

—¿Aceptarías?

—Estoy enamorada de él, Abbi, ya lo sabes.

—Ya... Lo que no me explico es cómo ha sucedido tan rápido.

—No me parece extraño... A mí me bastó con verte para saber que quería pasar el resto de mis días contigo.

—Lo sé... Son tantos y tan variados mis encantos —sonrió—. ¿De verdad os conocisteis en sueños?

—Sí —admitió—. Por muy extraño que suene, fue así. Creo que, en mi desesperación, lo invoqué, o algo parecido. Me aferré a él, le pedí que me salvara... y lo hizo.

—Sí que es rarito, pero... me alegro mucho por los dos.

Louise llamó a la puerta y anunció la llegada de Bernice.

—Hágala pasar —le dijo el duque.

—Buenos días... Yo... —Mantuvo la mirada fija en el suelo.

—Hola, Bernice.

—Violet...

—Venga, acérquese.

La doncella se detuvo junto al lecho.

—Sé que no tengo perdón...

—La perdono.

—No deberías...

—Abbi, no te metas —le pidió su esposo y ella, molesta, se mordió la lengua.

—No me lo merezco, señorita. Sabía muy bien lo que estaba haciendo.

—Por imposición, Bernice, y por miedo... Lo notaba cada día en sus ojos.

—No soy nada más que una pobre diabla, señorita... Si me faltaba un techo donde dormir y un mísero salario, volvería a vagar por las calles, de donde él me sacó; y antepuse mis necesidades a las suyas.

—Le recuerdo que la estaba envenenando. —Abbi no se pudo contener más.

—Y yo la perdono, prima; y te ruego que le permitas quedarse en esta casa.

—No, Violet, no va a permanecer aquí. Y que dé gracias de no verse entre rejas.

—Ya la has oído, no tiene adónde ir... ¿Y si él la encuentra?

—No lo hará —dijo Elijah—. He pensado enviarla a una de las casas de campo que tenemos en Whiltshire. Estará segura.

—Es más de lo que merezco, señor.

—Lo hago por Violet, no por usted.

En la tarde de ese mismo día, recibió una visita especial. Ebba, a quien tanto tenía que agradecer, llegó acompañada por su hermana y sus cuñadas.

—Ellas son Ellen, Kate y Amy.

—Es un placer conocerlas.

—No nos trates de usted —le dijo Kate.

—Eres preciosa, Violet.

—Muchas gracias, Amy. Tú también eres muy bonita.

—Veo que nos vamos a llevar muy bien. —La menor de las

Campbell las hizo sonreír.

—En cuanto estés más recuperada, saldremos a pasear, ¿te parece bien?

—Me encantaría, Ellen.

—Como ves, nunca más vas a estar sola... Somos una gran familia y tú formas parte de ella —declaró Kate.

—¿Es verdad que el marqués y tú...?

—Sí, Amy, amo a Cameron.

—Vaya, soy la única que aún no ha encontrado el amor. —Puso morritos.

—Eres la más pequeña —le dijo Ebba con una sonrisa—, pero llegará tu momento.

Violet las observaba y se daba cuenta de lo afortunada que era. La pesadilla había quedado atrás. En ese momento, estaba rodeada de personas que, sin conocerla, le brindaban su amistad y su cariño.

—Gracias —susurró.

—¿Nos lo dices a nosotras? —inquirió Kate y ella asintió—. Somos una gran familia, nunca lo olvides.

Anteriormente, había conocido a Marguerite y a la pequeña Jane —a quien había portado en brazos—, a Reginald, a Thaddeus, a Hugh y a Christine.

Cuando Jack, a petición de la propia Violet, entró en su recámara, rompió a llorar.

—Oh, no, no llore, señorita.

—Solo Violet... —Se hizo entender entre sollozos—. ¿Te acercas?

—Yo...

—Acércate, por favor.

El chico para todo de Elijah, sin estar nada convencido, caminó hacia la cama en la que aún permanecía. Violet lo miró a los ojos y abrió los brazos.

—¿Quiere...?

—Sí.

Jack miró al duque y este le hizo un gesto de asentimiento.

—Señorita...

—Oh, Jack... —lo apretujó—, estaré en deuda contigo toda mi vida.

—No me debe nada.

—Sé todo lo que has hecho por mí, así que no puedes decirme eso... Te doy las gracias con todo mi corazón.

—Gracias a usted por ser tan... amable y buena.

***

Cameron acababa de llegar a la mansión Cromwell. Una especie de hormigueo recorría todo su cuerpo. Aquel paseo por Hyde Park que le prometiera a Violet estaba a nada de materializarse y él se sentía flotar.

—¿Nervioso?

—¿Si te respondo que sí pareceré un principiante?

—Ante mí tan solo veo a un hombre enamorado, y a mi hermano —le dijo Elijah.

—Hugh continúa mofándose de mí por el asunto de los sueños. —Sacudió la cabeza.

—¿Y qué esperabas de él?

—Eso digo yo... —suspiró—. No mentimos.

—Os creo, todos lo hacemos. Y tienes que saber que Kelvin te es leal de un modo absoluto. Abbi trató de hacerlo hablar, pero se mantuvo firme.

***

Caroline colocaba bien la falda del vestido de Violet. Abbi y ella estaban tan emocionadas como su prima, quien se miró una última vez en el espejo.

—¿Me veo bonita?

—Estás radiante —le respondió la duquesa.

—Gracias... ¿El sombrero me sienta bien?

—Sin duda alguna... Vas a ser la jovencita más hermosa de todo Hyde Park.

—¿No exageras, Caroline?

—En absoluto... Y, ahora, salgamos... Cameron te espera.

El marqués la observó con fascinación. Caminó hacia ella, tomó su mano, la besó y se perdió en el azul de su mirada.

—He soñado con este momento.

—Y yo —sonrió—. Estoy impaciente.

—No seré yo quien te haga esperar.

***

El carruaje avanzaba por las calles empedradas con un traqueteo constante. Violet estaba sentada junto a la portezuela. Sus manos reposaban sobre el regazo, pero cada pocos segundos apretaba los dedos, como si quisiera asegurarse de que aquello no era un sueño.

—¿Sigues nerviosa?

—Más que eso... —contestó sin apartar la vista del cristal—. De repente, he empezado a sentirme como si fuera una fugitiva.

—No has huido, has sido rescatada.

Violet se giró para mirarlo.

—¿Y si el mundo ha cambiado tanto que no lo reconozco? ¿Y si

yo... ya no encajo?

Cameron tomó su mano y la apretó fuerte.

—El mundo puede haber cambiado, sí, pero hay algo que no lo hará jamás: yo estaré a tu lado para mostrarte cada rincón hasta que lo sientas tuyo otra vez.

—A veces pienso que no eres real.

—Tengo la misma impresión respecto a ti. Sin embargo, aquí estamos, juntos, inseparables.

El carruaje se detuvo ante la verja de hierro forjado. Jerry se apeó de un salto y abrió la puerta. Una vez que se hubo apeado, Cameron tendió la mano hacia el interior.

—Milady —dijo en un tono que apenas ocultaba la emoción—, hemos llegado.

—¿Milady? —sonrió divertida.

—No se me ha ocurrido una palabra mejor. —Le devolvió el gesto.

Violet dudó un instante. Asomó el rostro, aún pálido, y aspiró el aire fresco. Acto seguido, con un gesto tembloroso, posó su mano sobre la de él.

—No puedo creer que esté aquí.

—Eres libre —sonrió él.

—Soy libre —repitió en un susurro y, sin pensarlo, echó a andar tomada de su brazo.

Caminaron despacio por el sendero de grava. Hyde Park se abría ante ellos como un tapiz de primavera pese a haber entrado en el otoño: el césped verde esmeralda estaba salpicado de narcisos y violetas; las copas de los olmos, repletas de hojas que no tardarían en caer; los caminos, animados por damas con sombrillas de encaje y caballeros con levita. Un grupo de niños soltaba cometas junto al lago y en el aire flotaba un aroma mezclado de tierra húmeda y flores. A ojos ajenos, serían dos jóvenes prometidos, lo que les

permitía más libertad. Cameron siempre había pasado por alto los formalismos londinenses y a ella nada podía preocuparle lo que pudieran llegar a pensar. Su único cometido era recuperarse y empezar a vivir de nuevo.

Violet giraba la cabeza a cada paso, como si quisiera memorizar cada detalle: el relincho distante de un caballo, el tintinear de las campanillas de un vendedor de pastillas de menta, el rumor de hojas al ser mecidas por el viento...

—Es tan distinto a como lo recordaba —dijo—. O quizá... soy yo la que está diferente.

—Tal vez sean las dos cosas —respondió Cameron mirándola de soslayo—. El parque sigue aquí, igual que el cielo, pero ahora tú vuelves a caminar bajo él.

—¿Sabes? En todos estos años, soñaba con pasear entre la gente, oír conversaciones ajenas, aunque suene mal, o sentir el aire. El encierro hace que una olvide cómo huele el mundo.

El marqués apretó su brazo con suavidad.

—Quiero que hoy sea el primer día de muchos y que asocies este lugar con el principio, con todo lo bueno que está por venir.

Pasaron junto a un viejo árbol cuyas raíces sobresalían. Violet se detuvo y lo tocó.

—Juraría que estaba aquí cuando era niña. Es... como un viejo amigo que me ha estado esperando.

—Te ha esperado —afirmó él—. Igual que yo, que te esperaba aun sin conocerte.

Ella lo miró y una rendida sonrisa se dibujó en sus labios.

—¿Te cansarás de esperar por mí?

—Jamás —respondió sin apartar la mirada—. Mi destino era encontrarte y, ahora que lo he hecho, no te pienso perder.

Violet sonrió y lo miró con amor.

Continuaron hasta el puente que se alzaba sobre el Serpentine. El lago brillaba con reflejos de plata y azul, algunas embarcaciones se mecían suavemente y una pareja de cisnes parecía mirarlos. Tal vez bendecían su unión.

Se recostaron sobre la barandilla.

—¿Cómo te sientes?

La joven Candford respiró profundo, dejando que el aire le llenara los pulmones.

—Como si volviera a nacer. Me siento... pequeña, pero no en un sentido negativo. Es como si el mundo fuera demasiado grande para mí y, al mismo tiempo, quisiera recorrerlo entero.

—Prometo cumplir todos tus sueños, Violet.

—Y yo... —Agachó la mirada—. Yo prometo que no dejaré que el miedo me robe ni un solo día más.

Cameron sonrió y se inclinó sobre ella.

—Me muero por besarte.

—No es apropiado.

—Lo sé, por eso me contengo.

Se vieron envueltos en un silencio reparador. Tan solo se oía el agua acariciando los pilares del puente y el canto de las aves. Violet cerró los ojos un instante, como si quisiera grabar ese momento para siempre.

—Quiero recordarlo así... —murmuró—. Tú, yo, el puente y este aire de libertad.

Fue entonces cuando, a lo lejos, dos figuras femeninas comenzaron a agitar los brazos.

—¿Son Abbi y Caroline?

—Pensé que te gustaría que estuvieran en tu primera salida a Hyde Park.

—Eres un ángel.

—Oh, no... Claro que no. El ángel de la familia es Caroline —añadió.

Las mellizas llegaron corriendo y sonriendo, y la abrazaron con fuerza.

Cameron se apartó y las dejó a solas.

—Visitaremos cada rincón de Londres —dijo Abbi.

—Pero... estáis casadas.

—Eso no importa... Seremos inseparables.

—Excepto en los momentos íntimos —sonrió la duquesa.

—¿Cómo son?

—Deliciosos, ¿verdad, Caroline?

—Esto... sí —respondió con rubor.

—¿Pensáis que Cameron quiere intimar conmigo?

—¿Estás de broma? Se muere por hacerlo.

—Pero... hay que esperar al matrimonio.

—Caroline no lo hizo.

—¿Noooo? —La miró muy sorprendida.

—No, pero Andrew y yo nos conocíamos desde que era una niña y... no me pude contener.

—¿Podré hacerlo yo? —preguntó con esa ingenuidad tan personal y que tanto le gustaba al marqués.

—Eso es algo que tendrás que descubrir por ti misma, pequeñaja.

—No me llames así, Abbi.

—Pequeñaja —repitió Caroline.

Se miraron y se sonrieron. A Violet aún le costaba creer que todo lo que estaba viviendo en el último mes fuera real. A veces pensaba que era demasiado bonito y que despertaría en cualquier momento sobre aquella cama, en la recámara de la casa de New Bond Street.

***

—¿Querrás ser mi esposa algún día?

—Nada me gustaría más.

—Hoy, sobre este puente, con el Serpentine como testigo, renuevo mi promesa de quererte y cuidarte durante toda mi vida, Violet Candford.

—Y yo te prometo amarte sin condición y sin límite.

—¿Con locura?

—Con delirio.

Violet apretó su mano y, bajo el atardecer de Hyde Park, Cameron supo que la libertad que había conquistado para ella era también la suya.

Capítulo 17

Las semanas se habían ido sucediendo y Cameron había visitado a Violet cada día. La había acompañado, a ratos, en sus paseos por los jardines, una vez que Kate, Amy y Ellen se habían marchado. La joven Candford ya estaba al corriente de los amoríos de sus amigas y del deseo de la más pequeña por conocer a un galán que le nublara el juicio.

—Pasa mucho tiempo con ellas —se había quejado Abbi.

—No puede estar siempre contigo, mi amor. Además, tú nos tienes a Jane y a mí.

—Lo sé, pero ha estado tanto tiempo alejada de nosotras...

—Eso pertenece al pasado y es imposible recuperar los años perdidos. ¿Cómo la ves?

—Tranquila y feliz.

—Es lo que importa.

—En cambio, a veces, llora en las noches. No lo dice, pero Caroline y yo pensamos que tiene pesadillas.

—Sería lo más normal después del drama que ha vivido.

—También le atormenta que el tío Harold no haya sido detenido aún.

—Es algo que nos martiriza a todos.

—¿Lo encontrarán?

—Estoy convencido. El sargento Cavel me ha asegurado que han redoblado la vigilancia.

—Esperemos que lo atrapen pronto —suspiró.

Con el marqués, Violet había vuelto a pasear por Hyde Park. También por Kensington Gardens y Regent's Park. Habían asistido a la ópera en Covent Garden y a representaciones teatrales en Haymarket Theatre. En la mansión Cromwell habían organizado una cena en su honor.

***

—Al fin te conozco, cuñada... ¿Puedo tutearte?

—Ya lo has hecho, Kelvin —le dijo su hermano.

—Puedes tutearme —sonrió Violet—. Cameron me ha hablado mucho de ti.

—¿Bien?

—Por supuesto, tu hermano te adora.

—¿Me adoras? —Lo miró con una emoción que no era impostada.

—Algo así.

—¿Por qué os cuesta tanto mostrar vuestros sentimientos a los hombres?

—Porque somos absurdos —elevó la voz Hugh—, aunque yo le digo todos los días a *mi* Christine cuánto la amo, ¿verdad?

—Muy cierto. —Lo besó en los labios.

—Yo también adoro a mi esposa, creo que se nota —declaró Thaddeus.

—Se te cae la baba, hermano. —El vizconde de Drake, como acostumbraba, arrancó la sonrisa de todos los que se habían dado

cita en ese salón.

—Creo que no es necesario que me pronuncie.

—Deberías hacerlo, duque —le dijo Abbi haciéndose acompañar de una sonrisa.

—Estoy irremediablemente enamorado de mi esposa desde que la conocí y... ella es muy consciente... Lo usa a su favor. —Frunció el ceño.

—Armas de mujer. —Lo besó.

—Yo...

—No es necesario que digas nada, Andrew —trató de persuadirlo Caroline.

—Mi demonio es la razón de mi existencia —pasó por alto su petición— y... no me importaría gritárselo a todo Londres. Además...

—Ya está, déjalo —le dijo entre dientes la melliza.

—¿Reginald?

—¿Qué quieres de mi marido, Hugh?

—Que se pronuncie o calle para siempre, Geraldine —bromeó—. Puestos a declararnos...

—Bueno, yo... la amo con todo lo que soy.

—Ay, querido... Y yo a ti. —Se besaron.

—En cuanto a ti, madre, cualquier hombre de Londres y de toda Inglaterra estaría deseoso de compartir la vida con una mujer como tú —le dijo Elijah a Marguerite.

—Agradezco tus palabras, hijo, pero...

—Desde hoy en adelante, tendremos la misión de buscarle el mejor pretendiente.

—Os lo prohíbo terminantemente, Hugh.

—Vamos, Marguerite, será divertido.

—¿Para ti o para mí?

—¿Para ambos?

—He dicho que no.

—Ya, Hugh —lo detuvo el duque antes de que volviera a abrir la boca.

***

Cameron acababa de firmar unos documentos en su despacho cuando Kelvin entró dando un portazo. Su rostro estaba desencajado.

—¿Se puede saber qué te pasa?

—Es padre.

—¿Ha vuelto a escribir?

—Es mucho peor...

—¿Me lo vas a decir?

—Está aquí.

—¿En esta casa?

—En esta casa —confirmó—. Madre también ha venido.

—Maldición...

—¿Qué vamos a hacer, hermano?

—Trata de calmarte y déjamelo a mí.

Cameron estaba más tranquilo de lo que Kelvin, hecho un manojo de nervios, pudiera haber imaginado. Admiraba el talante de su hermano. No vacilaba. Se le veía seguro, imperturbable. Envuelto en un silencio tenso, lo siguió hasta el salón principal.

—Padre, madre... No esperaba tan grata visita.

El marqués estrechó la mano de Walter antes de abrazarlo y besó a Eudora en la mejilla.

—Si hubieses respondido a mis cartas no estaríamos aquí, hijo —le reprochó el duque de Huntly.

—No he tenido tiempo, padre.

—Estás más delgado.

—Es posible, madre, pero no tiene nada por lo que preocuparse, mi salud es formidable.

—Tienes unas obligaciones, Cameron. —Walter no parecía dispuesto a tener un reencuentro pacífico.

—Tiene razón... Me debo a mis negocios y a ellos me estoy dedicando —le dijo con calma.

—No, no, no... —Sacudió la cabeza—. Te debes a un linaje, a un apellido, a un ducado y...

—Mi vida está aquí, padre.

—Maldita sea, Cameron, ¿quieres dejarte de idioteces y ocupar el lugar que te corresponde?

—Ya se lo he dicho. Yo...

—Tú y tu hermano os vendréis a Aberdeen con tu madre y conmigo mañana mismo.

—Eso no va a suceder. —Se mantuvo impasible.

—La semana que viene se oficiará tu compromiso con Agnes Fletcher y...

—No me voy a desposar con esa mujer.

—Vas a hacer lo que debes, hijo, o...

—Si me va a amenazar con desheredarme, ha de saber que no me importa lo más mínimo.

—¿Tú lo estás escuchando, Eudora? ¡Nuestro hijo me desafía! —Elevó el tono de voz.

—Te he repetido hasta la saciedad que nuestro hijo es indómito, Walter —sonrió a Cameron.

—¿Te pones de su parte... y en mi contra?

—Estoy del lado de la razón, nada más... ¿Acaso no puede el futuro duque de Huntly vivir en Londres y el día de mañana, cuando ostente el título, afincarse en nuestro hogar?

—No, no puede... Se desposará con la señorita Fletcher y...

—Padre, mi corazón le pertenece a otra mujer.

—¿A otra mujer?, ¿has escuchado algo más ridículo, Eudora?

—¿Nuestro hijo nos dice que está enamorado y a ti te parece ridículo? ¿Dónde han quedado tus sentimientos, Walter?

—Por detrás del deber, querida.

—Si algún día me desposo, será con la señorita Violet Candford.

—¿Qué título ostenta?

—Ninguno.

—Ninguno... —farfulló—. Me niego.

—No le estoy pidiendo ni su permiso ni su bendición, padre. Y, ahora, tengo que salir... Se quedan en su casa... Madre... —La besó en la mejilla.

El duque de Huntly vio, con impotencia, cómo su primogénito le daba la espalda y abandonaba aquel salón.

—Padre, yo... tengo que decirle que... también me he enamorado.

—¿Qué has dicho? —Lo miró prendido en furia.

—Me he enamorado, padre.

—Creo que me va a dar un infarto, Eudora... ¡Alfred! —El mayordomo entró diligente—. Acompáñeme a mi recámara.

—Sí, señor.

—Ya se le pasará, hijo.

—¿Y si no cede?

—Lo hará... Pero, en este momento, se me está ocurriendo algo.

—¿De qué se trata, madre?

—¿Me hablas de la jovencita a la que amas? —Kelvin asintió haciéndose acompañar de una sonrisa—. ¿Y también de tu hermano y de la señorita Violet Candford?

—La pondré al día, madre... ¿Un té?

—Sí, por favor.

Madre e hijo se sonrieron, cómplices, pasando por alto el enojo de Walter.

***

El Támesis, bajo la luz de la tarde, reflejaba destellos dorados que parecían salpicar las barandillas del embarcadero de Chelsea. La embarcación —una chalupa de madera oscura con un toldo de lona beige— los esperaba.

Cameron le había prometido un viaje en barca a Violet y jamás había faltado a su palabra.

—El río parece un espejo —dijo ella mirando el reflejo de las ramas de los sauces sobre el agua.

—Un espejo que no haría justicia a tu belleza —respondió él.

Se alejaron del muelle, dejando atrás el murmullo de la ciudad. Pasaron junto a otras embarcaciones: góndolas con damas bajo parasoles, barcazas cargadas de flores, algún velero lento con el viento suave...

—¿Recuerdas la primera vez que nos vimos? —preguntó Violet.

—¿En sueños o en la vida real?

—Buena pregunta —sonrió.

—Me resulta imposible olvidar tanto una como otra... Cada día que tengo la dicha de contemplarte es un regalo para mí.

—Nadie como tú sabe templar mi alma. —Violet sonrió y su mirada se perdió en el horizonte.

—¿Ves esas murallas? —preguntó él inclinándose ligeramente hacia ella para hacerse oír por encima del chapoteo de los remos—. Cuentan que, en las noches más tranquilas, el río trae consigo un lamento... Es el llanto de Lady Jane Grey.

Violet arqueó las cejas, entre fascinada y recelosa.

—¿La joven reina de los nueve días?

—La misma —respondió Cameron—. Dicen que, la noche antes de su ejecución, pidió mirar por última vez el Támesis desde su celda. El alcaide, conmovido, se lo permitió. Esa corriente que ahora acaricia la quilla de nuestra barca fue lo último que vio del mundo. Desde entonces, algunos afirman que su voz viaja con la neblina buscando a quien la escuche.

—¿Y tú... la has escuchado? —preguntó en voz baja.

—Digamos que... el Támesis sabe guardar las historias de quienes lo amaron y lo temieron. Y esta noche, señorita Candford, quizá nos cuente una.

—¿Sobre nosotros?

—Acerca de nuestro amor.

En un recodo cubierto de lirios acuáticos, el barquero detuvo la barca. Un cesto de mimbre contenía fresas —una de las frutas favoritas de Violet— y una botella de vino dulce francés.

—Brindemos —dijo el marqués llenando dos copas— por el río... y por las corrientes que nos han traído hasta aquí.

—Y por este bendito amor.

Violet mantuvo la mirada fija en sus ojos dorados mientras hacían chocar las copas. El silencio que siguió parecía latir al mismo ritmo que sus corazones.

El atardecer se volvió noche mientras la barca avanzaba hacia Londres. Las primeras estrellas asomaron en un cielo de terciopelo, y las luces de gas dibujaron reflejos áureos sobre el agua. El murmullo lejano de St. Paul’s se mezclaba con el sonido de los carruajes en Westminster. La brisa hizo que ella se estremeciera, y él, sin decir palabra, colocó su chaqueta sobre sus hombros, envolviéndola en su calor.

—Gracias por dejarme robarte una tarde más.

Ella sonrió, deteniéndose antes de bajar.
—No has robado nada, Cameron. Tú me lo has devuelto todo.

Capítulo 18

Walter y Eudora Gordon regresaron a Aberdeen sin sus hijos. La duquesa, que se había casado por amor, los entendió y apoyó. Él amenazó con desheredarlos hasta su último día en Londres.

—Sois una deshonra.

—Padre, deje de maldecirnos por haber antepuesto el amor a todo lo demás —le dijo Kelvin.

—¿Cuándo te volviste tan patético?

—Siempre he sido así.

—Ah... —Lo miró con desdén—. ¿Y tú, Cameron?

—No lo sé, padre. Me he enamorado, eso es todo. Ya conoce la historia, Violet ha sufrido lo indecible y mi lugar está a su lado.

—¿Crees que se lo debes?, ¿se trata de eso?

—La amo, ya se lo he dicho.

—He oído suficiente... Sabéis dónde está vuestro hogar... Si os desposáis con Violet y Ellen —a Eudora le agradó que las llamara por su nombre—, espero recibir una invitación.

—No le quepa la menor duda, padre —le dijo Kelvin.

—Descuide, serán los primeros en saberlo.

—Gracias, hijos.

—Buen viaje, madre. —Cameron la besó en la mejilla.

—Padre...

—Anda, ven aquí. —Lo cubrió con sus brazos—. No se lo digas a nadie, pero estoy orgulloso de ti.

El marqués se aferró fuerte a su progenitor. Sabía que no le resultaba sencillo ceder, pero no le habían dejado otra opción. Al final, Walter se había rendido ante unos sentimientos y una determinación frente a los que de modo alguno podría haber vencido.

***

Mediados de octubre

El sol comenzaba a ocultarse cuando Cameron envió a uno de sus lacayos a la mansión Cromwell. Tenía la misión de entregarle una misiva a Violet. El sobre, sellado con cera roja y estampado con el emblema de la familia Gordon, descansaba sobre la mesa de uno de los salones cuando ella lo encontró.

Con manos temblorosas —cuando se trataba del marqués no podía evitar sentir miles de emociones—, rompió el sello y desplegó la hoja de papel. Al leer las primeras líneas, su corazón comenzó a latir con acordes descompasados.

Su voz, apenas audible y agitada, fue cobrando fuerza conforme iba desgranando el mensaje.

> Mi amada Violet:
>
> Esta noche, cuando la luna llena se erija sobre el cielo de Londres, pasaré a recogerte.
>
> Te pido que confíes en mí, como siempre has hecho, y te dejes llevar.

Será una velada inolvidable.

Tuyo,

Cameron Gordon

Violet volvió a dejar la misiva sobre la mesa. Comprobó que su respiración estaba agitada. Era una mezcla de nervios y felicidad. Permaneció un momento en silencio, como suspendida en el tiempo, antes de levantarse con determinación.

—¡Abbi! —gritó.

La duquesa, que se encontraba en la sala contigua, no tardó en reunirse con ella.

—¿Te encuentras bien?

—No... Digo, sí —sonrió—. Cameron me ha enviado una carta y... dice que me recogerá al caer la noche y... creo que ya se ha puesto el sol.

—¿A qué vienen estas prisas?

—No lo sé, pero... imagino que he de peinarme mejor, al menos. —Cuadró una sonrisa.

—¿Adónde te va a llevar?

—No lo ha mencionado.

—Hombres —farfulló Abbi.

—Solo dice que será una velada inolvidable.

—En ese caso... —Se le iluminó el rostro— deberás lucir tus mejores galas... Le pediré a Lucy que te ayude.

—Gracias, prima.

—No me las des. Y..., vamos, ¿a qué esperas? Cameron estará aquí antes de que te des cuenta.

—Yo... ya voy. —Echó a correr por los pasillos.

—¿No sospecha nada? —Elijah abrazó a Abbi por la espalda, rodeó su cintura y le besó el cuello.

—Nada —sonrió.

***

Violet se sentó frente al tocador, donde la luz suave de una lámpara de aceite iluminaba un pequeño espejo ovalado enmarcado en madera tallada.

Se miró con detenimiento. Había cogido algo de peso y su rostro ya no lucía tan demacrado. En ocasiones, se había preguntado cómo podía haber despertado sentimientos de amor en Cameron cuando más que una persona parecía un cadáver.

—Eres perfecta —le había repetido el marqués una y otra vez.

Lily no tardó en acompañarla. La doncella comenzó a recoger su cabello, desenredando los mechones sueltos que caían por su cuello. Violet, por su parte, pensaba en la noche que tenía por delante, en el misterio que había despertado en su corazón aquella misiva, en lo mucho que amaba al joven de cabello rojizo y ojos dorados.

Eligió con cuidado el vestido que luciría esa noche: un satén marfil que Geraldine había encargado a la mejor modista de toda la ciudad, con un corsé adornado de encaje y pequeñas perlas que atrapaban la luz con un sutil brillo.

Frente al espejo, ella misma se encargó de aplicar un poco de polvo sobre su rostro para darle un tono uniforme y un leve rubor en las mejillas. Sus ojos azules, grandes y expresivos, brillaban más que nunca.

—Con permiso... —escucharon decir a Louise—, el marqués de Huntly la espera junto a la escalinata de mármol.

—Ayyyyy, estoy muy emocionada.

—Está radiante, señorita Violet.

—¿De verdad lo cree?

—Por supuesto —se le adelantó Lily—. El señor Gordon es realmente afortunado.

—También yo —suspiró—. Es mejor que no le haga esperar, ¿verdad?

—Vaya, jovencita —la apremió el ama de llaves.

***

Cameron esperaba con el corazón desbordado. Quería sorprenderla, hacerla sentir especial. No le había hablado de la visita de sus padres ni de las reticencias de su progenitor acerca de su cortejo. Lo menos que deseaba era que le asaltaran las dudas, que pensara que no era suficiente para él.

Vio cómo la puerta de la mansión se abría y su pecho terminó por enloquecer. Parecía que con cada mirada volvía a descubrirla. Se acercó a ella interceptándola a mitad de la escalinata.

—Eres un milagro. —La besó en la mejilla—. Y uno demasiado hermoso.

—Tú también estás muy guapo.

—No tanto como tú... ¿Puedo?

—¿Qué vas a hacer?

—Ya lo verás, o no.

Cameron se situó detrás de ella y, con delicadeza, colocó una venda de seda negra alrededor de sus ojos.

—Confía en mí —le susurró al oído—. Esta noche será especial y deseo que cada momento te sorprenda y quede grabado en tus recuerdos.

Violet asintió, trémula, y el marqués tomó sus manos entre las suyas para tranquilizarla. Le fue indicando cada escalón y la ayudó a subir al carruaje con cuidado, asegurándose de que estuviera

cómoda antes de sentarse frente a ella.

—¿Adónde vamos?

—Ya lo verás.

—Dame una pista.

—Entonces, no sería ni un secreto ni una sorpresa.

—Pero quiero saberlo. —Puso morritos.

—Me temo, mi amada Violet, que voy a tener que pedirte algo de paciencia.

—¿Será mágico?

—Eso espero —suspiró.

—¿Te sientas a mi lado?

—Vivo para complacerte —le respondió al tiempo que se acomodaba junto a ella.

Violet buscó su mano, las estrecharon, y apoyó la cabeza sobre su hombro.

Las ruedas golpeaban el empedrado. La ciudad pasaba en sombras y luces difusas, pero ella solo percibía la penumbra suave, el leve vaivén del carruaje, sus respiraciones y la piel de Cameron.

—Pronto, todo tendrá sentido para ti. Solo déjate llevar y no temas. Estoy aquí, siempre voy a estar a tu lado —susurró.

—Lo sé, confío en ti.

El carruaje giró en una esquina y subió lentamente por una avenida arbolada. La atmósfera cambió poco a poco: el aire se volvió más fresco; la quietud, aún más profunda.

—Estamos llegando —le dijo el marqués haciéndose acompañar de una sonrisa.

Violet suspiró y se aferró a su cuerpo. Podía escuchar la cadencia armoniosa de su corazón y pensó que jamás podría confundirla con ninguna.

Cuando el carruaje se detuvo, sintió un hormigueo en su vientre.

Eran nervios y expectación.

—¿Puedo ver ya?

—Aún no.

—Pero...

—Ten pacieeeeencia —repitió.

—Ayyyyyy... —se lamentó Violet y él sonrió.

Con ayuda de Cameron, bajó del carruaje, subió una decena de peldaños y continuó caminando.

—Ahora sí —le dijo.

El marqués desató la venda y sus ojos azules se abrieron. La sorpresa iluminó su rostro.

Se hallaban en la gran sala de la mansión Gordon. El brillo de decenas de candelabros los recibió con un calor acogedor. Las paredes, revestidas de madera y coronadas por molduras doradas, devolvían un eco suave a cada nota musical. Al fondo, un cuarteto de músicos afinaba sus instrumentos: un piano, un violín, un chelo y un contrabajo esperaban la señal para comenzar.

—¿Has organizado un baile... para mí? —Lo miró con un amor que ya no se sentía capaz de ocultar.

—Para ti, para mí, para los dos... Yo... te amo, Violet.

—Yo también te amo y...

—¿Quieres besarme?

—Sí —contestó ruborizada.

Cameron acercó sus labios a los de ella, los rozó, los entreabrió... y se imantaron. Sus lenguas jugaban, intercambiaban sus salivas... y sus cuerpos se iban encendiendo.

—Yo...

—Y yo... —dijo Violet, haciéndolo sonreír de nuevo.

—Te deseo tanto...

—Y yo a ti, marqués.

—¿Bailamos? —Si continuaba tan próximo a ella terminaría enloqueciendo.

—Bailemos.

Tomados de la mano, se situaron en el centro del salón y él le hizo una leve inclinación a la que Violet respondió con otra.

En ese instante, el cuarteto comenzó a tocar un vals lento.

—Es posible que haya olvidado cómo se hace.

—Yo te guiaré.

Cameron posó una mano firme en la espalda de Violet, la otra se había entrelazado a la suya con una delicadeza que contrastaba con la intensidad de su mirada.

Comenzaron a girar en círculos lentos. Sus pies se movían con precisión: un desliz suave en el primer paso, un acercamiento en el segundo y un cierre en el tercero. Entre cada giro, sus labios encontraban espacio para susurrarse promesas de amor eterno. Sus ojos se buscaban y se retenían, y la distancia entre sus rostros se acortaba con cada compás. Entonces, el vals cambió. No fue más lento, sino más firme. Los pasos se hicieron más seguros, los giros más cerrados, y sus cuerpos se acercaron lo suficiente para que la respiración de uno rozara la piel del otro.

En marqués inclinó la cabeza y sus labios quedaron junto a su oído.

—Eres todo mi mundo, Violet —susurró y ella respondió con un suspiro.

Los giros se hicieron más íntimos, hasta que quedaron casi inmóviles, sin dejar de mirarse. Sus labios volvieron a acercarse, pero se detuvieron, aumentando el deseo.

Cameron subió una mano por su espalda hasta rozar sus omóplatos. Violet inclinó el rostro y apoyó la frente sobre la suya.

—Yo...

Fue ella quien buscó sus labios. Se besaron. Primero con un roce suave. Después, dejándose llevar por el deseo que los estaba consumiendo. La pieza musical terminó, pero sus cuerpos siguieron unidos, balanceándose, como si todavía escucharan los acordes.

—Si pudiera, congelaría esta noche —dijo Violet.

—Quería que fuera especial para ti.

—Está siendo mágica, todo un sueño..., porque tú estás aquí, a mi lado, sosteniéndome.

—Soy tuyo.

—Y yo soy tuya.

—Y nosotros... ¿de quién somos?

—Abbi y... todos. —Violet necesitó cerrar los ojos y volver a abrirlos.

—Esta es la segunda parte.

—Eres un mago —sonrió con tanta candidez que a Cameron se le formó un nudo en el estómago.

De repente, aquel salón se llenó de murmullos, de risas y del tintinear de copas.

—Por Cameron y Violet —dijo Elijah.

—¡Por Cameron y Violet! —lo secundaron.

El cuarteto musical comenzó a tocar una melodía más viva, invitando a todos a unirse.

Abbi bailaba con el duque; Caroline, con Andrew. El resto de las parejas la formaban Hugh y Caroline, Thaddeus y Ebba, Geraldine y Reginald, Robert y Kate, Kelvin y Ellen... Por último, Marguerite y Amy.

***

Hacia la medianoche, Cameron tomó a Violet de la mano y la

condujo hacia los jardines, bajo un manto de estrellas titilantes que se reflejaban como diminutos faroles suspendidos en el cielo. La luna llena se alzaba majestuosa, bañando con su luz plateada los caminos empedrados y las copas de los árboles.

Se detuvieron junto a un banco de hierro forjado, cubierto parcialmente por una enredadera, y se sentaron.

—Nunca imaginé que alguien pudiera preparar algo así para mí —dijo Violet elevando la mirada al cielo—. Este baile..., esta noche... Todo ha sido perfecto.

—Es una promesa de amor eterno.

Ella suspiró y dejó que sus dedos rozaran los labios del marqués. Lo hizo con confianza y con amor, sabiendo que sus corazones se habían elegido y se pertenecían.

—¿Siempre encontraremos tiempo para bailar, para mirarnos así, tan cómplices y libres?

—Siempre.

—Me salvaste, Cameron.

—Y tú me salvaste a mí, Violet, nunca lo olvides.

—¿Te he dicho que te amo?

—Alguna vez, pero me encanta escucharlo.

—Te amo, marqués de Huntly.

—Te amo, señorita Candford.

La luna, testigo silencioso, iluminó aquel instante, donde dos almas se habían unido en la esperanza y en la verdad de quienes se saben a merced de un amor que es promesa, renacimiento y salvación.

Epílogo

Mayo de 1867

La mañana había amanecido clara sobre la campiña inglesa. La gran casona del duque de Warrington dominaba la colina con sus torretas erigiéndose sobre un cielo azul.

Los jardines estaban perfumados por el envolvente aroma de lilas y rosas.

—Abbi, ¿me harías el honor de batirte en duelo conmigo?

—Sabes que no eres rival para mí, Hugh.

—¿Huelo tu miedo, duquesa?

—¡Ja! Que conste que me ha retado él. —Miró a su esposo. Elijah le cedió su propio florete. —¡En guardia, vizconde!

El choque metálico de las hojas resonó en el aire. Abbi se movía con agilidad, mientras que Hugh, confiado, lanzó un ataque directo que ella desvió con elegancia. La duquesa contraatacó y logró tocar su hombro.

—Un punto para la dama —anunció Reginald.

Geraldine y Marguerite —quien portaba a Jane en brazos— aplaudieron.

—Pura suerte.

—¿Herido en tu orgullo, vizconde? —se burló.

—Aaaaaargh...

El combate se reanudó. Hugh trató de acorralarla, pero Abbi leyó sus movimientos y, con un giro magistral, logró situarse a su lado y colocar la punta del florete sobre su pecho.

—Tocado.

—Maldita sea... —farfulló.

—Retírate antes de que acabes por los suelos —le aconsejó Elijah.

—¿Lo permitirías? —Se hizo acompañar de una sonrisa.

—No... ¿Y tú, Christine?

—No lo veo necesario... Anda, ven aquí, esposo mío... —Lo sujetó por el mentón y lo besó en los labios—. ¿Cómo te encuentras después de haber sido derrotado por una mujer... otra vez?

—¿También te burlas de mí?

—¿Se me habrá pegado tu sentido del humor?

Hugh y Christine eran padres de dos gemelos a los que habían llamado Ben y Frederic, para tortura de sus progenitores. La vizcondesa de Drake dio a luz en la casona que su esposo había mandado construir para ella en el lago, en Loveland.

***

En el prado, Thaddeus y Ebba, quienes esperaban a su primer hijo, reían a carcajadas. ¿El motivo? Una carrera de sacos de lo más divertida.

—¡Más deprisa, Kate, que no te alcance tu esposo! —gritó el ayudante de banquero.

La mayor de las Campbell y Robert Archer habían contraído matrimonio en la primavera del año anterior.

—¡Vamos, hermana... Kelvin te pisa los talones! —la animaba

Ebba.

Habían pasado cuatro meses de aquel enlace cuando Ellen y el joven Gordon se desposaron.

En cuanto a Amy, estaba siendo cortejada por un terrateniente americano que no terminaba de agradar a Thaddeus.

***

Bajo la sombra de una pérgola cubierta de glicinas, Caroline acunaba a la pequeña Elinor.

—Duerme tan tranquila... —susurró y acarició la mejilla rosada de su bebé—, como si el mundo entero fuera solo esta calma.

—Tal vez lo sea para ella —respondió Andrew—. Al menos, mientras tú la sostengas entre tus brazos.

Caroline sonrió sin apartar la mirada de su hija.

—Mira sus manos tan diminutas... Apenas pueden rodear mi dedo y, en cambio, siento que lo sostienen todo.

—Y lo hacen, mi dulce demonio. Sostienen nuestros días, nuestras esperanzas, nuestro futuro.

El padre de Andrew falleció a principios de año y la pareja había pasado a ostentar el título de condes de Berkeley

***

En una pequeña embarcación, en el lago artificial, Violet y Cameron, sentados uno frente al otro, se habían alejado del resto. Contrajeron matrimonio en diciembre de 1865, en Navidad, en una ceremonia íntima celebrada en la capilla de la mansión Gordon. Walter y Eudora asistieron al enlace y, tal y como le prometiera el marqués, fueron

los primeros en recibir la invitación. La historia de aquella joven, así como el arrojo y amor incondicional demostrado por su hijo, hicieron que el duque de Huntly dejara a un lado sus reticencias y bendijera su unión.

—Se está tan tranquilo aquí... —dijo ella. Su mano rozaba la superficie del agua—. Sé que no te gusta que evoque ese pasado tan terrible, pero a veces me parece imposible que el mundo pueda ser tan distinto de lo que fue.

—Porque te hace daño y no, no es imposible, es nuestra realidad, es nuestra vida, somos nosotros.

—Tú y yo.

—Siempre tú y yo, marquesa.

Se inclinaron el uno hacia el otro y sus labios se unieron mientras la barca, a la deriva, giraba lentamente en medio del lago.

***

Harold Candford fue detenido en el muelle de Wapping a dos semanas del enlace entre Violet y Cameron, antes de embarcar en un ferry que lo alejaría de Londres. Se le imputaron cargos por el intento de asesinato de su sobrina; conspiración para causar una explosión mediante la ignición de un almacén de pólvora en el que fallecieron, entre otros, los padres de Violet; y falsificación de documentos de tutela. Por todos esos crímenes fue sentenciado a la pena capital.

***

Jack y Lily acababan de comprometerse. El enlace se había fijado

para finales de septiembre, en la capilla de la mansión Cromwell.

***

Dorothy, la doncella y amiga de Christine, se había casado con aquel joven que no paraba de mirarla mientras paseaban por Picadilly Circus y que, meses más tarde, la había ido a buscar.

***

Al caer la noche, los cinco caballeros, junto a sus esposas, se reunieron bajo el cielo estrellado de la campiña.

El duque se giró hacia Abbi. Recordó el día en que la *convenció* de aceptar un encuentro con él valiéndose de una persuasión que rozó el chantaje.

—Y pensar que me ofreciste cortejar a Lady Susan... —susurró a su oído.

—Habría sido una gran esposa... De hecho, te habría dado menos dolores de cabeza que yo —bromeó.

—Estoy totalmente de acuerdo contigo, mi amor —sonrió y la besó en los labios.

A un lado, Thaddeus intercambió una mirada cómplice con Ebba. Evocó cómo, poco a poco, había logrado derribar la muralla que ella había erigido alrededor, hasta verla rendida, no por imposición, sino por ese amor que se negaba a aceptar.

—Estuvimos a punto de no ser nada —murmuró Thaddeus.

—Y míranos ahora... Lo somos todo, lo tenemos todo. —Rozó sus labios.

A su derecha, Hugh y Christine se miraban con ese amor que

había logrado lo inimaginable: la redención entre dos familias enfrentadas durante más de un siglo, enemistadas por tierras y por egos.

—¿Crees que Ben y Frederic habrían aprobado nuestra unión? —preguntó ella con una sonrisa.

—¿Nuestros antepasados o... nuestros hijos?

—Siempre tan chistoso. —Lo besó—. Hablo de los primeros.

—El mundo entero habría acabado consagrando nuestro amor, y eso los incluye a ellos.

Junto a los duques, Andrew y Caroline permanecían inseparables. Su historia hablaba de absolución: amigos desde niños, habían crecido entre juegos y promesas hasta que una herida profunda y el resentimiento de ella los separó; pero se reencontraron y lo hicieron para no volver a separarse nunca jamás.

—Menos mal que me perdonaste, porque no habría podido vivir sin ti —susurró el conde.

—Te amaba antes de odiarte —dijo la melliza—, y ese amor, al final, era todo cuanto anhelaba.

Al borde de la pérgola, Cameron y Violet permanecían abrazados. Él la había salvado de una muerte segura y ella lo había rescatado de una vida vacía.

—Creí que no tendría un lugar al que volver..., pero enseguida me di cuenta de que mi hogar eras tú —musitó la marquesa.

—Yo... jamás me podría volver a ver reflejado en un azul que no sea el de tus ojos —suspiró—. Lo que quiero decir es que te amo con todo lo que tengo, con todo cuanto soy.

Elijah alzó su copa de vino de Oporto.

—Hermanos..., hoy no solo celebramos un día perfecto. Hoy brindamos por todas las luchas, las victorias, las pérdidas que nos derrotaron, pero terminaron por hacernos más fuerte, y por los

hallazgos... Festejamos que, pase lo que pase, hemos sabido permanecer unidos.

—Es algo que no cambiará nunca —dijo Thaddeus.

—Temo anunciaros que vais a padecerme durante muchos años, muchísimos —añadió Hugh.

—¡Qué tormento! —se lamentó Andrew entre risas.

—No si al final... me tendré que marchar a Aberdeen.

—De eso nada, marqués, no te vas a llevar a nuestra prima —le dijo Abbi.

—Antes de que nos enfrasquemos en una nueva disputa dialéctica..., ¿brindamos? —sugirió Elijah—. Por vosotros, mis hermanos... Por nuestras familias, por las historias que nos trajeron hasta aquí, por las cicatrices que no nos avergüenzan y por los lazos que ningún viento podrá romper. Brindo por la certeza de que siempre seremos *uno para todos y todos para uno*.

El sonido de las copas, al chocar, apagó sus voces, no así las miradas y el afecto.

Mientras la noche descendía sobre la campiña, cada uno supo que aquel instante quedaría grabado para siempre en sus recuerdos, no como el final de una historia, sino como la prueba de que las verdaderas familias se forjan con amor, fidelidad y la voluntad de no soltarse nunca.

Eton los había unido y ellos se encargaron de fundar su propio club de caballeros; uno que no se basaba ni en las riquezas ni en las posesiones, sino en la amistad, el respeto, la lealtad... y la familia.

Agradecimientos

En una ocasión leí que la familia es como la música, algunas notas son altas y otras bajas, pero siempre es una hermosa canción. Estoy de acuerdo. Desde que aposté por este maravilloso mundo de soñar, de imaginar, de crear, de pasar horas y horas anclada a las teclas de mi ordenador, ellos han estado cerca. No en cuerpo, quizá; sí en alma y corazón.

Mi primera mención especial es para ti, Marisa; para ti, hermana, mi compañera infatigable desde que diera forma a aquel primer capítulo de la saga *Alas y raíces*. Siempre has estado a mi lado. Ya lo estabas antes de que me arrojara al vacío y me sumergiera, de pies a cabeza, en la que siempre fue mi gran pasión. Nunca has permitido que las dudas, que las ha habido, y las habrá, me hagan caer. Siempre has tenido una palabra de ánimo. Siempre has creído en mí, y lo has hecho incluso más que yo misma. Tú eres esa mano que no me permite darme por vencida. Siempre has sido mi gran ejemplo a seguir, ese espejo en el que verme reflejada, por tus valores, por tus convicciones, por tu amor incondicional a la familia; y lo sigues siendo. Hoy, más que nunca, gracias por tanto.

Gracias a mis padres, Antonio y María Luisa. Todo lo que soy, y más aún, todo lo que llegue a ser, os lo debo únicamente a vosotros

dos. Por vuestro constante sacrificio, por vuestro carisma, por vuestra humildad y honradez, por vuestro amor, por unos principios y valores que no os ha hecho falta inculcarnos a través de la palabra. Vuestros gestos, vuestro comportamiento intachable ha hablado siempre por vosotros. Gracias por dedicar vuestros días a hacer de mis hermanos y de mí las personas que hoy somos. Gracias por ser mi timón.

A mi hermana María Luisa, por tu positivismo, por repetirme hasta la saciedad que algo bueno está por venir, por tu cariño, por tu incondicionalidad y por hacerme sentir una seguridad plena en que siempre vas a estar a mi lado; y a Antonio, mi hermano, por estar, también, a tu manera, y por tantos buenos momentos como hemos compartido, y seguimos compartiendo.

Gracias a mis sobrinos, Adrián, Éric, Elsa, Izan y Luka, por ser mi luz, por pintar de color hasta el más emborronado de los días, por su bendita inocencia y por sus constantes, revitalizantes e inspiradoras lecciones de vida.

A mi cuñado, Juan Rodríguez, por estar siempre, por ofrecerte a todo, por tus bromas y por arrancarme tantas y tantas sonrisas.

A Nini, por tantas horas de compañía, de amor y de ronroneos que han templado mi alma. A ti, mi gran compañero de vida. A ti, por haber hecho mi mundo mucho más bonito, por haber sido hogar y refugio. Tu ausencia duele, pero siempre vivirás en mí.

A Juan Eladio Palmis, por tantas conversaciones cargadas de aprendizajes, por tanta sabiduría, por tantas risas y sonrisas, por hacer mi vida más bonita y por creer en mí desde aquella noche en la que me viste y me sentiste recitar; la misma en la que nuestros caminos quedaron unidos para siempre. Gracias, «amigazo».

A María Dolores Rubio de Medina, a Miriam Olmo, Mimi, y a Lydia Gil Serrán, por estar siempre, por la preocupación, por el cariño.

Quiero agradecer, también, a las personas que, de un modo u otro, forman parte de mi vida y me complementan.

Un agradecimiento especial, como siempre, y muy merecido, va para Lola Gude, mi editora. Aunque, en esta ocasión cobra aún más importancia. No vinieron buenos tiempos y ahí te tuve, dándome ánimos, sintiendo tu cariño, confiando en el proceso y la vuelta. Varias veces se tuvo que posponer este proyecto, y no te importó. Lo único importante era mi recuperación, así me lo hacías saber. Y llegó, y con ella, lo hace esta saga, *Club de caballeros*. Gracias por hacerme saber que siempre vas a estar ahí. Gracias, de todo corazón.

Gracias, igualmente, a todas las personas que habéis estado trabajando para darle forma a esta novela, haciendo posible, con vuestra generosidad, que llegue a convertirse en una realidad. Gracias, equipo Selecta.

Por último, gracias a ti, mi querida lectora; y a ti, mi querido lector. Si he logrado tocar, un poquito, tu corazón... ¡ya he ganado!

Nota de autora

Adentrarme en el peculiar mundo de estos cinco caballeros ha vuelto a ser un reto, como ya lo fue con las hermanas Atwood, que supusieron mi primera incursión en la época victoriana y que tantas satisfacciones me han dado y continúan dándome. Como ellas eran cinco hermanas, mis caballeros no podían ser menos... Cosas de escritoras, o muy mías.

Como ya sucedió con la pentalogía Atwood, de nuevo, mi hermana Marisa ha sido luz en esta aventura. Juntas ideamos a los personajes principales, incluso a algunos de los secundarios, y esbozamos sus personalidades. También urdimos parte de la trama de las cinco novelas, previo paso a que yo comenzara a darles vida. En todo el proceso, ella ha estado a mi lado, y su crítica, constructiva, como siempre, me ha ayudado a crear una historia compacta, merecedora de ser leída y disfrutada. ¡O, al menos, ese es mi anhelo!

Salvación es la quinta y última entrega de esta saga que, como bien sabéis, gira en torno a cinco hombres con personalidades dispares a los que Eton había unido. Ellos se encargaron de fundar su propio club de caballeros; uno que no se basaba ni en las riquezas ni en las posesiones, sino en la amistad, el respeto, la lealtad y el disfrute... hasta que cinco grandes mujeres van a ir

apareciendo en sus vidas, cambiándolas, haciéndoles experimentar el verdadero amor por primera vez, rompiendo sus esquemas, derrotando muros, robando sus corazones.

Salvación, la novela de Cameron y de Violet, supone el cierre a cinco historias que, desde el primer momento, han estado entrelazadas. Violet lleva siete años encerrada entre cuatro paredes bajo la tiranía de su tío, quien, primero, se adueñó de todo lo que le pertenecía, condenándola al ostracismo; y, más tarde, quiso deshacerse de ella. Sin embargo, Harold no cuenta con la obstinación de las mellizas Candford ni con la entrada en escena de un marqués pelirrojo de ojos dorados. Cameron, dado al libertinaje, empieza a ver a una joven en sueños, que pronto altera toda su vida. Pensando que será el blanco de las mofas del resto de los caballeros, especialmente de Hugh, decide ocultarlo. Solo lo compartirá con Kelvin, su hermano, quien regresa a su vida en el momento en que más lo va a necesitar. Cuando descubre que la joven de sus sueños es Violet, en un primer intento por rescatarla, apenas puede creerlo. Esa noche, le hace la primera de sus promesas: volver a por ella.

Salvación es una historia que habla de magia, la de los sueños que los unen incluso antes de haberse conocido. Cameron lo tiene claro: la ama. No sabe cómo ha sucedido; a veces cree estar perdiendo la cabeza, pero es ella. Y no, no permitirá que otros manejen los hilos de su destino. Violet, por su parte, tiene una vida que recuperar y lo hará gracias al cariño de sus primas y al amor del joven que la salvó. La jovencita Candford merecía un final feliz tras tanto desaliento, tras verse a las puertas de la muerte por la maldad de alguien que, en principio, debería haberla cuidado. Cameron no lo duda: vive por y para complacerla. ¿Verdad que forman una pareja preciosa?

Sin duda, nuestros cinco caballeros merecían tener su propio libro

y su propia historia de amor.

Queridas lectoras y lectores, gracias por haberos adentrado en la historia de Cameron y de Violet. Imagino que, para quienes estáis siguiendo la serie, también ha sido una entrega muy esperada. Ojalá hayáis disfrutado leyendo esta historia tanto o más de lo que yo lo hice mientras la escribía; ojalá os haya arrancado alguna que otra sonrisa e incluso os hayáis emocionado; tal vez también os hayáis enojado; y ojalá creáis un poquito más en ese amor que puede con todo.

Hoy le decimos adiós al universo de estos cinco caballeros, pero espero que su recuerdo perviva por mucho tiempo en vuestros corazones.

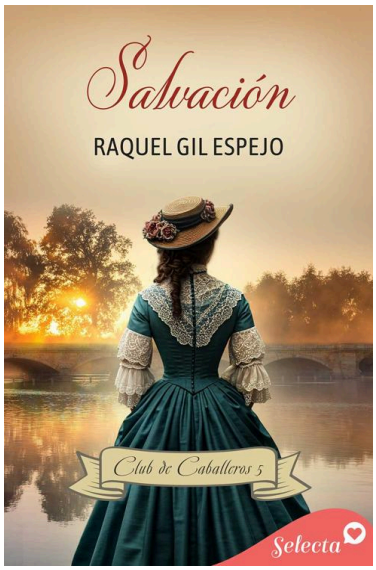
En nombre de Elijah, Thaddeus, Hugh, Andrew y Cameron... ¡GRACIAS!

¡Soñad bonito!

Raquel Gil Espejo,
13 de agosto de 2025

Eton los había unido y ellos se encargaron de fundar su propio club de caballeros; uno que no se basaba ni en las riquezas ni en las posesiones, sino en la amistad, el respeto, la lealtad y el disfrute.

«La miró y su mundo, tan roto, comenzó a armarse. Lo miró y comprendió que su vida ya no tendría sentido sin ella».



Cameron Gordon, marqués de Huntly, a quien le vale la vida de libertinaje que está acostumbrado a llevar, se niega a marcharse a su Escocia natal y aceptar un matrimonio concertado. La visión de una desconocida comienza a asaltarlo en las noches hasta el punto

de convertirse en una obsesión para él. Sin poderlo prever, un plan orquestado por las mellizas Candford dará un vuelco a sus pretensiones y a sus prioridades.

Violet Candford lleva años postrada en una cama. A cargo de su tío Harold, quien pasó a ser su tutor cuando sus padres fallecieron en la explosión de una fábrica de pólvora a las afueras de Mayfair, vive recluida entre cuatro paredes. Su salud se resiente día tras día. Desea escapar de la tiranía a la que está siendo sometida, pero no tiene fuerzas. Tampoco cuenta con alguien que le ayude en su huida y sola jamás lo podrá lograr. Pese a todo, sueña con esa libertad que le fue arrebatada.

¿Será Violet la desconocida que se cuela en la cabeza de Cameron en las noches y grita ser salvada? ¿Logrará dejar atrás un pasado demasiado oscuro y doloroso? ¿Podrá el amor curar las heridas de un alma atormentada? Llegado el momento, ¿contarán con el favor de un destino que se ha ido olvidando de ellos?

Raquel Gil Espejo vive en Añora, su localidad natal, enclavada en pleno corazón del Valle de Los Pedroches. Es diplomada en Pedagogía Terapéutica. Trabaja como Agente de Igualdad y es la presidenta del Ateneo de Los Pedroches. Como novelista, comenzó a publicar sus manuscritos con Selecta, con quien ha publicado, hasta la fecha, veinte novelas, siendo algunas de ellas: la serie «Inmarcesible», las novelas históricas *Entre la piel y el alma, Bajo el Puente de Rialto, El perfume de los céfiros* o la saga de las «Hermanas Atwood», ambientada en el Londres victoriano. También ha escrito varios libros infantiles y juveniles, inéditos hasta la fecha. Así como la obra de teatro *Boda en Añora*, de la que es coautora, editada por la Diputación de Córdoba, y ha participado en la antología creativa en homenaje a D. Juan Valera en el 200.º aniversario de su nacimiento. Como poeta, forma parte del movimiento internacional Grito de Mujer o del Encuentro Internacional de Poesía Ciudad de Cabra; entre otros. Del mismo modo, participó en el II Encuentro de «Escritores de Los Pedroches» y participa activamente en numerosas antologías poéticas. En el año 2017, publicó su primer poemario, *Te olvidaste de Blancanieves*. En 2023, el segundo, *Sobreviviremos en el país de las caricias*, con la editorial Con M de Mujer. Es jurado del Premio de Poesía «Hilario Ángel Calero» ciudad de Pozoblanco. Raquel es miembro de la Academia Española de Literatura Moderna y pertenece a la Asociación Andaluza Crea para el fomento de la Cultura.



Edición en formato digital: octubre de 2025

© 2025, Raquel Gil Espejo
© 2025, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Bárbara Sansó Genovart
Imágenes: Shutterstock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-10012-98-1

Conversión digital: leerendigital.com

Facebook: penguinebooks
Facebook: SomosSelecta

Twitter: penguinlibros
Instagram: somosselecta
Youtube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

Salvación
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17

Capítulo 18
Epílogo
Agradecimientos
Nota de autora
Si te ha gustado esta novela
Sobre este libro
Sobre Raquel Gil Espejo
Créditos